

á su padre, que es un miserable labrador! — ¿Cómo? — ¡Ella ha abandonado á su padre por vivir con su amante! ¡No lo dudes, hermana; Enrique es su amante! — Pero, ¿de dónde lo has sabido? ¿Quién te ha contado novela tan inverosímil? — ¡Dices muy bien: todo esto parece inverosímil; pero es cierto! — Enrique... — ¡No es primo suyo! — Y su padre... — ¡Te digo que le he visto! — ¿Le has visto? — ¡Sí, y nunca ha tenido más parientes que á Belly! — ¡Cosa bien rara! — ¿Quién te ha dicho á tí que eran parientes? ¿Tienes algunas pruebas? — Pruebas, no; todo el mundo lo decía... — Porque ellos se lo decían á todo el mundo. — Milady Brnton... — Sí, milady Brnton lo sabe todo; pero no está en su castillo. — ¿Pues dónde está? — En Londres. — Pues no te aflijas, hermano, que ahora mismo me pondré en camino para Londres; porque es mejor que yo me informe, pues tú estás demasiado agitado. Al punto partiré; pero te aseguro que lo hago sólo por complacerte, pues no creo una palabra... — ¿Qué nada crees? ¡Muy bien! Pero yo creo que conoces su letra: mira en estas cartas de qué modo trata á su padre.

La Herbert hizo que leía con ansia las cartas de Belly; manifestó confusión durante un breve rato, y luego, levantándose rápidamente, dijo: — ¡Voy á Londres, sí; quiero saber si milady Brnton, que ha tanto tiempo conoce á estos jóvenes, me ha engañado! ¡Sería cosa insufrible! ¡Comprometer así el honor de una familia! ¡Ah, milady, milady! ¡Ya lo veremos! Pero, ¡por Dios, que nada digas á tu mujer hasta que yo vuelva! Es necesaria toda esta reserva hasta que lo hayamos averiguado todo. — Te lo prometo; mas espero que á tu vuelta me informarás exactamente de cuanto te diga milady Brnton, sin que te contenga el amor que tienes á mi esposa. — ¡La amo entrañablemente; pero amo más á mi hermano!

¡Pobre Belly! Ignoraba cuanto se forjaba contra ella y su esposo. Aquella esposa tierna y honesta preguntó por su marido, y le dijeron que un terrible dolor de cabeza le detenía en su cuarto. Voló á él, y no le abrieron la puerta. Se inquietó, preguntó á los criados; mas nadie pudo satisfacerla. Para colmo de su pena, el esposo, que no se dejaba ver, se hacía servir en su cuarto algunos ligeros alimentos, diciendo que no quería ver á nadie, ni aun á su esposa. ¡Qué orden tan cruel para la sensible Belly! Era la vez primera que la desdeñaba un hombre que hasta entonces le había dado mil pruebas de afecto. Preguntó por su cuñada, y le dijeron que acababa de partir; pero que no se sabía adónde. La pobre Belly suspiraba, y esperaba que le explicasen aquellos misterios que no podía penetrar.

Hacia el anochecer oyó entrar un coche en el patio; corrió á la escalera y se encontró con su cuñada, á quien dijo: — ¡Por fin os veo, dulce amiga! ¿Podréis explicarme...? — ¡Nada, nada, hija

mía! ¡Déjame hablar á tu marido!—Dicho esto se dirigió al cuarto de su hermano. Belly quiso seguirla; pero su cuñada la detuvo, y apretándole la mano le dijo con tono compasivo: — ¡Ya lo sabrás todo! ¡Pobre muchacha! ¡Tienes muy grandes enemigos!

La Herbert, sola con su hermano, se sentó en un canapé, y él no se atrevía á preguntarle; pero al fin le dijo: — ¡Vaya! ¿Qué hay? Su hermana entonces se levantó, dió algunos paseos por la estancia, y volvió á sentarse sin articular una palabra, hasta que Clarins, cansado, le preguntó de nuevo:—¿Qué dice milady Brnton?—¡No sabe más que nosotros!—¿Cómo? Me parece que le oí decir que conoció á los padres de Belly y Enrique.—Sí; conoció al padre de Belly, que, efectivamente, es un labrador de Forshire.—¡Muy bien! ¿Y el de Enrique?—El de Enrique es un hombre, como suele decirse, volandero. Se le presentaron como padre de Enrique; pero después ha descubierto la verdad. ¡Terrible verdad! ¡No son parientes!—¿Es posible? ¿Pues qué son?—¡Sosiégate! ¿Qué se ha de hacer? Siento infinito verme precisada á agravar tus penas y perjudicar á una mujer que yo estimaba; pero es preciso decirlo todo.—¿Todo? ¿Conque hay todavía algo que saber?—Belly y su fingido primo, antes de venir á establecerse en Briste, se vieron precisados á salir de Londres porque su trato escandaloso era el objeto de la censura general.—¡Triste de mí! ¡Ciega confianza!—Después de su matrimonio, Belly... —¿Después de su matrimonio?—Ha recibido muchas veces... á Enrique... en su cuarto...—¡Cielos! ¿Y dónde ó cómo has sabido eso?—Por tu jardinero, que varias veces ha visto á Enrique saltar por encima de las tapias del jardín, contiguas á la habitación de tu mujer, que tiene salida á él.— ¡Dios santo! ¿Y por qué el jardinero no me lo ha avisado?—¡Buena pregunta! Porque le habían sobornado; y por eso ya no está aquí. Le he hallado en el camino; y para descargo de su conciencia me lo ha confesado todo, asegurándome que jamás volvería á Surrey.— ¡Es posible!—No hay remedio. ¡Te han engañado cruelmente!—¿Y qué partido he de tomar?—Sólo encuentro uno: conviene que retires á tu mujer hasta el tiempo de su parto á la quinta que has comprado, que dista dos millas de aquí. Tiene una habitación segura y cómoda: si te parece, yo misma la llevaré á este sitio. Cuidaré de que ni Enrique ni nadie la vea; y luego que dé á luz te separarás de ella para siempre.—¿Y he de reconocer un hijo?...—Si no es posible averiguar plenamente el delito, ¿qué has de hacer? Déjate gobernar: sé padre; pero deja de ser esposo.— ¡Pero yo quiero verla, confundirla!... — ¡Excelente pensamiento! ¡Muy propio de una imaginación acalorada! Ella lo negará todo, llorará, se desmayará; tú te enternecerás, y serás víctima de tu debilidad.— Pero es cosa cruel desterrarla sin decirle...! — Pues bien; dile cuanto

quieras; haz lo que te diere la gana. Más te digo; y es que la perdones, pues puede ser que se enmiende.—Pero ¿quién ha de perdonar agravios semejantes? ¡No; me atengo á tu primer consejo! ¡Vaya lejos de mi á dar el fruto de un enlace desdichado, y luego siga el rumbo que quisiere! Dispón todo lo necesario, y encárgate de participarle mi resolución!—¡Vaya; me resigno á castigar á la esposa, para que se sosiegue el esposo! Mañana la llevaré á la quinta de Woor, y me estaré allí todo el tiempo necesario hasta que sea madre. Sabrás diariamente por mí cuanto ocurra, porque te participaré hasta las cosas más indiferentes.—¡Dile que estoy enterado de todo! ¡Yo renuncio en ti cuantos derechos me competen sobre la mujer más vil del universo!

Después de tal conferencia, que tanto favorecía las ideas de la Herbert, bajó ésta á la habitación de su cuñada, á la cual halló sumergida en la más horrible inquietud. Apenas la vió Belly, le preguntó:—¿Qué es lo que ocurre, señora?—¡Pobre hermana mía! ¡Es preciso que te resuelvas á alejarte de tu marido por algún tiempo!—¡Oh Dios! ¿Y por qué?—Porque te han indispuerto con él. Algunos enemigos secretos que tienes le han asegurado que Enrique no es primo tuyo.—¿Es posible tan atroz calumnia? ¡Yo puedo probar...!—No quiere pruebas.—¿Conque tiene derecho para ultrajarme sin oirme?—Ya te oirá cuando el tiempo le haya tranquilizado, porque ahora le falta poco para volverse loco. En fin, es preciso que te resuelvas á pasar algunos días en el campo. No te es desconocida la quinta de Woor; allí irás, y yo te haré compañía; porque le he dicho que no te abandonaré en tu desgracia, y que aunque él sea injusto, yo nunca seré insensible á la amistad.

Abrazó Belly á su infame enemiga, la cual, añadiendo otras mil palabras artificiosas, logró vencer á la inocente joven para que cediera á sus consejos y se dispusiese al viaje. Al día siguiente Belly dijo que quería ver á su esposo; pero le aseguraron que había salido por todo el día. Deshecha en lágrimas subió al coche casi desmayada entre los brazos de su cuñada, que afectaba profunda tristeza, y cuyos malignos pensamientos estuvo muy á pique de inutilizar un incidente, porque Clarins no estaba ausente, y no pudiendo resolverse á separarse de su mujer sin verla, se presentó cuando iba á partir el coche. Entonces su mujer exclamó:—¡Cruel esposo! ¡Hombre bárbaro é injusto! ¿Por qué me castigas? ¿Por qué, á lo menos, no te dignas escucharme?

Clarins se acercó turbado, y le dijo:—¿Conocéis á Tomás Benk, á quien debéis la vida?—¡Sí, señor; le conozco!—¿Y á lady Varing?—¡Fué mi protectora!—¿Y reconocéis estas cartas? ¿Son vuestras?—¡Mias son; todas las dirigí al dignísimo párroco de Forshire!—Basta, señora; quedo enterado. ¡No me volveréis á ver jamás!

Dicho esto se retiró Clarins; y la pérfida hermana, que, como suele decirse, temblaba de pies á cabeza, mandó al cochero partir al instante. La triste Belly, desesperada con este contratiempo, se quejó á su cuñada por la precipitación de la marcha, añadiendo:—¡Ah! ¡El me hubiera explicado...! — ¿Qué? ¿Lo que él mismo ignora?—¿Pues no ves que está como insensato? — ¿Qué habrá querido decir citándome al anciano labrador Benk, á quien diez años ha que no he visto? — Yo no lo sé. — Es verdad que le debo la vida; y aun creo haberlo referido que, educada en casa del rector de Forshire, á quien mi tutor y albacea de mi padre pagaba por mí una cuantiosa pensión, una noche se incendió la casa en que yo vivía con un aya, y en un instante hizo el fuego tan rápidos progresos, que sin duda habría perecido entre las llamas á no ser por el valor de un labrador que, atravesando la multitud de gentes convocadas á apagar el fuego, rompiendo por las llamas, me sacó en sus brazos y me llevó moribunda á su humilde habitación, donde recobré mis sentidos. Llamábase este labrador Tomás Benk, á quien viviré eternamente agradecida como hasta aquí; pero ese hombre, poco acomodado, exigía demasiado de mí. No contento con los regalos que el rector, mi tutor y yo le habíamos hecho, me escribía sin cesar á Londres pidiéndome dinero: yo le contestaba que no lo tenía, y le suplicaba que dejase de importunarme; y ésas son las cartas que acaba de mostrarme mi esposo. ¿Qué hay en ellas contra mí? ¿Quién se las ha entregado? ¿Se habrá convertido en enemigo mío el importuno Benk porque no he podido favorecerle en cuanto pedía? ¿Qué misterios son éstos, que no puedo concebir? Mi marido me cita á Benk, al rector y á lady Varing, añadiendo que esto basta. ¿Y qué significa este enigma? Decid, hermana: ¿no os lo ha explicado?—¿A mí? Nada: ésta es la vez primera que le he oído pronunciar semejantes nombres. Sin duda que todo esto es una calumnia que te han levantado asegurando á mi hermano que Enrique no es primo tuyo. — Pero ¿por qué no se informa del rector de Forshire, y del mismo Tomás Benk, que nos ha conocido á Enrique y á mí, de muy tierna edad, criarnos en casa del rector? Por otra parte, la pureza de nuestras costumbres se puede atestiguar con todo Londres. ¡No, no; aquí hay algún misterio que no alcanzo! Y es preciso ser tan desgraciada como soy para tener enemigos tan viles, que persiguen á quien nunca ha tenido más placer que hacer todo el bien posible á cuantos ha conocido!

Hablando así llegaron las dos damas á la quinta de Woor; y al instante Belly se puso á escribir á su esposo una carta, en la cual se comprometía á probarle cuando quisiera el vínculo de su parantescos con Enrique. Al mismo tiempo escribió á éste; pero temiendo comprometerlo con su esposo, y conociendo que de

explicarle la verdad podrían resultar fatales consecuencias, únicamente le decía que una indisposición le precisaba mudar de aires, y le suplicaba que fuese á verla. Quedó la Herbert encargada de la dirección de ambas cartas, y es fácil conocer el abuso que hizo de esta confianza. Entretanto Enrique, ignorando las desgracias de su prima, disponía un viaje que mucho antes había premeditado. Tenía un criado llamado Drik, á quien á fuerza de dinero había ganado la Herbert, á la cual participaba todos los designios de su amo. Ya hacía tres semanas que la pobre Belly habitaba en la quinta de Woor esperando por instantes que fuera su esposo, porque así se lo había prometido su cuñada, cuando ésta supo que Enrique se disponía á viajar; y como tenía preparados sus infernales proyectos, hizo que llegase á manos del joven un billete concebido en estos términos:

«AL AMABLE ENRIQUE:

«Tú eres sensible y generoso; difiere, pues, por un corto tiempo tu viaje, y espera segundo aviso de la desdichada que padece por tí y te adora más que nunca. La precisión me obliga á valerme de mano ajena para no comprometer tu seguridad.»

Enrique nada entendió del contenido del billete. ¿Quién era la desgraciada que padecía por él? A ninguna mujer trataba; su corazón no conocía el poder del amor. ¿Si se le habría inspirado á alguna desconocida que no quería todavía declararse? Así fué que Enrique, sin hacer aprecio del billete, lo dejó sobre una mesa, y entrando en su gabinete, se puso á trabajar. Drik, amaestrado por la Herbert, le recogió y le guardó. Dirigióse en seguida á casa de Clarins, diciéndole que iba á llevar una esquila de su amo: la buscó en los bolsillos, y fingió no hallarla; pero dijo á M. Clarins que su contenido se reducía á solicitar de él una entrevista. Clarins, mirándole enfurecido, le despidió encargándole que dijera á su amo que, aunque nada tenía que hacer con él, podía ir cuando quisiera. El criado afectó un grande aturdimiento al oír estas palabras, dejó caer como por descuido el billete arriba citado, y se retiró.

Poco después de la marcha de Drik, Clarins reparó en el papel, lo recogió y lo leyó. Entonces su furor no tuvo límites: dirigióse á Woor, y, á no impedirlo su misma hermana, habría dado muerte á la desventurada Belly. Aun aquella misma no se vió libre de su arrebató, pues la denostó acusándola de poco vigilante; y para que mejor pudiera custodiar á su prisionera, le envió un criado llamado Frenk, tan cruel y desalmado como la misma Herbert.

Mientras Clarins estaba en Woor, y antes de que Drik hubiera regresado á la quinta de Enrique, éste, impulsado, sin duda, por la divina Providencia, que nunca olvida á los inocentes per-

seguidos, se dirigió á Surrey con intención de despedirse de Belly y de su esposo. Llegó á la quinta, y en vez de encontrar en ella la animación que solía alegrarla, advirtió un silencio sepulcral que le heló el corazón. Penetró hasta el cuarto de su prima sin encontrar á nadie, y hasta aquella habitación la halló desierta. Pasó más adelante, y viendo por fin una doncella de Belly, le preguntó con ansia, y esta mujer, que era afecta á su inocente ama y que por las conversaciones que había oído estaba enterada de las infernales tramas de la Herbert, pero que por temor á aquella perversa mujer no lo había declarado todo á sir Clarins, aprovechó la ocasión que se le presentaba para entrar al joven de la persecución que su prima padecía, de la cual era él causa inocente, y de la historia del aldeano que, impulsado por madame Herbert, había sido el motor de todo.

Poco tardó Enrique en persuadirse de que todo ello era efecto de una diabólica venganza de la Herbert por haber él desdeñado sus impúdicos amores. En el primer impetu de su despecho quiso dirigirse á Woor, confundir á la Herbert y arrancar de su prisión á la inocente y virtuosa Belly; pero como esto, lejos de justificarla, aumentaría las infundadas sospechas del alucinado esposo, resolvió dirigirse al buen párroco de Forshire, y con su ayuda hacer conocer la verdad á M. Clarins, el cual, desengañado de este modo, llamaría á su esposa y desterraría á su inicu hermana.

Volvió á montar á caballo, y á vuelta de pocas horas estaba ya en casa del eclesiástico, quien, á pesar de su ancianidad, tomó los documentos auténticos relativos á la familia de Belly y Enrique que obraban en su poder, y con ellos, acompañado de Enrique, se presentó al siguiente día en Jersey. Por prudencia no quiso el joven subir á la quinta de Clarins. Entró en ella sólo el pastor, hizo que le introdujesen á presencia del afligido esposo de Belly, y muy en breve manifestó el objeto de su visita, que no era otro que demostrar la traición de que era víctima su joven consorte. Presentó papeles extendidos en forma legal, por los cuales se comprobaba que Belly era hija del conde de Ercester, y Enrique, del caballero Ercester su hermano, muertos en el destierro por causas políticas.

El párroco refirió también el caso de Tomás Benk, que había salvado del fuego á Belly, por cuya acción estaba continuamente molestándola para que le sacara de cuantos compromisos contraía; y en venganza se había prestado á servir de instrumento de los siniestros planes de la Herbert, según declaración judicial del mismo, pues al regresar á su casa había caído de la caballería rompiéndose una pierna, de cuyas resultas había fallecido el día antes de llegar Enrique á Forshire, queriendo antes dejar aquella declaración para tranquilidad de su conciencia.

Atónito quedó sir Clarins al ver desvanecida la acusación de Belly y plenamente justificado que Enrique era su primo; pero los celos no estaban aún completamente disipados. ¿Qué interés tenía su hermana en engañarle de aquel modo? Pero Enrique llegó un momento después llevando asido al jardinero, que había estado escondido según le manifestó la fiel doncella de Belly, y había recibido, como confesó él mismo, una suma crecida por permanecer oculto, aunque no le manifestó el objeto que se proponía. Ya entences no le quedó á Clarins ninguna duda de que todo había sido una diabólica trama de su hermana. Debía, pues, marchar inmediatamente á arrojarle en brazos de la una y pedirle mil perdones, y arrojar á la otra para siempre de su presencia, por no sujetarla al fallo de los tribunales.

Ya estaba dispuesto el carruaje para partir todos á Woor, cuando llegó un mensajero con una carta de madame Herbert, que decía:

«Querido hermano: El crimen se ha consumado. Belly ha dado á luz una niña fruto del más horrible adulterio. Poco después Drik, el ayuda de cámara de Enrique, acompañado de otros cuatro, se ha apoderado de la niña, diciendo que la llevaban á su amo, á quien pertenecía. No puedo escribir más.»

La lectura de este billete hizo llegar á su colmo el enojo de Clarins contra su hermana. Enrique, no pudiendo contener su furor, y por algunas sospechas que ya tenía contra su criado, quería partir á castigarle como merecía. El anciano eclesiástico calmó los ánimos y no quiso abandonar á Clarins ni á Enrique hasta que se hubiesen reunido con Belly y conducidose con la prudencia necesaria para que la salud de ésta no peligrase.

Entretanto la Herbert, cuyo plan era irritar el ánimo de Clarins para que en un momento de furor buscase á Enrique y le diese muerte, había dispuesto con Drik el modo de que al pasar con su amo en el carruaje encontrasen expuesta en el camino la tierna criatura recién nacida, con un papel al lado recomendándosela al mismo Enrique, á fin de que éste la recogiese, y encontrándole con ella sir Clarins no pudiera menos de dar rienda suelta á su furor; de este modo vería la perversa mujer terminados sus proyectos de venganza. Pero cuando ya se veía próxima á recoger el sangriento fruto de diez meses de infernales cavilaciones, se presentó desalentado en Woor uno de los emisarios que tenía en Surrey encargados de darle noticia de cuanto ocurriese, y le dijo que el cura de Forshire y Enrique estaban conversando con su hermano, y que habían hallado al jardinero y sacándole de su escondite. Entonces miss Herber se creyó perdida; recogió el dinero, las alhajas y los efectos que poseía, cuyo valor excedía de treinta mil duros, y tomando en sus brazos á la recién nacida se puso en fuga por caminos desusados, y en

breves días logró salvarse en Francia. Frenk, su más íntimo confidente, se fugó por otro lado; pero Drik y sus cómplices fueron castigados por los tribunales.

Cuando Clarins, Enrique y el párroco llegaron á Woor encontraron á Belly en un estado deplorable, pues miss Herbert había tenido la crueldad de decirle que le habían robado su hija, y se hallaba acometida de un síncope, del cual fué difícil hacerla volver; sólo por los cuidados más asiduos y la asistencia de los médicos más célebres de Londres se logró restituírle la salud. Ambos esposos vivieron en adelante con toda la felicidad de que les permitía disfrutar la ausencia de su hija, de cuyo paradero ni del de miss Herbert, por más diligencias que efectuaron, no pudieron tener noticia en muchos años.

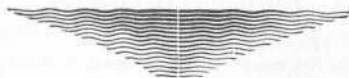
Puesta en salvo la perseguidora de esta honrada familia, adquirió algunas propiedades en Francia, bastantes para sostenerse sin opulencia. Dedicóse á la educación de la niña, á quien dió el nombre de su madre, y contenta con tener una inocente á quien mortificar, vivió así por espacio de quince años. Un día que la joven Belly estaba sola, se presentó en su casa un anciano, el cual le refirió toda su historia, y por ella supo Belly que no era hija de miss Herbert, como creía, las crueles persecuciones que había hecho sufrir á su madre y la actual residencia de sus padres. Cuando la vieja regresó, aún conversaba Belly con el anciano Frenk, su antiguo cómplice, que, errante por el mundo, había llegado á aquella población y quiso dar este desahogo á su conciencia.

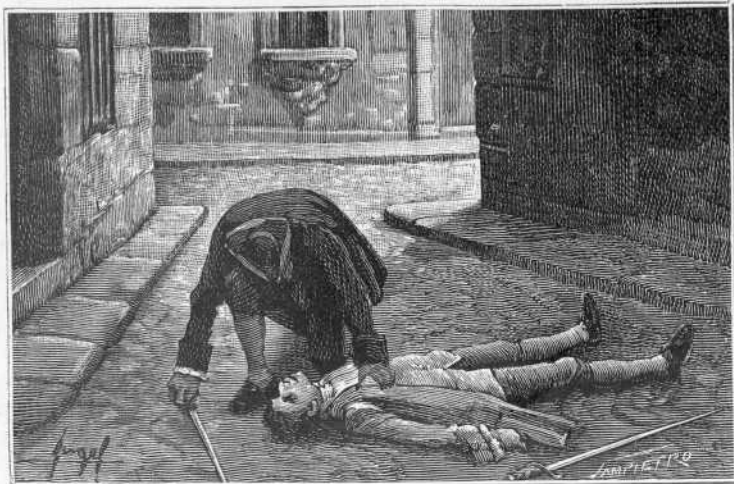
Desde entonces juzgó la Herbert que, conocida por su sobrina toda la funesta historia y sabiendo quiénes eran sus padres, el día menos pensado le sería arrebatada aquella víctima; y para evitarlo buscó un asilo en la ermita de San Leonardo, donde ocurrió lo que saben ya nuestros lectores. Sólo resta decir que el joven Delacour escribió á los padres de Belly, que éstos se apresuraron á pasar á Francia, donde tuvieron el gusto de abrazar á su hija y bendecir su desposorio, y que vivieron muchos años felices, teniendo por fruto de este enlace á la hermosa Enriqueta y sus hermanos.

Posteriormente, prosiguió Delacour, después de haber fallecido mi querida Belly, el negociante en quien yo había depositado todos mis fondos hizo una quiebra fraudulenta y se fugó llevándose todo lo que me pertenecía, dejándome solo con los vestidos que tenía puestos. ¿Qué había de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad? Bertier, con quien contraí amistad desde que me establecí en París, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Durante el curso de esta última enfermedad, examinando mis papeles halló mi amigo los que me relacionaban con vos,

virtuoso Palemón, y en consecuencia, sin saber yo nada, cometió la indiscreción de participaros mi situación. Al momento fuisteis á socorrerme; y ahora, feliz y sosegado en el asilo que me habéis concedido, recuerdo mis pasadas desgracias como el marinero se acuerda de una tempestad deshecha en que tuvo la fortuna de salvarse. No tengo otro deseo que ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demás al fin son varones y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mía; tú, que con tu amor filial has sabido dulcificar mis males desde la muerte de tu madre, eres el principal objeto de mis cuidados. ¡Recibe mi bendición, y la felicidad señale todos los instantes de tu vida!

Así acabó su historia M. Delacour. Los muchachos le dieron mil gracias por lo mucho que los había entretenido, le hicieron mil promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya, y toda la familia se retiró del terrado.





TARDE XL

LOS ESPADACHINES

Los diestros espadachines
Cifran su honor y grandeza
En degollar con destreza
Sin reparar en los fines;
Y llaman bajos y ruines
Y desprecian con baldón
A cuantos de la razón
Esechan la voz sagrada.
¡Cual si no fuera la espada
La más grande sinrazón!

La lectura del manuscrito causó una profunda impresión en el ánimo de los jóvenes, que, acostumbrados hasta entonces á oír hablar de modelos de virtud y probidad, consideraban como un monstruo execrable á miss Herbert. ¡Qué mujer tan perversa! — exclamó Adela. — ¡Bien se podría hacer un drama!—dijo León.

Era el momento de distracción después de la comida cuando pasaba esta escena en casa de Palemón; sólo estaban presentes á ella Adela, Julio, León y Enriqueta, pues los ancianos descansaban, y Armando había salido de la quinta á no sé qué encargo de su padre. Poco después volvió acompañado de un caba-

llero de cerca de sesenta años, robusto y al parecer extranjero, que, despedido por el caballo que montaba, había recibido algunas contusiones, y á quien ofreció el piadoso joven los socorros de que podía disponer en la granja.

Palemón aplaudió la benéfica acción de su hijo, pues la hospitalidad es una de las virtudes más recomendables que pueden ejercerse, y nunca es perdido el bien que el hombre hace á sus semejantes. Pasó el virtuoso anciano á ver á su huésped, á quien suministró cuantos auxilios exigía su estado, y á fuerza de instancias logró que consintiera en admitir su hospedaje, al menos por aquella noche. Esta ocurrencia proporcionó á nuestros jóvenes la presencia de un nuevo contertulio, al cual dió cuenta Palemón del objeto instructivo de aquellas reuniones vespertinas, y le rogó que si su historia contenía tal vez algunos útiles ejemplos de enseñanza tuviese la bondad de referírsela.—Las vicisitudes de mi vida—contestó el caballero—bien poco ofrecen de notable: os las referiré no obstante, aunque pasando en silencio el nombre de mi familia y el del pueblecito en que fui educado. Oídme, pues.

Historia del caballero ***.

Nací en Londres, de una familia de la primera Nobleza, pero á quien los acontecimientos políticos obligaron á expatriarse y morir pobre en lejanas tierras. Inclinado desde mi infancia al cultivo de las letras, llegué á formarme una posición ventajosa, sin sufrir más contratiempos en mi juventud que la cruel persecución que contra mí dirigió una vieja ridícula, la cual se empeñó en que la amase, y por sus tramas estuve á pique de ser víctima juntamente con una prima de más edad que yo, á quien amaba por habernos criado juntos desde la infancia, y sólo pudimos librarnos por un especial favor de la divina Providencia. (Al oír esto M. Delacour y Enriqueta se miraron como por una especie de presentimiento.)

Habiendo recuperado algunos bienes patrimoniales de consideración, y puesto ya en estado de soportar las cargas del matrimonio, lo contraí con una hermosa joven á quien amaba hacía tiempo. Sólo tenía entonces veinte años, y durante otros diez disfruté de la mayor felicidad con mi querida esposa, con sólo el sentimiento de no tener hijos. A los veintiocho años había abandonado la literatura y dedicádome al comercio, lo cual me proporcionó la satisfacción de ver aumentado mi capital hasta más de cien mil libras esterlinas (cerca de diez millones de reales). Una enfermedad aguda me arrebató en breves días á mi Amelia, y quedé tan desconsolado, que ni el comercio ni la poesía, á cuyo recuerdo acudí en mi dolor, fueron bastantes á librarme del tedio que de mí se había apoderado. De este

modo trascurrieron cerca de cuatro años. Pasaba un día por James Square: distraído miré á la tienda de un mercader, y vi en ella una hermosa joven de las mismas facciones, el mismo talle, la misma estatura que Amelia; pero tenía diez y seis años menos. Prendado de aquella semejanza, no pude menos de acercarme al mostrador: hice algunas compras y observé que hasta en la modulación de la voz se asemejaba á mi difunta esposa.

Durante seis meses pude dominar, aunque no vencer la pasión que por aquella joven concebí; pero no pude permanecer más tiempo en situación tan angustiosa. Fui de nuevo á la tienda; mas no estaba allí la joven. Mientras el hermano me presentaba los géneros que le pedí, le pregunté si su hermana se había casado.—No, señor—me respondió;—pero se casará muy pronto, porque tiene cuatro ó cinco pretendientes, y mañana habrá de elegir al que más le agrade.—¡Cielos! ¡Mañana!—El joven quedó admirado al oír esta exclamación, y yo continué:—Pues, amigo mío, el único partido digno de su hermana de usted soy yo. También estoy dedicado al comercio; mi capital pasa de cien mil libras esterlinas, y el acierto en las operaciones le acrecienta de día en día. Mi edad, además, me pone á cubierto de las locuras de la primera juventud. ¿Dónde está vuestro padre? Deseo hablarle.

El hermano de Jenny quedó estupefacto al oír tan repentina é inesperada resolución; salió un instante después el padre, y en tono medio irónico le dijo:—Padre mío, aquí está este caballero que quiere hoy mismo casarse con mi hermana.

Desprecié sus burlonas palabras, el padre le mandó callar, y yo repetí al anciano mi proposición, el estado de mi fortuna y asuntos, de lo cual se enteró muy despacio, porque era hombre naturalmente calmoso. Por fin me contestó:—Ante todo, tendréis por entendido que nada puedo dar á mi hija, que mi comercio no es de los más felices y lo que tengo lo necesito para mi hijo y para mí.—Ni pido ni deseo otra cosa que la mano y el corazón de vuestra hija.—Pues entonces, no es difícil que nos entendamos.

Llamó á su hija, la cual manifestó que se hallaba enteramente libre y que le era indiferente cualquier partido.—Pues entonces, de aquí á dos días te casarás con este caballero. Un día basta para informarme, y si lo que dice es cierto, es el mejor partido que puedes desear. Di á Margarita que ponga un cubierto más; y vos, caballero, nos haréis el honor de acompañarnos á comer.

Durante la comida pude observar que la impresión que había causado en la joven no me era desfavorable. Su hermano, al contrario, se deshacía en alusiones sarcásticas, que el padre con sus severas miradas no podía contener, pero que yo sabía

despreciar. Terminada la comida, di las señas de mi casa y establecimiento y me retiré.

Pasé la noche agitado; y apenas desperté vi entrar en mi cuarto un joven con sombrero calado y espada debajo del brazo invitándome con altivez á que saliese con él á batirme.—¿Y por qué?—le dije.—¿Qué causa...?—¡Eso allá lo sabréis!—No os conozco... — ¡Ni hace falta! — Aún estábamos en esta porfia, cuando recibí un billete citándome para de allí á media hora en Hide-Park. Poco después se presentó otro espadachín, y al momento otro nuevo, todos porfiando por batirse conmigo, aunque ninguno decía el porqué. Les dije que, pues era yo el desafiado, tocábame á mí elegir hora y lugar; pero ellos erre que erre en que había de ser al momento.

Estábamos porfiando, cuando llegó el padre de Jenny y les dirigió una mirada entre serena y despreciativa que los hizo retirarse.

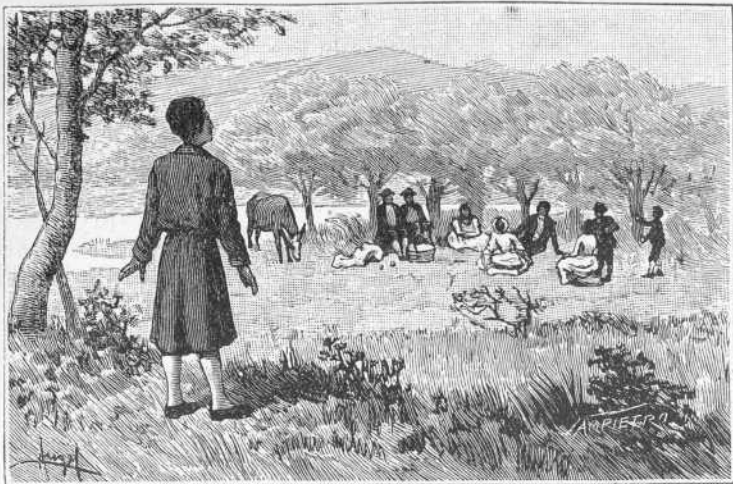
El anciano me dijo que aquéllos y el autor del billete eran los pretendientes de su hija; pero que no me diese cuidado, toda vez que yo era el preferido. No me sirvió de placer esta noticia, y conociendo que la intención de los trastuelos era asustarme y burlarse de mí, me propuse escarmentar al primero que se me presentara. No tuve que esperar la ocasión por mucho tiempo, pues retirándome de casa de mi novia aquella misma noche, encontré al primero que se había presentado en mi cuarto, le llevé á pesar suyo á una calle excusada, y á los primeros encuentros cayó en tierra desarmado. La herida que recibió fué en el brazo derecho, y si no mortal, al menos bastó para imposibilitarle de empuñar la espada en toda su vida, para infundir un poco más de juicio en los cerebros de sus compañeros y para hacer más circunspecto al hermano de Jenny, que desde entonces se abstuvo de usar alusiones picantes.

Por fin me casé con Jenny, la cual se asemejó á Amelia en virtudes y cariño tanto como en hermosura y gentileza. Vivimos cerca de veinte años en la mayor felicidad, sin más contratiempo que el de desgraciarse cuantos hijos tuvimos; hasta que hace cuatro meses fué Jenny acometida por una violenta pulmonía que en pocos días la llevó al sepulcro. Viéndome solo, en edad avanzada y sin parientes, he reducido mis bienes á metálico, dejado el comercio y despedido mis criados, y me dirijo á Paris, donde mi prima Belly tuvo una hija casada con un comerciante, para pasar en compañía de sus nietos mis últimos días y hacerlos herederos de mis bienes.

—¿Luego sois Enrique Ercester? — interrumpió Delacour.— Seguramente. Y vos, caballero, ¿quién sois, que así me conocéis?—¡Delacour, el esposo de Belly Clarins, hija de vuestra prima!—Dios sea bendito!—exclamó el inglés tendiendo á Dela-

cour los brazos.—¡Y en qué buena hora permitió que mi caballo me arrojase al suelo!—Enriqueta se acercó respetuosa á besar la mano á su pariente, y Palemón y sus hijos le rogaron que no variase los planes de M. Delacour. El inglés prometió no solamente no variarlos, sino comprar alguna hacienda en las inmediaciones luego que realizara las letras que llevaba sobre París, y llamar á los demás hijos de Delacour, para de este modo vivir todos en una misma comarca. Los muchachos dieron las gracias á sir Enrique y á M. Delacour, y Armando vió en esta promesa el premio de su buena obra.





TARDE XLI

EL RIGOR

No te dejes del rigor
Dominar, que el menos fiero
Suele ser mal consejero;
Aprende del Redentor,
Que, siempre lleno de amor
Y siempre dulce, sin hiel,
A los pueblos en tropel
Arrastraba tras de sí.
¿Qué es más atractivo, di:
El acibar ó la miel?

El siguiente día era festivo, y Palemón dijo á sus hijos que irían á comer bajo los sauces en la llanura de los tres molinos, y que para mejor disfrutar del día, partirían temprano. Esta noticia causó la más viva alegría en los jóvenes. Adela y Enriqueta, que ya se complacían en agradar y querían ostentar un poquito de coquetería, se retiraron á su cuarto para adornarse, lo cual les valió algunos cumplidos de Julio y Armando por su buen gusto. León entretanto se divertía en componer una égloga ó cosa parecida, y el padre lo observaba todo con el mayor placer. Tampoco Marcela había estado ociosa: reunió las provisiones que ya de antemano tenía preparadas, y las colocó en

las aguaderas que un manso asnillo tenía sobre los lomos. Dispuesto todo, se pusieron en marcha. Al cabo de tres cuartos de hora llegaron al bosque de los seis caminos, y muy luego á la hermosa pradera término de su viaje, que, regada por un manso arroyuelo, ostentaba una rica alfombra de verdura.

Los ancianos se sentaron á la sombra, Marcela descargó las provisiones y los jóvenes se pusieron á jugar á las prendas. La última que se castigó fué de Enriqueta, que hubo de resignarse con gusto de todos á cantar el siguiente fragmento de romance compuesto por León:

¡Cuán dulce y agradable,
 Cuán grato y placentero
 Es contemplar del campo
 Los paisajes amenos;
 Sobre la blanda alfombra
 Reclinarse contento,
 Siguiendo con la vista
 El plácido arroyuelo;
 Oler el dulce aroma
 Del tomillo y romero,
 De la violeta humilde,
 Del rústico cantueso;
 Las dulces cantilenas
 Gozar de los jilgueros,
 Y á la sombra apacible
 Rendirse luego al sueño.
 Cuán dulce y agradable,

.....

Los versos de León fueron aplaudidos, quizás más de lo que merecían, pues en materia de aplausos entra en mucho la parcialidad y la cortesía, y el deseo de estimular á los jóvenes hace también disimular sus defectos.

Así pasaron la mañana. Llegó la hora de comer, extendieron los manteles sobre la hierba, y muy en breve se vieron cubiertos de ricas fiambres, pasteles, quesos y frutas: jóvenes y ancianos se sentaron en torno del banquete con el mayor contento. Mas como que no hay alegría completa, un sombrío recuerdo arrugó la frente de los hijos de Palemón. Benito, su hermano, en vez de disfrutar de sus placeres, expiaba lejos de ellos sus faltas.

Y ya que recordamos á Benito, bueno será dirigirnos un momento al molino de Roland y ver en qué se ocupa.

El molinero terrible.

Benito nada había hecho el primer día de su llegada á la habitación da M. Roland, el cual le dispensó del trabajo atendiendo á su tristeza; pero á la mañana siguiente se le presentó con severo rostro, y le impuso el método que había de observar todas

las horas del día. Estremecióse Benito y suplicó llorando algunas horas de recreo; pero Roland le volvió la espalda diciendo: —Esta no es la casa de vuestro padre; y si no me obedecéis, sabré castigaros muy bien. — Conoció Benito que estaba en poder de un extraño y suspiró; pero su carácter áspero y duro, no cediendo á nada, le hizo cometer tantas faltas al cabo de algunos días, que Roland le prometió un severo castigo, añadiendo: —¡Todavía no me conocéis; aún no sabéis cómo corrijo las malas cabezas! Disponéos para seguirme mañana, y os llevaré á un sitio en que se han mejorado otros jóvenes tan malos como vos.

¿Cuál sería el paraje de que hablaba Roland? Benito veía desde sus ventanas un edificio separado, y sabía que era perteneciente á M. Roland: al mismo tiempo le constaba que éste iba á dicho edificio solo con su criado, que era un hombrón de terrible gesto, y nunca decía ni una palabra á Benito, el cual, para colmo de su terror, oía que de aquel sitio salían gritos lastimeros y confusos, pero ignoraba la causa. Sin duda era el sitio de que le había hablado M. Roland. Pasó una noche cruel; y á la mañana siguiente su severísimo maestro, cogiéndole de la mano, le sacó de la sala, mandándole que le siguiera. Obedeció Benito temblando, y salió al campo por primera vez. Aumentósele el miedo viendo que su conductor dirigía los pasos hacia el fatal edificio que él miraba con odio, tal vez por efecto de algún oculto presentimiento. Abrió Roland una puerta y volvió á cerrarla con mucho cuidado. Al instante llegaron á los atentos oídos del tímido Benito los gritos confusos de una tropa de muchachos. Veíase otra puerta, sobre la cual había esta inscripción: *Sala de ayuno para los muchachos rebeldes.*

—Aquí es—dijo M. Roland—donde encierro á los discípulos replicones y desobedientes, y los tengo muchos días ayunando á pan y agua.—Dicho esto abrió la puerta, y en una estancia sin el más leve adorno vió Benito tres ó cuatro muchachos vestidos de un paño tosco, flacos y macilentos, disputándose un pan sumamente negro y un cántaro de agua que estaba sobre una piedra en medio de ellos; pero la aparición de Roland los hizo retirarse huyendo á un rincón. Otra puerta interior llamó más particularmente la atención de Benito, porque encima de ella decía: *Sala de penitencia para los muchachos ociosos y glotones.*

Abrióse aquella puerta, y quedó Benito atónito al ver unos muchachos casi desnudos, obligados á trasportar y echar en una especie de pozo enormes piedras, que no podían sostener sobre sus hombros.—Estos—dijo Roland—cargan ciento cincuenta ó doscientas de estas piedras, según la gravedad de su delito, y las echan en esta sima, de la cual vuelven á sacarlas. Si no cumplen, nada me importa. Ahora veréis la nueva y más penosa ocupación á que los aplico: leed lo que dice sobre esa puerta,

que conduce á un sitio más temible: *Sala de corrección para los envidiosos, orgullosos y duros de condición.*

El aspecto de aquella sala acabó de abatir el ánimo del pobre Benito. Veíanse en ella varios muchachos atados de pies y manos con grillos y esposas, y las espaldas desnudas, sobre las cuales de hora en hora el criado del molino les sacudía tres, cuatro ó más latigazos, según la gravedad de sus crímenes. — Estos — dijo Roland — por lo general no están aquí más que uno ó dos días. Sin embargo, ved uno que permanece ya hace cinco, y temo que será muy larga su prisión, porque tiene un carácter obstinadísimo. Siempre quiere tener razón, y atormenta á su anciano padre y á su hermano menor; pero creo que estará ya muy otro cuando vuelva á su casa. — Entonces Benito preguntó temblando: — ¿Hay más salas? — No por cierto. Bien es verdad que tengo un subterráneo donde entrego á continuados tormentos á los que se inclinan al juego, al robo y á otros vicios vergonzosos; pero es inútil que los veáis porque el género de su castigo os causaría horror, sin seros útil, pues, á Dios gracias, no tenéis los defectos monstruosos que ellos expían. Por ahora me contentaré con dejarlos en la primera sala, donde están los muchachos indóciles. ¡No hay remedio; es preciso conformarse y sufrir como los demás! — Benito se postró llorando á los pies de Roland, pero no pudo enternecer á aquel hombre feroz é inexorable, el cual exclamó: — ¡He aquí cómo son todos! ¡No pueden contenerse en casa de sus padres, donde los miman y regalan, y cuando están en mi poder suplican y exigen que los perdone!

Prometió Benito que sería dócil y aplicado; pero no fué oído. Todas las puertas se cerraron, y quedó en la primera sala entregado al mozo del molino, que á pesar de su resistencia le desnudó y le puso el fatal y tosco buriel. Hecha esta diligencia, desapareció su verdugo, y no vió más que á los tristes compañeros de su infortunio. Clamaba, lloraba é imploraba en su auxilio á su padre y sus hermanos, que no podían oírle. Los otros muchachos procuraban consolarle y le ofrecían su ración de pan negro; pero Benito lo rehusaba todo, y decía que antes se dejaría morir de hambre. Continuaba en sus voces y gemidos; pero los otros le aconsejaron que callase, si no quería que volviera el mozo del molino, el cual, si los oía gritar ó jugar, entraba y los sacudía con el terrible látigo que siempre llevaba en la mano. — Pero estos hombres ¿son verdugos? — Por lo menos nos tratan como si lo fueran. ¡Ah! ¡Por qué hemos incurrido en la indignación de nuestros padres! ¡Estábamos tan bien á su lado! Si nos fuera posible volver á nuestras casas, ¡qué distintos seríamos! — Pues qué, ¿no os podéis escapar de aquí? — ¿Escapar? ¡Sí, por cierto! ¡Mira, mira esas ventanas tan altas y atravesadas de rejas, y lo grueso de las puertas! ¿Qué tal? ¿Quién se escapará de aquí?

En efecto; vió Benito que era imposible huir de aquella estrecha prisión, y renovó sus lamentables voces. Pero ¡oh Dios! las puertas se abrieron y se presentó el temible criado con un enorme látigo. —¿Quién grita?—preguntó con voz tremenda, y todos callaron. Retiróse aquel hombre después de echar á los muchachos una mirada feroz, y Benito convino con los otros en que toda queja era imprudencia. Redujo, pues, todo su conato á registrar la sala y examinar si podría escaparse. Benito era ingenioso, astuto y emprendedor. Advirtió que en otro tiempo hubo en aquella estancia una chimenea, cuyo hueco en la parte superior estaba cubierto con yeso. Por allí proyectó Benito escapar; pero ¿cómo había de efectuarlo si no tenía escaleras, bancos ni cosa alguna que le ayudara en su intento? Sin embargo, discurrió un arbitrio que aprobaron al instante sus infelices camaradas. Eran seis: tres se arrimarían y encorvarían junto á la pared; dos subirían sobre las espaldas de aquéllos, Benito se elevaría y se apoyaría en los hombros de estos últimos, y con el auxilio de una piedra llegaría á hacer un agujero en lo menos fuerte de la pared que cercaba el hueco de la chimenea. Así lo realizaron; y con el temor de que el ruido de la piedra atrajese al bárbaro azotador, trabajó Benito tanto con las manos, que al fin hizo una abertura suficiente para poder entrar por ella.

Peró luego se originó una disputa que no habían previsto. ¿Quién se había de escapar primero, y quiénes habían de seguirle? Y los dos últimos, ¿cómo habían de manejarse faltándoles el auxilio de las espaldas de sus compañeros? Esta reyerta estuvo á pique de destruir su proyecto, y por poco anduvieron á bofetadas; pero consideraron que de quedarse eran perdidos, porque se había de ver el agujero, y, por consiguiente, presumir cuál había sido su intención, y sin remedio los meterían en el horroroso subterráneo. Benito, pues, para no perder enteramente el fruto de su tentativa, propuso un medio de arreglo, diciendo: — A lo más, cuatro podemos escaparnos; echemos pajitas, y, como suele decirse, á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Dicho y hecho: echaron suertes. Pero ¡oh desgracia! á Benito le tocó quedarse con otro compañero. Suspiró, se afligió, lloró tan áspero destino, que le obligaba á pagar por los demás; pero no había remedio. Fué preciso servir de estribo para que subieran sus compañeros. El primero que subió dijo á los demás que se hallaba en una especie de granero, por donde fácilmente podía salir al campo. Desaparecieron el segundo y el tercero; subió el cuarto, y desde lo alto dió las buenas tardes á los que quedaban encerrados. Acabada la operación, los dos muchachos se enderezaron, se miraron y se echaron á llorar; pero Benito, siempre inventor, propuso á su desdichado camarada un pensamiento nuevo.—Nuestros amigos

—le dijo—se han escapado sin mirar si en el granero hay alguna escalera, cuerda ó cosa semejante, por medio de la cual pudiésemos nosotros participar de tan buena suerte. ¡Son unos egoístas! Mira: déjame subir sobre tus hombros: me parece que podré llegar á la abertura; y si logro hallarme en el granero, veré si hay algo con que podamos ayudarnos. Pero si no hallo nada, bajaré á acompañarte. ¡Te lo juro por mi honor!

El otro no quería consentir. Benito le propuso echar suertes; aceptó el otro el partido, y esta vez fué nuestro Benito favorecido de la fortuna. Lleno, pues, de alegría, pero al mismo tiempo resuelto á cumplir su promesa, subió sobre los hombros de su compañero, y al cabo de mil esfuerzos logró introducirse por la brecha y llegar al granero: fijó la atención en un montón de paja, y quedó agradablemente sorprendido al hallar entre ella un grueso cordel.—¡Mira, mira!—dijo á su compañero.—¡Ya tengo con qué sacarte! Benito le echó un cabo de la cuerda, y le encargó que se atase fuertemente; pero de repente oyó abrir la puerta de la sala y creyó que sería el feroz criado de Roland, ó los dos juntos, por lo cual, abandonando á su amigo, corrió á la ventana del granero, y por ella fácilmente bajó al campo y echó á correr cuanto podía.

Ya en el campo, se paró y miró á todas partes: á nadie descubrió, y con esto se animó. Pero, ¿adónde iría? ¿A casa de su padre? Sí; iría á postrarse á los pies de este anciano, severo, pero bueno y generoso: le haría una pintura de aquellas horribles prisiones, que seguramente no conocería su padre, y le manifestaría el carácter de M. Roland, que era un monstruo, un verdugo de los muchachos; y entonces su padre le perdonaría y le recibiría en su casa, donde se proponía ser un modelo de docilidad.

Confiaba en la bondad de su padre, pero si por desgracia no quisiera admitirle en casa, estaba resuelto á pedir limosna antes que volver á la estrecha prisión de que había tenido la fortuna de escaparse.

En tanto que Benito caminaba y reflexionaba, advirtió en una vasta llanura varias personas sentadas á la orilla de un arroyo á la sombra de unos frondosos sauces, y aun oyó una voz que cantaba dulcemente. El pobre muchacho estaba casi muerto de hambre y de cansancio, por lo cual decidió presentarse á aquella gente, que, sin duda, le protegería si acaso Roland ó su criado fueran en su seguimiento. He aquí, pues, á Benito que, sin pensar en que vestía un saco de tosco buriel todo manchado, se dirigió hacia las personas que veía sentadas, pero á quienes por la distancia aún no podía conocer. Ellas, por su parte, quedaron atónitas al ver al muchacho, y este incidente suspendió su diversión. Benito se acercó, distinguió á su familia y exclamó: —

¡Cielos! ¡Mi padre y mis hermanos!—¡Benito!—exclamó también Palemón;—¡Benito! — repitieron todos á una vez. El muchacho se arrojó á los pies del anciano, que le dijo:—¡Cómo! ¿Vos aquí? ¿Qué significa ese traje? Benito, sollozando, le contó lo que le había sucedido y el modo como se había escapado de la sala en que le tenía preso el feroz Roland. Todos se interesaron en favor del fugitivo, y todos lloraban.—¡Vos, padre mio— prosiguió Benito,—ignorabais, sin duda, que ese hombre tiene calabozos, cadenas, látigos y todo género de suplicios! (*Palemón calló.*) ¡Perdonadme; recibidme en el número de vuestros hijos; os juro que en nada os daré que sentir nunca, nunca!

Palemón no respondió; pero sus hermanos y la amable Enriqueta le abrazaban é intercedían por él. El anciano Delacour también interpuso su mediación; y el padre, no pudiendo resistir á tantas instancias, abrió sus paternas brazos al pobre Benito, el cual saltaba de contento, corría, gritaba, lloraba y hacía mil extravagancias, sin acordarse de comer. Por fin sació su apetito, y toda la comitiva volvió á la granja, donde Benito mudó al instante de traje.

Antes de recogerse Palemón dijo á sus hijos:—Mientras estuve en París fuisteis á visitar al joven Emiliano, cuya historia nos contó la buena Brígida: á nadie hallasteis, porque estaban en la corte, donde Emiliano había encontrado á sus padres. Este virtuoso joven ha sabido vuestra atención, y está muy agradecido, de modo que ahora poco he recibido una carta en que Emiliano y Brígida prometen venir á vernos dentro de dos ó tres días y contarnos lo restante de su historia. Os lo participo porque sé que ha de agradaros.

Efectivamente; los muchachos se alegraron infinito, y se retiraron á dormir, que bien lo necesitaban, especialmente Benito, que había trabajado tanto aquel día.





TARDE XLII

EL EJEMPLO

Una vez sola enseñó
El Salvador en el templo;
Pero en darnos buen ejemplo
Toda su vida empleó.
Obrando así demostró
La Eterna Sabiduría
Que la más bella teoría,
La virtud más celebrada,
Nunca será practicada
Si el ejemplo no la fía.

Gozoso de haber vuelto á la gracia de su padre, Benito protestaba no volver á incurrir en faltas como las que habían dado lugar á sus castigos. ¡El malvado Roland! ¡Qué hombre! Refirió Benito á sus hermanos á la mañana siguiente las extrañas crueldades de aquel verdugo de los muchachos. Todos se estremecieron, compadeciéndose de Benito porque había caído en las manos de un hombre tan cruel, y aplaudieron el valor que había tenido para quebrantar su prisión. Ignoraban que todo esto no era más que una especie de comedia arreglada entre su padre y M. Roland, pues éste, oyendo las quejas de Palemón respecto á Benito, discurrió un medio singular para asustarle y tratar de corregir-

le. — Yo poseo — dijo á Palemón — junto á un molino un edificio antiguo dividido en varias piezas. Juntaré en él varios muchachos, sirviéndome para este efecto así de mis hijos como de los amigos, y los instruiré en lo que deben hacer. — Con este objeto M. Roland, cuando Benito quedó en su poder, tenía ya arregladas las decoraciones necesarias, auxiliado por su criado y siete ú ocho jóvenes de las cercanías. Un muchacho estaba encargado de inspirarle la idea de escaparse é indicarle el mal cubierto cañón de la chimenea si él no lo advirtiese. Era bien seguro que Benito haría todo lo posible para huir y que lo conseguiría fácilmente, como que nadie se lo impediría. M. Roland había avisado á Palemón el día que empezaba la pieza cómica, y Palemón, con sólo el objeto de ver llegar á su fugitivo hijo, determinó comer con su familia en el campo y en sitio que estuviese á vista del molino.

Después que Benito hubo contado sus desdichas á sus hermanos, éstos en recompensa le refirieron todas las aventuras de M. Delacour y las del caballero Enrique. Así se pasó aquella mañana, en la cual todo fueron mutuas confianzas y caricias. Por la tarde se juntaron en la terraza sin objeto decidido. Apenas se habían reunido oyeron llamar reciamente á la puerta. Palemón, admirado de que á hora semejante fuese alguien á visitarle y que llamase con tan poco miramiento, mandó á Armando que acompañara á Marcela, que iba á abrir; pero éste quedó aturrido, y aterrado Benito, al ver entrar á Roland.

Este era el diablo para Benito y para todos los muchachos. Se figuraba que su anciano padre trataría severamente á aquel importuno, reconviniéndole por la cruel conducta que había tenido con su hijo; pero nada de eso: M. Roland fué muy bien recibido, y se le mandó sentar. — ¿Sois vos, amigo mío? — le dijo Palemón. — ¿Qué es lo que aquí os conduce tan cerca de anochecer? — Vengo, dijo Roland lanzando una severa mirada á Benito, que se estremeció — á pedirnos mi discípulo, que se escapó ayer de mi casa, causando en ella un gravísimo desorden. — ¿De veras? — Sin duda. No se contentó con romperme las paredes y huir como un facineroso, sino que complicó en su insubordinación á otros jóvenes á quienes yo castigaba por algunas culpas, y que me han sido confiados por sus padres, á los cuales no puedo presentárselos.

Todos callaban, y cada cual esperaba temblando la respuesta del padre, que parecía como que dudaba y no sabía qué contestar; pero al fin Palemón se explicó de esta manera: — Siento infinito que mi hijo no se haya contentado con huir solo, sin inducir á los demás á que imitaran su ejemplo, turbando así el orden de vuestra casa. Su obligación principal era esperar mis órdenes y procurar ganar vuestro afecto, en vez de excitar vuestra seve-

ridad; pero le he perdonado, y cuando empeño mi palabra, no acostumbro quebrantarla.—¡He aquí cómo son los padres! ¡Así echan á perder á la juventud, y los sujetos á quienes confían su enmienda no pueden hacer nada! — Amigo mío, os equivocáis. Yo no echo á perder á mis hijos: los corrijo, pero siempre como padre. No puedo olvidar este sagrado título, que me ordena ser más indulgente y sufrido que lo que puede exigirse de un extraño.—A la verdad, que si yo hubiese tenido un padre como vos, no sería tan infeliz, ni la desgracia habría agriado tanto mi condición. — Pues qué, ¿no os manifestaba vuestro padre el mismo afecto que yo profeso á mis hijos? — No, por cierto; y á no ser por un venerable sacerdote, á quien lo debo todo, ha mucho tiempo que estaría en el sepulcro.—¿Es posible? Hacednos el favor de contarnos la historia de vuestra vida, porque no puede menos de interesar á cuantos nos hallamos presentes.—Lo haría si no temiera quebrantar el precepto divino que nos manda honrar padre y madre. Bien hecho está lo que mi padre hizo, y lo único que siento es que no viva para seguir tributándole mi cariño. De todos modos, el que como Benito tiene un padre cariñoso debe estar contentísimo y dar muchas gracias á Dios.

Lo único que referiré es una escena de mi vida que prueba hasta qué punto llega el amor que profesan los padres á los hijos. En cierta ocasión, al cruzar mi calle para entrar en mi casa, tropecé con un militar de altivo continente, el cual, sin reparar en que el empujón había sido dado sin intención, me colmó de injurias, y sin hacer caso de mis explicaciones sacó la espada y se precipitó sobre mí.

Lo inopinado del ataque me privó de movimiento, y allí de fijo habría perecido si en aquel instante mi madre, que al ruido de las voces salió á la puerta, no se hubiera lanzado á cubrirme con su cuerpo, exponiendo por mí su preciosa vida. Al ver á mi madre el militar volvió en su acuerdo, y arrepentido de su criminal ligereza envainó la espada y presentó sus excusas, como cumple á un caballero que se honra reconociendo sus errores. El que se deja arrebatarse por la ira no es dueño de sí, y, por tanto, renuncia á ejercitar una de las más preciadas facultades del alma: la voluntad.

Todos los presentes elogiaron como merecía el rasgo de la madre de M. Roland y censuraron la impremeditación del militar, aunque aplaudiendo luego su arrepentimiento.





TARDE XLIII

LA AVARICIA

Es la feroz avaricia
Monstruo que nunca se sacia.
Se aconseja de la audacia,
Y vive de la injusticia.
Cruel hasta la sevicia,
Se afana en amontonar
Riquezas, que á disfrutar
Nunca llega en su demencia
¡Y al fin muere en la indigencia
Sin saber lo que es gozar!

Con el perdón de Benito volvió la casa de Palemón á su estado normal. La alegría reinaba por todas partes: si la presencia de Roland habia mantenido la seriedad en aquel inquieto muchacho, su retirada habia destruído todos sus recelos; ya se manifestaba más afable con León y Julio, más complaciente con Adela y más galante con Enriqueta, lo cual causaba en Palemón una satisfacción indecible.

El tiempo estaba hermoso, la Naturaleza encantadora, y la multitud de espigas que los sembrados presentaban prometia una abundante cosecha. Armando propuso ir al bosquocillo á coger guindas, provistos de pan para comerlas. La proposición fué

aceptada por unanimidad de votos, y partieron, llevando el mayor la ración de Enriqueta, y Julio, la de Adela. Las dos jóvenes recibían en los delantales la fruta que sus novios desde la copa de los árboles les echaban, y Benito y León se ocupaban en limpiarlas para después comerlas juntos. Cuando tuvieron suficiente bajaron de los árboles; pero Julio tenía un obsequio que hacer á su amada: había encontrado un nido, y fué á presentárselo á Adela. Armando no quiso ser menos, buscó otro y se lo ofreció á Enriqueta.

De aquí nacieron una multitud de reflexiones sobre la ternura maternal, y de ellas resultó decretarse la libertad de los animalitos. Los nidos fueron de nuevo colocados en su sitio, y viéronse al punto bajar sobre ellos una multitud de pájaros que llevaban granitos de trigo en el pico. Sin duda era muy grande el sentimiento de las pobres avecillas: acaso tan grande como el que nosotros experimentaríamos si nos privasen de nuestros padres. — Como el de Emiliano — repuso Julio — cuando le separaron de su madre. — ¿Quién es Emiliano? — preguntó Enriqueta; y Armando refirió á la joven toda la historia de aquel interesante muchacho, á quien de día en día esperaban en la granja, según había dicho Palemón.

Mucho interesó á la hija de Delacour aquel relato, y de él dedujo que Emiliano debía de ser hijo de algún matrimonio de inclinación. — ¿Y qué — preguntó Armando, — sólo esos casamientos son desgraciados? — Yo creo que lo son todos los que se contraen contra la voluntad de nuestros superiores. — Pero cuando están autorizados por la bendición paternal, ¿hay acaso estado más feliz? — No le hay — respondió Julio dando un profundo suspiro. — ¿Qué es esto? — dijo Benito. — ¡Aquí todos suspiran! — ¿No ves — dijo León — que todos se aman? Armando quiere á Enriqueta, y hace bien, porque lo merece, y Julio ama á nuestra Adela. ¡Sí; yo lo digo: no os pongáis ahora colorados!

Enriqueta miró timidamente á Armando, el cual dijo: — Yo por mi parte lo confieso. — Yo también — añadió Julio. — León les hizo observar que al menos debían agradecerle haberles ahorrado el trabajo de una penosa declaración, sobre lo cual se dijeron mil chistes unos á otros.

Esta conversación duraba todavía poco antes de comer, cuando vieron llegar un coche del cual salieron dos señoras de edad, la una más que la otra, un caballero, una joven graciosísima y un muchacho, á quien al momento conocieron por Emiliano. Al instante corrieron á abrazarle los hijos de Palemón, y éste entretanto recibió con la mayor cordialidad al caballero y á la señora, dándoles la bienvenida á su posesión. — Aquí tenéis á mis padres — dijo Emiliano. — ¡Sí — añadió Brígida; — por fin quiso Dios que los hallase!

Después de los cumplidos ordinarios y de haber descansado un rato comieron alegremente, haciendo á Emiliano incesantes preguntas relativas á sus aventuras, y les prometió satisfacer su curiosidad por la tarde. Llegada la hora de la reunión, la madre de Emiliano se encargó de referir sus propios sucesos, para continuar con los de su hijo, lo cual hizo en esta forma:

Continúa la historia de Emiliano.

Antes de relatar los acontecimientos ocurridos durante el curso de mi vida debo decir algo de las aventuras de mi padre, para que conozcáis las causas que determinaron á un tío, el más avaro y perverso, para perseguirme y perseguir á mi esposo y á mi hijo. Mi padre, que se llamaba Dubourg, era comerciante y tenía un hermano mayor, también dedicado al comercio, el cual se había arruinado varias veces por sus malos negocios. En muchas ocasiones le había ayudado mi padre con su crédito y caudal; pero este hermano, sin principios y sin buena conducta, acababa de perderse incurriendo en una quiebra fraudulenta. Mi padre, cansado de disminuir, por favorecer á un hombre tan disipador, el caudal que me pertenecía como hija única, pues mi madre había ya muerto, y viendo, por otra parte, que ningún sacrificio sería bastante para reanimar el crédito de su hermano, tomó el partido de negarle todos los auxilios y al mismo tiempo manejarse de modo que nadie le censurase por no socorrer á su hermano. Para este efecto hizo circular la voz de que una quiebra aún más fuerte que la de su hermano le precipitaba en el abismo de la miseria. Representó tan bien su papel, que lo creyeron todos, y mi tío el primero, el cual todavía esperaba auxilios de su hermano y ya se veía sin la menor esperanza. Pero mi padre, que no tenía deudas, y, por consiguiente, á nadie hacía perjuicio, vendió secretamente sus bienes raíces y todo cuanto poseía, reduciéndolo á dinero, que encerró en un cofre de hierro. Queriendo huir de su país, donde le avergonzaban las infamias de su hermano, se propuso llevarme á tierra extranjera y allí entregarse de nuevo al comercio y cuidar de mi educación y mi fortuna.

Ya había despedido á sus criados: las maletas estaban preparadas, y en una de ellas había puesto su cofrecillo de hierro lleno de oro; pero antes de partir envió á llamar á Leclerc, su cajero, á quien había colmado de regalos y que era de toda su confianza. Estando, pues, los dos solos, mi padre le dijo:—Amigo, ya que nos hemos criado juntos desde nuestros primeros años y siempre has correspondido fielmente á tus obligaciones, nada debo reservarte y no quiero que, como todos, creas que estoy totalmente arruinado. No, amigo mío: veo que estás muy contristado por la idea de mi ruina y debo consolarte. Sabe,

pues, que poseo más de doscientas mil libras en oro: guarda en tu corazón este secreto y despidámonos sin esta pena. En cualquiera parte que determine establecerme te escribiré, y mantendré contigo, mientras viva, la justa correspondencia que debo á tu cariño y probidad.

El anciano Leclerc, gozosísimo de que su amigo no fuera tan desdichado como él había creído, registró el cofrecillo, contó alegrementemente la cantidad que contenía, abrazó á mi padre, le prometió el secreto y se despidió de él deseándole un próspero viaje.

Ibamos ya á partir, el coche nos esperaba, cuando á mi padre, que era muy grueso y sanguíneo, le acometió un accidente apoplético: cayó sin sentido y murió de allí á pocos minutos. Tenía yo entonces cuatro años; pero conservo este doloroso caso tan presente como si acabara de suceder. Yo llenaba la casa de descompasados gritos, mientras que unos vecinos officiosos (pues no teníamos ya criado alguno), informados del suceso, se apresuraron á dar á mi tío parte de lo ocurrido. Llegó M. Dubourg muy sofocado, se arrojó sobre el helado cuerpo de su hermano é hizo cuantos extremos de dolor puede sugerir el amor fraternal. — ¡Qué desgracia! — decía. — ¡Qué desgracia para esta pobre criatura! ¡Perder á su padre en tan tierna edad! ¿Qué será de ella? ¡Yo me veo arruinado, y también lo estaba su padre! ¡Yo no puedo encargarme de ella; no es posible! ¿Cómo he de educarla? ¡Aún si le hubiera quedado algo á su padre! Pero todo lo vendí para pagar á sus acreedores. Estas maletas... ¿Qué ha de haber en ellas? Algunas ropas suyas y de su hija. Pero ¿por qué á este hombre se le había ocurrido expatriarse? Sin duda que el dolor de verse precisado á salir de su país le ha causado la muerte. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Buenas gentes — dijo á los vecinos, — hacedme el favor de recoger á esta pobre niña mientras yo examino si han quedado algunos papeles útiles ú otra cosa. En fin, es preciso registrarlo todo. ¡No sé cómo ha sido! ¡Yo sabía los asuntos de mi hermano como los míos! ¡Parecía imposible! Al cabo, yo soy el único pariente que le queda á Carolina. ¡Llévala, llevadla por Dios, mientras yo lo registro todo!

Uno de los vecinos me llevó á su casa, y mientras procuraba consolarme, mi tío se encerró en un cuarto donde todavía estaba tendido el cadáver. No sé si mi tío, ó porque no daba entero crédito á la quiebra fingida de mi padre, ó por un simple motivo de curiosidad, quiso registrar las maletas; pero, sea de esto lo que fuere, quedó atónito al hallar un cofrecillo tan pesado que apenas podía levantarle. Buscó cuidadosamente la llave, y la halló juntamente con otras en uno de los bolsillos de la casaca del difunto. Abrió... ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Qué alegría sería la suya al ver tanto oro, muchas letras de cambio y va-

rias ricas alhajas! El malvado cerró el cofre, le ocultó en un sitio muy retirado, llamó á los vecinos y les dijo: — ¡Venid á ver qué rica herencia! ¿No lo había yo dicho? ¡Unos miserables vestidos! ¡A esto se reduce todo! ¡Ni hay con qué pagar el entierro! Sed testigos todos de tan opulento patrimonio. ¡Mirad esta maleta y esta otra! Yo no puedo encargarme de la niña: será preciso llevarla á una casa de caridad. — ¡Santo Dios! — exclamaron los vecinos. — ¡Llevar á una casa de caridad á una criatura tan hermosa! ¡No por cierto; nosotros nos encargaremos de ella, aunque sea contribuyendo cada cual con alguna cosa! — ¡Me agrada — dijo mi tío — semejante rasgo, que declara la bondad de vuestros corazones! ¡No permita el Cielo que yo me muestre menos generoso que vosotros con una sobrina mia! Y así, aunque nada deja mi pobre hermano y yo también estoy miserable, quiero llevarme la niña. Trabajaré cuanto pueda para mantenerla: no tengo hijos y haré cuenta que Dios me ha dado una hija.

Los vecinos, persuadidos por la voz pública de que mi padre había muerto en la mayor pobreza, se retiraron al ver que de todo se había encargado mi tío, el cual se llevó la llave de la casa y me condujo á la suya. Era soltero, no tenía criados y habitaba en una especie de bohardilla. Aunque yo era de tan tierna edad, aquella mutación me fué muy dolorosa, y parece que adivinaba las infinitas desgracias que luego habían de sucederme.

A la mañana siguiente enterraron á mi padre; y mi tío, para poner el sello á su refinada hipocresía, tuvo muy buen cuidado de pedir en la parroquia que le enterrasen de limosna. Después hizo llevar á su cuarto las maletas; pero por sí mismo condujo de noche el precioso cofre. Dos días después me puso en casa de unas pobres mujeres, donde estuve hasta la edad de diez años trabajando en labores ordinarias, vestida con la mayor humildad y sin comer lo suficiente para satisfacer mi apetito, ó por mejor decir, mi hambre.

Enriquecido M. Dubourg con las doscientas mil libras que le había valido mi herencia, procuró no ostentar en los primeros años la fortuna que poseía. Obtuvo tiempo de sus acreedores para pagarles poco á poco, y lo hizo; renovó su comercio, y corregido por sus anteriores desgracias, se hizo tan avaro como había sido pródigo hasta entonces. Tenía yo diez años cuando mi tío, que ya rayaba en los sesenta, arregló todos sus negocios y se retiró del comercio. Había comprado una casa muy buena en París, donde vivía retirado conmigo y con un ama de gobierno. Yo, que apenas había conocido á mi padre y creía que había muerto en la mayor pobreza, daba entero crédito á lo que me decía mi tío. Por esta razón, y á pesar de su dureza, altivez y ex-

traordinaria avaricia, la gratitud hacía que le respetara como á un tierno padre. Casi no salía de casa: sólo cuando lo hacía mi tío, le acompañaba; y por la noche le leía algunos libros serios ó jugaba con él á los naipes. Añadid á estas mortificaciones la continua presencia de una vieja rara, de maldito genio y muy envidiosa, y comprenderéis qué género de vida tuve hasta la edad de diez y seis años, edad del amor y de la razón, en la cual comienzan mis particulares y personales sucesos. Prestadme toda vuestra atención.

Mi tío siempre había sido amigo de un cierto conde de Armance, á quien en otro tiempo había prestado algún dinero, que nunca logró recobrar. Era hombre de cuarenta años poco más ó menos, viudo, pero con familia; gastaba mucha ostentación y se preciaba de tener grande influjo en la corte. M. Dubourg atendía escrupulosamente á mantener amistad con este caballero; y aunque yo no sabía el motivo, veía que delante de él se manifestaba muy humilde y respetuoso. Pero el Conde, que de cuando en cuando iba á visitarle, tenía un objeto que mi tío estaba muy lejos de sospechar: me había visto, yo le gustaba, y concibió acerca de mí criminales designios. Tenía el Conde un secretario joven, tan amable como aborrecible su amo. Llamábase Leclerc, y estaba dotado de cuantas prendas y bellas cualidades pueden adornar á un hombre. Muchas veces iba Leclerc á llevarnos cartas ó regalos de parte del Conde, y siempre que se presentaba con sus miradas y suspiros me daba á entender que yo había rendido mi corazón, me complacía de ello, y con el mismo lenguaje mudo le aseguraba que no me era indiferente. Así nos entendíamos sin habernos hablado de amores. El Conde, que le quería mucho, le llevó varias veces á nuestra casa. Yo, para ver con más frecuencia á Leclerc, suplicaba al Conde que nos favoreciese más á menudo con su presencia; y aunque él interpretaba en su favor mis demostraciones, Leclerc conocía su verdadero espíritu y sabía cuál era en realidad la causa de mis deseos: así, en cuanto podía empeñaba á su amo á que concurriera á casa de M. Dubourg. Todo se hallaba en esta disposición, cuando un día el Conde, viéndome sola, se atrevió á declararme su amor, cosa que me sorprendió mucho y aun me inspiró grandes cuidados. Sabía yo que aquel hombre podía disponer libremente de su mano, conocía el carácter ambicioso del avaro Dubourg y temía que me sacrificase á la grandeza y opulencia. — Señor — respondí al Conde delante de Leclerc, que no podía disimular su agitación, — mucho honor me hacéis; pero conozco que sois muy delicado, y, por tanto, no querréis aspirar á mi mano sin obtener mi corazón. Si éste no consultase más que la elevación y la fortuna, os habría preferido; pero, por desgracia, sólo atiende á la voz del amor y no tiene libertad para dis-

poner de sí mismo. — ¡No tiene libertad! — exclamaron á un tiempo el Conde y Leclerc. — No, señor Conde: yo amo á un joven lleno de méritos, y me lisonjeo de que secretamente corresponde á mi afecto. Le veo con frecuencia, está... en esta casa y nunca nos hemos declarado nuestra reciproca pasión; pero os protesto á entrambos que él será mi esposo ó acabaré mis días en un claustro.

Demasiado atrevimiento era para una joven de mi edad hacer semejante declaración á un amante en presencia de su rival; pero éste era tan orgulloso y tenía tanta confianza en su secretario, que no sospechó que pudiera ser el objeto de mi amor. Leclerc, por mucho que procuré reprimir mis ojos, adivinó el sentido de mis palabras y faltó muy poco para que le descubriera en los ímpetus de su regocijo interior. El Conde me dijo después de haber reflexionado un poco: — Señorita, ése es un amor bien inesperado. ¿Nunca se lo habéis participado á vuestro tío ó á alguno de vuestros amigos? — Nunca. — ¿Y ese joven se halla en esta casa? — Sí por cierto. — A la verdad que no alcanzo... ¿Y tiene padre? — No, señor; pero tiene un superior molestísimo que le violenta en gran manera. — Siendo así, si tiene facultades, si está establecido decentemente, es preciso que sea vuestro esposo. — Eso es lo que deseo. — Mucho temo, señorita, que todo eso sea pura invención para retraerme de mis pretensiones; pero yo lo sabré: participaré á vuestro tío esos sentimientos, y veremos. — Muy bien; veremos.

Picado estaba el Conde, y yo también; Leclerc temblaba, y ninguno de los actores de aquella escena se hallaba satisfecho. Pero al instante conocí la imprudencia que me habian hecho cometer el despecho y el odio que profesaba al Conde. Fué éste á verse con mi tío, y le pintó mi oculta pasión con tan ridículos rasgos, que M. Dubourg, asegurándole que en la casa no había joven alguno á quien pudieran referirse mis expresiones, le ofreció reprenderme y obligarme á corresponder á sus deseos. Comieron aquel día con nosotros el Conde y Leclerc. M. Dubourg nada me dijo. Por la noche hubo un poco de música, y á instancias mías Leclerc cantó al piano los siguientes versos, cuyo sentido penetré al instante:

¡Silencio, corazón mío,
No reveles tu pasión!
¡De la llama que te abrasa
No dejes ver el fulgor!

¿No ves sus rosados labios,
Que envidia dan al amor,
Cuál sonríen hechiceros
Con entusiasta expresión?

Pues si ven cuán amorosa
Te paga ardor con ardor,
De la llama que te abrasa
No dejes ver el fulgor.

Al otro día mi tío me reconvino agriamente por haber despreciado el amor del Conde, y quiso á toda costa que le manifestase quién era mi novio; no habiendo podido lograrlo, despidió al maestro de música y cerró la casa á los pocos amigos que la frecuentaban, con lo cual quedamos en el mayor aislamiento. Al día siguiente, y en ocasión en que mi tío hablaba conmigo de aquel para mí odioso proyecto, llegó un criado del Conde portador de un hermoso ramo de flores destinado para mí. Le cogí maquinalmente, atraída por la exquisita fragancia de las rosas que le formaban; pero al acercarle vi en una de ellas agitarse entre los frescos pétalos un repugnante gusano. Le separé de mí, y dije á mi tío enseñándole aquel contraste:— Este es el emblema de la boda que me propone usted. Muy conveniente por defuera, y repulsiva interiormente. En vano mi tío quiso hacerme toda clase de reflexiones. Me dijo que el Conde deseaba casarse conmigo, pero en secreto, porque las conexiones que tenía en la corte no le permitían hacer público un casamiento tan desigual, y que debía disponerme á recibir su mano, amenazándome con que de no hacerlo así me arrojaría de su casa. Desde entonces sólo el Conde y Leclerc tenían franca entrada en la casa, y á instancia del primero le fué permitido á mi amante hablarme en secreto á fin de que me convenciese de que amara al Conde. Fácil es imaginar que Leclerc no desperdiciaría en hablar en favor de otro los preciosos momentos en que estábamos solos, teniendo tanto que ocuparse de sí mismo.

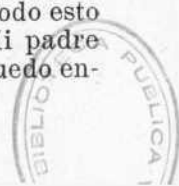
El amable secretario del Conde estaba más enterado que yo de lo que concernía á mis intereses.— Carolina — me dijo en la primer entrevista secreta que tuvimos, — os conozco y os amo desde vuestra infancia: soy hijo de aquel cajero que tuvo vuestro padre, y á quien hizo dueño de toda su confianza. Antes de morir me refirió la conversación que había tenido con vuestro padre á tiempo que estaba para viajar, y añadió: «Yo nada sé; pero creo que alguien habrá robado al buen M. Dubourg. Si así fuere y tú le encuentras alguna vez en el mundo, ó á su hija, ó á sus herederos, infórmate del cofrecillo; procura indagar la suerte de un hombre á quien debo la corta herencia que te dejo. Hijo mío, este secreto que debí á su confianza es justo que yo le deposite en tu pecho, pues voy á perder la existencia. Sobre todo, te encargo que si vas á París te informes de ese hombre, de su hija y del cofrecillo, que no puedo desechar de mi imaginación.»

—En efecto; era admirable que aquel cofrecillo, donde estaba

depositada toda la fortuna de vuestro padre, diese tanto que pensar á un anciano en los últimos instantes de su vida. Pero parece que algunas veces presentimos las desgracias que han de sucedernos á nosotros mismos ó á los que profesamos particular cariño: mi padre lo experimentaba así, y yo le prometí cumplir exactamente su voluntad. Expiró en fin, y después de haber cumplido cuantas obligaciones me competían en tal caso, auxiliado por un tío que quiso ser mi tutor, vendí las pocas posesiones que heredé, y su producto lo puse á ganancias. Después de todo esto me vine á París, donde mi primer cuidado fué informarme de vuestro padre en la misma casa que habitó. Grande fué mi sorpresa cuando los vecinos me dijeron que había muerto una hora antes de su partida, al siguiente día del en que fué mi padre á verle por última vez. Pregunté por Carolina, y me dijeron que su tío se la había llevado y la tenía consigo; hice todas las demás preguntas que me parecieron oportunas, y sólo me contestaron que vuestro tío había estado algunas horas encerrado en el cuarto del difunto registrando todo su equipaje, y que después hizo á los vecinos testigos de la miseria en que había muerto su hermano; después de lo cual, recogiendo cuanto halló, se retiró á su casa.

Estuve para exclamar ¡qué pícaro!; pero me contuve por no aventurar el secreto dando que sospechar. Así, pues, sin detenerme en profundizar el asunto, cuyo fondo nada me interesaba, sólo traté de buscar algún acomodo que pudiera proporcionarme medios de subsistir y aumentar mis cortos bienes. Necesitaba secretario el conde de Armance: me presentaron á él, me admitió, y continuó, como veis, á su servicio. Debo ahora deciros, amable Carolina, lo que me obliga á revelaros el secreto de vuestro padre y del mío. El Conde es un necio, libertino y de mala intención. Siempre está pidiendo prestado; pero lo que con una mano recibe lo prodiga con las dos, de modo que yo tengo más gratificaciones que sueldo. Por tanto, contemporizo con él, soy su ínfimo confidente; y lo celebro infinito, porque así estoy instruido de todos los proyectos que forma contra vos.—¿Contra mí?—Sí, señora. Este hombre, desnudo de toda probidad, ha prometido á vuestro tío que se casaría con vos en secreto por no indisponerse con su familia: pues sabed que lo que quiere hacer es un matrimonio fingido. Su ayuda de cámara ha de hacer las funciones de párroco; conque nada más tengo que advertiros.— ¡Oh Cielos!

—Al instante me acordé de la historia del cofrecillo, que casi se me había olvidado, y vi claramente que se lo había apropiado vuestro honradísimo tío sin participárselo á nadie. Todo esto me ha inspirado un proyecto, que voy á comunicaros. Mi padre me hizo tan puntual descripción del cofrecillo, que no puedo en-



gañarme acerca de su figura y construcción. Es prolongado, todo de hierro, con un gran círculo dorado en la cubierta, y tiene dos cerraduras; en lo interior hay varias divisiones, donde estaban los luises de oro en rollos, y en el fondo ha de haber un secreto destinado á ocultar papeles importantes y letras de cambio. Es menester que os apoderéis de ese cofrecillo. ¿Nunca le habéis visto? ¿No tiene vuestro tío algún guardamuebles? — Mi tío tiene en su gabinete un guardarropa que nunca he registrado, porque á nadie da las llaves. — Pues es forzoso, hermosa Carolina, que busquéis el cofrecillo, y hacer de modo que llegue á mi poder por cualquier medio. La astucia en semejante caso no es reprehensible, porque se trata de que recobréis vuestros bienes y de confundir á un picaro.

Conocí que Leclerc tenía razón, y prometí hacer cuanto estuviera de mi parte. Cuando ya quedamos conformes sobre este importante asunto, le dije:—Para entretener al Conde y ganar nosotros tiempo, le haréis presente que exijo de él que me dé su mano públicamente, para usar en todas partes, como es justo, el título de condesa; que quiero vivir en la misma casa que ocupa; que quiero coches, caballos y todo el tren correspondiente á la clase en que tengo que entrar; y, finalmente, que antes de celebrarse nuestro matrimonio ha de presentarme á todos sus parientes. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones.—No pude decirle más, porque á esta sazón entró mi tío. Leclerc se retiró prometiéndome que participaría cuanto le había dicho á su amo el Conde. Mi tío quiso también que le confiase mis ideas; y haciendo antes un gran mérito de mi complacencia, le dije con todo detalle las proposiciones que acababa de hacer al Conde por medio de su secretario. Mi tío, meneando la cabeza, me dijo que era una loca y que mis pretensiones eran descabelladas; que una mujer como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenía derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las señoras de la alta clase; en una palabra, M. Dubourg se encolerizó, y yo le dije que precisamente porque conocía que había de enojarse había querido antes de consultarle manifestar mis sentimientos al secretario del Conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondí con desdén.

Se me había hecho odioso desde aquel momento. Lejos de mirarle como á mi bienhechor, le consideraba como á un hombre sin fe, sin honor y sin probidad.—¡Cómo!—decía yo para mí.—¡El disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡Me ha criado por caridad! ¡Qué horror!—Entretanto no me descuidaba en lo posible por averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tío, sin excitar sus sospechas, y no tardó el Cielo en proporcionarme una ocasión favorable.

Aquí Palemón advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba y que tenían que andar bastante hasta la antigua habitación de Brígida. En consecuencia, madame Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche y se despidieron hasta el día siguiente, que se continuaría su historia, la cual tenía embelesados á los muchachos.





TARDE XLIV

LA FELICIDAD MUNDANA

La felicidad mundana,
Ese fantástico imán
Que nos arrastra, ese afán
De gozar que no se allana
Con la condición humana,
Mezcla de risa y de llanto,
Es un delicioso encanto,
Una mágica ilusión
Con que nuestro corazón
Disimula su quebranto.

Sobremanera impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y de sus padres. Oyeron al fin el carruaje, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde, después de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemón les ofreció, continuó Carolina su narración en estos términos:

Continúa la historia de Emiliano.

Ayer os dije que en breve se me ofreció ocasión de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tío tenía la costumbre de dormir una ó dos horas después de comer; durante su sueño tuve un día proporción para quitarle las llaves del armario que estaba en su

gabinete. Registré, y entre varias ropas hallé la alhaja que buscaba. Me apoderé de aquel convincente testimonio de la codicia de mi tío, y dejando las cosas en el estado en que las hallé, llevé el cofrecillo á mi cuarto, donde le oculté cuidadosamente. Por la noche, cuando me retiré á mi cuarto, examiné el cofrecillo, que antes había abierto, y encontré en el fondo muchas cartas de mano de mi padre; y entre otras cosas leí una lista de las ventas que había realizado. A lo último de este papel había esta nota:

«He hecho construir este cofrecillo á M. Dumont, maestro cerrajero en la calle de la Harpe, á fin de depositar en él doscientas diez mil cuatrocientas ocho libras, que componen ocho mil setecientos setenta y siete luises; todos divididos en rollos de á mil y ciento.—*Carlos Dubourg.*»

Debajo había otra nota de mi tío, que decía así:

«Efectivamente, hallé en este cofrecillo la suma designada en la lista de mi hermano.—*Lorenzo Dubourg.*»

Convincentes eran estas pruebas, y, en mi concepto, podrían hacer mucho efecto recurriendo á la Justicia; pero este medio era violento, pues arruinaba á un hombre que, á lo menos, me había criado y en cierto modo me tenía obligada. Además de esto, para proceder judicialmente era preciso salir de casa, y no tenía pariente ni amiga con quien pudiese estar decentemente y con seguridad. Así, pues, me propuse callar hasta consultar á Leclerc. Fué el Conde á verme, tuvo después una larga conferencia con mi tío, y luego se me presentó éste intimándome que me dispusiera á partir con él al día siguiente.—¿Y adónde vamos?—Al castillo de Armance, donde ya está todo preparado para tu casamiento.—Pues qué, ¿me sacrificáis de esa manera?—Antes bien, trato de hacerte feliz. El Conde y yo hemos considerado que tus pretensiones son locas é irrealizables, y no puede consentir en hacerte esposa suya públicamente. Mañana te casarás, y día llegará en que me des las gracias por la elevación que te propongo.

Iba á decirle que el proyectado matrimonio no era más que un puro artificio, y que él y yo éramos víctimas de la traición del Conde; pero me contuvo el temor de que me preguntase quién me había informado de ello. No hice, pues, más que llorar y protestar que no iría al castillo de Armance, y que nunca consentiría en semejante matrimonio. M. Dubourg me juró que si me resistía á darle aquella satisfacción me abandonaría enteramente, y salió mandándome elegir entre salir para siempre de su casa ó casarme con el Conde.

Quedé sola, y no sabía qué partido tomar, cuando volvió á entrar mi tío con Leclerc. Me entregó éste de parte del Conde un soberbio regalo, consistente en encajes y vestidos. Yo estaba

anegada en lágrimas y no quería admitir nada; pero una seña de mi amigo me determinó á aceptar el regalo. Le dije que iba á elegir lo que fuera más de mi gusto, y que tuviese la bondad de esperar para llevarse lo restante. Convino en ello, porque se percató de mi intención, y se quedó con mi tío. Entretanto me retiré á mi cuarto, donde registrando las ropas que el Conde me enviaba, encontré una carta de Leclerc concebida en estos términos:

«Consentid en todo y dejas conducir mañana: yo dispondré las cosas de modo que vayáis sola en un coche, y haréis cuanto os diga. No puedo deciros más. ¿Sabéis algo del cofrecillo?»

Al instante le respondí así: «El cofrecillo está en mi poder. ¿Cómo podré entregároslo? Seguiré puntualmente vuestros consejos.»

Devolví á Leclerc un vestido de seda, poniendo al mismo tiempo en su mano mi contestación. M. Dubourg, viendo que yo despreciaba un vestido tan rico, le arrebató de las manos de Leclerc.—¿Por qué razón — exclamó aquel hombre avaro — dejas este precioso vestido? ¿Piensas que yo tengo medios para darte otro semejante? ¡No, señora; ó tomarlo, ó dejarlo todo! — Por fortuna, Leclerc tuvo maña para ocultar el papel, razón por la cual apoyó las ideas de mi tío, rogándome que admitiese todo cuanto me había llevado. Así lo hice. Leclerc se retiró, yo fingí la mayor desesperación, y mi tío, que se burlaba de todos mis sentimientos, me reiteró la orden de disponerme para partir á las nueve de la mañana siguiente.

Llegó por fin la mañana, cuyos sucesos y fin no podía yo prever. Estaba en una situación difícil de pintar, pues mis ojos derramaban copiosas lágrimas y mi corazón palpitaba violentamente.

Pronto se presentó mi tío con su mejor vestido, me dió las gracias por mi sumisión y docilidad, y aun celebró que por vez primera hubiese procurado adornarme. — ¡Vaya — me dijo; — se conoce que no aborreces al Conde, pues parece que quieres embelesar su corazón y sus ojos! — Luego llegó el Conde, y después de haberme saludado con cierta especie de confusión, dijo á mi tío: — Vos vendréis conmigo; mi coche nos espera á la puerta, y conviene que nos adelantemos. Luego vendrá otro coche por esta señorita, que hallará en él una camarera que he elegido para que la sirva.

Mi tío quedó atónito al oirlo, y el Conde prosiguió diciendo: — He arreglado así las cosas temiendo que Carolina no estuviese todavía dispuesta, y principalmente porque los dos tenemos que tratar en mi castillo algunos asuntos antes que se celebre la ceremonia.

Así que se fueron el Conde y mi tío me hallé más sosegada,

recordando la frase del billete de Leclerc relativa á que iría sola. Veía que las cosas empezaban favorablemente, y me lisonjaba de que terminarían del mismo modo. En efecto; al cabo de una hora se paró á la puerta de nuestra casa un coche poco brillante. Vi bajar de él una mujer alta y gruesa, que me pareció ser mi prometida camarera. Acercóse á mí y me dijo:— ¿Estáis ya dispuesta? — ¿Adónde me lleváis? — ¿Adónde? Pues qué, ¿no lo sabéis? Al castillo de Armance.— Suspiré, y me despedí de la vieja ama de M. Dubourg, que, sin duda alguna, quedaría contentísima de verse sola para gobernarlo todo. En fin, subí al coche con mi nueva compañera, la cual, mirándome del modo más expresivo, me dijo:— ¡Me parece que se os olvida alguna cosa!— No será extraño con tal turbación. Pero ¿qué es?— Cierta alhaja de que me ha hablado M. Leclerc.— ¡Sí, sí; es verdad! ¡Dios mío!

Al instante subí á mi cuarto á buscar el cofrecillo; pero estaba allí el ama de gobierno. ¿Cómo había de hacer para sacar aquella alhaja tan importante? Mientras hacía como que buscaba alguna cosa, acudió la camarera, y cubriendo el cofrecillo con su delantal, se lo llevó, diciendo:— ¡No sería poco lo que me ríera mi amo si me hubiera olvidado del cajoncito de los encajes!— ¿De encajes?— dijo la vieja.— ¡Veamos, veamos!— ¡No estamos tan despacio!— Dicho esto bajó corriendo y se metió en el coche; yo hice lo mismo llena de alegría, y el cochero arreó á los caballos. Entonces acabé de conocer la fidelidad de Leclerc, y que aquella mujer era de toda su confianza. Por tanto, le dije:— Me parece, amiga mía, que sabéis mis secretos y los de...

No me respondió, y su frialdad y su silencio me aturdieron, por lo cual no sabía si podía confiarle el misterio de mi amor. Temblaba de que tal vez fuese confidente de mis enemigos. Pero ¿cómo podía serlo, habiéndome recordado el cofrecillo que se me olvidaba? ¿Quién la había instruido? ¡No, no podía menos de ser amiga de Leclerc!

Ignoraba yo si el castillo de Armance estaba situado cerca ó lejos de París, pues nunca se me había ocurrido informarme de estas particularidades; de modo que me dejaba llevar como las víctimas humanas que en otro tiempo se sacrificaban en aras de los falsos dioses. Reparé que atravesábamos todo París, y ya nos hallábamos detrás del hospital, cuando el cochero paró delante de una casa de poca consideración, según su fachada. Abrió la portezuela y dió la mano á la camarera; y, para mayor admiración mía, oí que aquel hombre le dijo:— Aquí es preciso ejecutar lo que hemos tratado.— Tenéis razón — le respondió mi compañera; y al instante sacó una pistola que me hizo estremecer, pues recelé si querrían asesinarme; pero no era yo el principal actor de aquella escena. Casi junto á la cara del cochero

disparó la camarera su pistola, de modo que le quemó una gran parte del cabello; y luego tranquilamente entregó á aquel hombre el arma. Yo bajé medio muerta del coche; el cochero volvió á ocupar el pescante, y desapareció al momento.

No sabía dónde me hallaba ni lo que querían hacer de mí; mas luego, dándome la mano la camarera, me dijo:—¡Todo ha salido perfectamente! Entrad, hermosa Carolina: ésta es vuestra casa; y á buen seguro que estaréis en ella mejor que en la de vuestro malvado tío. Todavía no me conocéis; pero pronto sabréis quién soy, y no tardaréis en ver á la persona que os ama como á sí propia.

Sosegada con estas palabras, pronunciadas con la expresión más afectuosa, entré en la casa, que me pareció adornada modestamente, pero con gusto. Mi compañera tiró del cordón de una campanilla, y una criada se presentó llevando algunos manjares delicados. Cuando estuvimos solas pregunté á la señora de la casa qué significaba lo que estaba sucediendo.—Ya es tiempo —le dije—de que me deis algunas explicaciones y desvanecáis las confusiones que padezco, aunque no dejo de conocer que todo es disposición de M. Leclerc.—En efecto es así: ved en mí, no á una camarera vuestra, aunque siempre me lisonjeará serviros en cuanto pueda, sino á una tía de vuestro pretendiente Leclerc. Ahora vais á saber cómo mi sobrino y yo hemos conducido y manejado este asunto. Este sobrino, á quien amo como si fuera hijo mío, fué á buscarme hace ocho días y me refirió vuestras desgracias, las suyas y el amor que recíprocamente abrasaba vuestros corazones.—No puedo —añadió—dejar actualmente al conde de Armance, porque tengo que arreglar asuntos de intereses; pero luego que ponga todos sus papeles en orden, lo cual no me costará largo tiempo, iré á vivir en vuestra casa con el dulce objeto de mi cariño. Querida tía, es preciso que me ayudéis á librarla de la tiranía de su tío y de los infames proyectos del Conde.—Prometí hacer cuanto estuviese de mi parte, y dispusimos la trama de esta manera. El Conde acababa de despedir á su cochero, y Leclerc hizo que entrase á ocupar su plaza un hombre de toda mi confianza é hijo de un colono de la hacienda de un amigo mío. Se necesitaba también para vos una camarera que fuese capaz de prestarse á todas las ideas del Conde. Leclerc habló por mí, y me presenté en casa del Conde, sin dar á entender la relación que tenía con su secretario. El amo me dió las instrucciones más abominables: prometí contribuir á todo, y quedé desde luego en la casa. Leclerc, que lisonjea las pasiones de su protector para no excitar la menor sospecha de su inteligencia con vos, le aconsejó ayer que se adelantase con vuestro tío al castillo, y le añadió:—Josefina (bajo este nombre me había yo presentado) acompañará á Ca-

rolina, y durante el camino la dispondrá para el género de vida retirada que queréis que observe; y yo sé que lo conseguirá, porque esta mujer tiene muy poderosa persuasión. Consintió en ello el Conde, y esta mañana, como visteis, fué á buscar á vuestro tío. Durante su ausencia hablé yo á solas con Milet, que es el cochero que habéis visto, y le dije:—Milet, ya ha llegado el caso de servirme. Ahora mismo vamos á buscar á la joven Carolina; pero en vez de llevarla al castillo de Armance, la conducirás á mi casa, y cuando volvieres á la del amo, te mostrarás desesperado, diciendo que Carolina ha bajado del coche (con cualquier pretexto), juntamente con su camarera, en el bosque de Verrières, que está en el camino de Armance; que allí Carolina ha empezado á dar grandes voces pidiendo socorro; que se han presentado varios hombres á caballo; que uno de ellos te ha disparado un pistoletazo, cuya señal mostrarás, y que, habiendo caído desmayado del pescante, cuando has vuelto en tu acuerdo te encontraste solo. Aquí tenéis la explicación de todo. Resta ahora que me digáis si os pesa de haber dejado la casa de vuestro infame tío ó de no haberos unido al Conde, que es el más pérfido é inmoral de todos los hombres.

Agradecí á madame Leclerc (así se llamaba la tía de mi amigo) los cuidados y el empeño que había tomado por libertarme, y le aseguré que, lejos de estar pesarosa, me hallaba contenta y satisfecha. Pero le pregunté:—¿Por qué no me habéis dicho todo eso cuando veníamos? Mucha inquietud me hubierais excusado.—No os lo dije entonces porque temía los extremos de vuestra alegría y que me espíasen tal vez algunas personas adictas al Conde. Os aseguro que estaba bien ocupada en examinar todas las caras y las curiosas miradas de cuantos pasaban junto al coche. Yo lo arriesgaba todo, y vos sólo aventurabais ser conducida á Armance ó á casa de vuestro tío.

Sus razones me parecieron justas, y no insistí más sobre este punto.

Pasaron dos días sin que viésemos á Leclerc, lo cual nos causó bastante cuidado. En fin, llegó el tercero, y desde luego podéis juzgar cuál sería nuestra curiosidad por saber lo que había pasado en el castillo de Armance el día de mi libertad. Leclerc, asegurado por su tía de la ejecución de su proyecto, se fué muy de mañana al castillo á fin de hacer los preparativos necesarios, ya para la fingida ceremonia, ya para la comida y fiesta que debía celebrarse. M. Dubourg y el Conde llegaron hacia las once y se encerraron en un cuarto para tratar de asuntos particulares. A mediodía ya estaba todo dispuesto, y yo no llegaba. Dieron las tres, y no parecía: todos se turbaban. Leclerc se agitaba, se encolerizaba, quería tomar un caballo y volar á París para sacar á su amo de incertidumbres; pero le detuvieron, y permaneció

ron en expectativa. M. Dubourg estaba pensativo, sospechaba la fuga de su sobrina, pero no se atrevía á manifestar sus recelos. A las siete de la noche llegó muy sofocado el mayordomo que el Conde tenía en París, y refirió que el pobre Millet estaba herido, y que Carolina había sido robada por unos desconocidos en el bosque de Verrières.

Todos quedaron asombrados. Pasaron la noche entera razonando, ó por mejor decir, delirando sobre aquel suceso, y por la mañana M. Dubourg y Leclerc volvieron á París. Se ocupó el primero en hacer mil inútiles investigaciones; reprendió agriamente á su vieja ama de gobierno, suponiendo que estaba de acuerdo con su sobrina para favorecer sus amores, recibir cartas y volver las respuestas. La vieja se enfadó, replicó, la despidieron, y en toda la casa reinaba la mayor confusión. Entretanto el Conde juraba y protestaba que me descubriría y tomaría cruel venganza de mis raptos. Leclerc le consolaba, le compadecía, y le dijo que haría cuanto pudiese para averiguar lo ocurrido. Al fin halló un momento favorable para ir á ver á su tía y á su dulce amiga. Tomó varios coches de alquiler; se hizo conducir sucesivamente á muchas partes para despistar á los que pudieran espiar sus acciones, aunque de él nadie sospechaba, y llegó á pie á casa de su tía, donde nos hizo la relación de todo lo ocurrido.

¡Qué deseada de entrambos había sido aquella visita! Podíamos hablar de nuestro afecto sin reserva ni temor, en presencia del testigo más respetable.

Vimos después á Leclerc muchas veces antes de nuestro casamiento, y nos dijo que mi tío y el Conde se habian quejado á la Justicia de mi fuga precipitada, y que varias personas estaban encargadas de buscarme. Por fin un sacerdote nos casó en una iglesia cercana, y algunos días después mudé de habitación. Fui, pues, á vivir en otra casa inmediata á la de madame Leclerc, la cual tuvo la bondad de cederme para que me sirviera á su criada Juana, que sabia mis secretos y era fiel á toda prueba. Nuestra tía tomó otra criada, y yo, bajo el nombre de madame Leclerc, pasaba serenos y felices días cuidando de mi casa y de mi esposo, que iba á verme cuantas veces podía hacerlo con seguridad; pero siempre de noche, por el temor de que siguieran sus pasos si me visitaba de día. Ya me había concedido Dios un hijo, y mi marido no tenía aún por conveniente llevar á efecto la resolución que premeditaba para aumentar mi fortuna, porque esperaba verse independiente del Conde, y entretanto se mantenía en su casa. Muchas veces le hablaba de mi este señor; decía que siempre me amaba, y juraba que si alguna vez llegaba á encontrarme no volvería á escapar de su poder. Conservaba amistad con mi tío, y ambos, confiando á Leclerc sus ideas, estaban muy lejos de pensar que él fuese su rival y mi esposo.

Entretanto se acercaba el momento en que iba á descubrirse todo. Un día que el Conde y M. Dubourg fueron á ver una casa de campo distante algunas leguas de París y que el Conde quería comprar, les sorprendió una tempestad horrorosa al volver á la ciudad. La piedra era tan fuerte, que había roto todos los cristales del coche, y los caballos apenas podían moverse de puro fatigados. Debo advertir que así la casa de mi tía como la mía estaban fuera de París y aisladas; tuve la desdicha de que para huir del temporal entraron en mi casa, que daba sobre el camino y dirección que traían. La tempestad me había obligado á cerrar las ventanas. Oí llamar, y sin la menor desconfianza abrí; me asomé, y vi que entraban en el portal mi tío y el Conde. Por desgracia, Juana les había abierto las puertas, y no tuve más arbitrio que encerrarme en un gabinete, sin poder instruir de cosa alguna á mi criada, que ya había introducido en la sala á mis enemigos. Expusieron éstos lo mucho que les había asustado la tempestad, y pidieron que se les permitiese descansar allí hasta que cesase el temporal y pudiesen continuar su camino. Oía yo todo esto, y temía que acaso, habiendo descubierto mi asilo, se hubieran valido de aquel pretexto para introducirse. Mi criada me llamaba, y yo no le respondía porque no me conociesen en la voz. Juana registró todos los cuartos buscándome, y al fin llegó á mi gabinete. Abrí, volví á cerrar al instante, y le dije:—¡Imprudente! ¿Qué has hecho? ¿Sabes el peligro en que me has puesto? ¡Mi tío y el Conde son los que están en la sala!—¡Dios mío! Pero, señora, ¿cómo podía yo adivinarlo?—Ve, y di que no estoy en casa; y si te preguntan mi nombre ú otra cosa, á nada contestes.

Volvió Juana á la estancia en que se hallaban los dos, y notó que manifestaban mucha inquietud. Mientras la criada había ido á buscarme, mi hijo, que se hallaba jugando en la sala, había llamado su atención. Le habían abrazado y preguntado, y Emilio, que entonces tenía cuatro años, respondió á todo con la mayor sencillez.—¿Cómo se llama tu madre?—Madame Leclerc.—¿Y tu padre?—Mi padre no vive aquí. Nunca viene á casa, y nunca le he visto; pero mamá me dice que es éste. El muchacho le enseñó el retrato de mi marido, puesto en un brazalete que yo había dejado por descuido sobre una mesa. El Conde se acercó á examinar la miniatura, y conoció á su secretario. Llamó á M. Dubourg, y le dijo:—¡Mirad: éste es Leclerc! ¡Casado sin saberlo yo! ¿Qué misterio puede ser éste? ¡Qué extrañas sospechas me ocurren! ¡En efecto; sería cosa rara!... Pero no, no puede ser que se haya casado con vuestra sobrina.—¿Con mi sobrina? ¡Qué rayo de luz! Dime, querido: ¿tiene padres tu mamá?—No, señor; no tiene más que un tío muy malo, del cual me habla muchas veces, pero yo nunca le he visto.—¡Un tío! ¡No hay duda: ella es!

En este interrogatorio estaban los malvados cuando entró

Juana; y advirtiéndole que preguntaban al muchacho, le hizo salir de la sala. Entonces M. Dubourg examinó á la criada y le dijo: —¡Mucha prisa os dais á apartar de nosotros ese niño! ¿Le reclama su madre? Porque estoy seguro de que se halla en casa. — ¿Quién os lo ha dicho? — Vos misma, no ha mucho. — Pues me equivoqué, porque ha salido. — ¿Con el tiempo que hace? ¡Es imposible! Presentadnos á ella, y os recompensaré bien el favor. — ¿Qué quiere decir eso, señores? ¿Habéis venido aquí á otra cosa que á defenderos del temporal? Siendo así, podéis tomaros la molestia... — Antes de irme quiero hablar á la pérdida Carolina. ¿No veis, Conde, cómo esta mujer se ha sobresaltado al oír su nombre? ¡Carolina está aquí, y yo la buscaré!

Corría por todas partes como si estuviese loco. En vano Juana se le opuso al paso, pues la empujó y dió con ella en el suelo. Recorrió furioso toda la casa, y quería que se abriesen todos los cuartos. Juana se desesperaba y no sabía cómo contener tan bárbara violencia; gritaba, pedía socorro, y á sus voces acudió el cochero del Conde, que tuvo la audacia de mandarle que contuviese á Juana. El cochero, obediente, la cogió entre sus nervudos brazos y no la dejaba moverse. Yo, que oía todo aquel alboroto y no tenía más recurso que presentarme, lo hice así y dije á mi tío: — ¡Aquí estoy; vedme, hombre sin principios y sin delicadeza! — ¡Ella es, Conde: bien me lo había imaginado!

En tanto que el Conde, aturdido con tan repentino golpe, estaba sin movimiento, dije á M. Dubourg: — ¿Con qué derecho violáis el asilo que se os ha concedido por pura bondad? ¿Es ésta vuestra casa? ¿No tengo un esposo á quien únicamente debo responder de mi conducta? Vos sois mi tío; pero un tío sin fe que me ha despojado de mi herencia. — ¡Despojado! — ¡Sí, y lo probaré! tengo en mi poder cierto cofrecillo de hierro!... ¿Os estremecéis? ¡Idos, y contentaos con haber robado los bienes de vuestro hermano, sin perseguir también á su desdichada hija! — ¿Conque tenéis el cofrecillo? ¿Y quién os lo ha dado? — Yo he sabido apoderarme de él antes de huir de vuestra casa. — ¡Eso es imposible, pues le habría echado de menos! — Todavía tenéis tiempo para desengañaros. Entretanto salid de esta casa, y temblad de que haga valer en justicia las pruebas de vuestras maldades, que están dentro del mismo cofrecillo. — ¡Tú eres la que debes temblar; tú, ingrata, que te atreves á faltar al respeto á un tío que te ha llenado de beneficios! ¡Pero no importa! ¡Labric (dijo al cochero), lleva á esta mujer al coche! — ¡Al que se acerque á mí le abraso! — dije sacando una pistola que llevaba oculta. — Al verme tan decidida, se contuvieron; y como entretanto Juana había salido, temieron, sin duda, que volviera con gentes que nos auxiliasen, y se retiraron amenazándome con su venganza.

Yo recogí lo más precioso que había en la casa, y con Emilia-

no marché á la de la tía de mi esposo. Ambas convinimos en que era preciso avisar á Leclerc sin pérdida de tiempo, y le escribí una esquelita que decía: «Todo se ha descubierto; eres perdido si al instante no vienes á casa.»

Vino mi esposo, y resolvió que permaneciéramos ocultos para evadarnos de las persecuciones del Conde; que se pidiera á mi tío en justicia lo que me había usurpado, y que él escribiría una carta al Conde amenazándole con que si gestionaba contra nosotros, él descubriría ciertos secretos horribos, que podía probar si necesario fuese.

Aquellos secretos consistían en haber envenenado á un joven entre él y mi tío para apoderarse de sus bienes, que eran el castillo de Armance y sus posesiones. Aquel tan odioso crimen formaba la base de la estrecha amistad que los unía, y de la cual había abusado el Conde exigiendo á mi tío grandes sumas, que le daba por temor de ser descubierto.

El proceso que se entabló contra mi tío tuvo el resultado que era de desear; pues, presentadas las cartas de mi padre, la lista de bienes vendidos, la nota de las monedas que constituían la suma con su conformidad al pie, y las declaraciones del cerrajero y de los vecinos que vieron á mi tío encerrarse solo cuando murió su hermano, formaron una prueba tan palpable, que el tribunal no pudo menos de decidir en mi favor. Pero como el Conde había sacado á mi tío tan enormes sumas, resultó que, vendidos todos los bienes de éste, apenas pudieron quedar veinte mil duros libres de gastos. Esta cantidad me fué entregada en billetes de Banco, y al recibirla supe que mi tío había muerto de pesar.

Aquel mismo día recibí una carta de mi esposo en que me participaba que el Conde había obtenido una orden para hacerle encerrar en la Bastilla; añadía que tomase inmediatamente un coche y me pusiera en camino para Chartres, y allí me dirigiese á casa de su amigo Belville. Este nuevo peligro me hizo derramar muchas lágrimas. Tomé en brazos á Emiliano, y en uno de los bolsillos de su chaquetita puse la cartera que contenía mi fortuna, y le hice aprenderse de memoria cierta arenga para que la dijera á su padre á tiempo de entregarle aquélla.

Lo dispusimos todo y subimos en la silla de posta Emiliano, Juana y yo. El viaje hasta Maintenon fué bastante feliz; pero en un terreno árido y pantanoso más allá de este pueblo salieron tres malvados á caballo amenazando de muerte al postillón. Dos de ellos me arrancaron á mi hijo de los brazos; el tercero se sentó á mi lado en el carruaje, dijo dos palabras al oído al conductor, y le alargó un bolsillo. Yo estaba casi sin vida; Juana, llena de miedo, no se atrevía á levantar los ojos del suelo. Por último, el traidor postillón sacudió á los caballos, y la silla

partió á escape separándome, quizás para siempre, de mi querido Emiliano.

Madame Leclerc suspendió aquí su narración, prometiendo concluirla al día siguiente, y despidiéndose de Palemón y de sus hijos, subió con su familia al coche y regresó á la granja de Brigida.





TARDE XLV

NADA HAY OCULTO

Impide la Providencia,
Siempre justa y paternal,
Que un pérfido criminal
Sin corazón ni conciencia
Abuse de la inocencia
Y sin recelos ni enojos
Disfrute de los despojos
De la maldad. No es extraño,
Que para Dios no hay engaño,
Ni nada oculto á sus ojos.

No faltaron al día siguiente madame Leclerc y su familia en la granja de Palemón, donde fueron recibidos con la mayor cordialidad; y aquélla, luego que le prestaron atención, continuó su relato en estos términos:

Fin de la historia de Emiliano.

Luego que me vi separada de mi hijo me acometió un fuerte desmayo, del cual no volví en un gran rato: quise después arrojarme por la ventanilla del carruaje, que corría á todo escape; pero el hombre que se sentó á mi lado me contuvo. Así caminamos toda la noche por sendas extraviadas, hasta que al amanecer

cer llegamos á la puerta de un castillo, en el cual entró el carruaje. El que me acompañaba me dijo al hacerme bajar:— Ya estáis en sitio seguro, donde hace mucho tiempo os esperan.

Estas palabras me habrían dado á conocer que me hallaba en el castillo de Armance, aun cuando no se hubiese presentado luego el Conde. Debo excusaros la escena de recriminaciones que entre ambos pasó, y en la cual me anunció que Leclerc estaba encerrado en la Bastilla, y me prometió que volvería á ver á mi hijo si la conducta que con él observaba me hacía acreedora á ello. El resultado fué mandar al hombre que me había acompañado, y que era su mayordomo, que me condujera á mi habitación, jurándome que no volvería á disfrutar de libertad si no me manifestaba menos ingrata de lo que hasta entonces había sido; y por vía de gracia permitió que me acompañase mi criada Juana.

La habitación que nos destinaron se hallaba situada en el piso segundo del castillo, y tenía una ventana que daba al campo, defendida por una fuerte reja de hierro. Allí quedamos encerradas. Al mediodía nos llevaron algunos manjares, que no pude probar, y lo mismo hicieron por la noche. Dejo á vuestra consideración cuál sería mi estado, lejos de mi esposo, á quien creía preso, y separada de mi hijo, con fundadas sospechas de que había perecido. Baste deciros que enfermé tan gravemente, que estuve á punto de expirar.

De este modo trascurrió más de un mes, sin que se separasen de mi memoria los recuerdos de mi esposo y de mi hijo, ni poder concebir un plan realizable de evasión, ni alentar la más remota esperanza de libertad. Una noche que por entre los hierros de mi prisión contemplaba la hermosura de los campos iluminados por la Luna, y envidiando á los que podían con libertad recorrerlos procuraba aliviar las penas de mi cautiverio, me pareció oír á lo lejos un laúd, que me causó una emoción agradable. Fué acercándose poco á poco el sonido, hasta que pudo percibirse distintamente que entonaba una canción amorosa alusiva á mi cautividad en poder de un malvado, y haciendo mil protestas de amor.

—Juana—dije apenas cesó la voz,—¿qué te parece? ¿No hallas una identidad asombrosa entre la canción y mis desgracias? ¿No puede muy bien ser Leclerc que haya descubierto mi encierro? A pesar de que la noche era clara, sólo pude distinguir confusamente un joven vestido de pastor que se mantenía á alguna distancia, el cual volvió á tocar, cantó una ó dos estancias de despedida bastante vulgares, pero bien adecuadas, y desapareció.

Aquel acontecimiento llenó mi alma de las más lisonjeras esperanzas. Así, pues, á la mañana siguiente cuando fué el Conde no manifesté tanto encono contra él; pero le reconvine por el

modo poco galante con que me trataba, y le dije que no era el medio más á propósito para agradarme tenerme como un reo de Estado, privada de toda distracción, sin libros, sin papel ni recado de escribir. El también me habló con dulzura quejándose de mi empeño en considerarle como un encarnizado enemigo. Se retiró poco después, y aún no había trascurrido un cuarto de hora cuando llegó el mayordomo, única persona á quien veía, con libros, papel y tintero, advirtiéndome que cualquiera otra cosa que se me ofreciese no tenía más que pedirla.

Inmediatamente tomé la pluma y escribí lo que sigue:

«Quienquiera que seáis, hombre generoso, indicadme los medios de salir de esta prisión, y contad con mi eterno agradecimiento.—*Carolina Leclerc.*»

Envolví en el papel una piedrecita para que hiciera peso, y le até con una cinta bastante larga que tenía en mi baúl: de este modo esperé con impaciencia la próxima noche. Llegada ésta y entregados al descanso los habitantes del castillo, volví á oír el laúd, como la noche anterior. Juana había sido pastora en sus primeros años, y silbaba á las mil maravillas: le mandé que silbase el estribillo de una canción que concluía:

Tú que blasonas
De tierno amor,
Acude al punto,
Ven á mi voz.

Apenas Juana terminó su estribillo, el fingido pastor se acercó á la torre, y poniéndose debajo de la reja, recogió el papel y desapareció. Con sumo cuidado me tuvo toda la noche mi atrevimiento, y más de una vez se me ocurrió la idea de si sería alguna estratagema del Conde para distraerme; pero la esperanza tuvo en mí más poder que el recelo, y cuando el Conde fué me encontró en lo posible contenta. Le manifesté deseos de ver el castillo, y se apresuró á complacerme. Visitamos los diferentes pisos, alas, torres, parques y jardines de aquella antiquísima fortaleza. Cuando estuvimos en la habitación debajo de la mía, observé que en el suelo había una especie de trampa, la cual correspondía con otra que había en el techo; pregunté cuál era su uso, y me dijo el Conde que aquellas trampas correspondían con otra que había en el piso bajo, y la de éste con un pozo; que á una señal convenida se alzaban todas, y precipitaban al abismo á los infelices de quienes pretendían deshacerse los antiguos señores.

Esperé con impaciencia la noche; llegó ésta, y volvió á oírse el laúd á la hora acostumbrada. Eché por la ventana la cinta con la piedrecita al extremo, y tirando de ella poco después, vi que venía atada una carta de letra de mi esposo, que decía así:

«¡Por dicha he descubierto dónde te hallas, querida y degra-
ciada Carolina! Sabe, pues, lo que me ha sucedido. El día conve-
nido fui á Chartres á casa de mi amigo Belville. ¡Cuál sería mi
sorpresa al preguntar por ti y responderme que no habías pare-
cido! Esperé, pero no llegaste; esperé otro día, y sucedió lo mis-
mo. No podía presentarme en París por no exponerme á que me
prendieran en virtud de la orden que había para ello. Supliqué
á Belville que fuera á informarse, y los dos días que tardó en
volver fueron dos siglos para tu triste esposo. Estuvo Belville
en tu casa, donde no habías parecido después de tu partida; fué
á ver á nuestra afligida tía, que no pudo darle noticia alguna de
ti. ¡Cruel inquietud! No pudiendo sufrirla, fui de noche á París;
estuve con madame Leclerc, y le supliqué que hiciera las más
vivas diligencias en averiguación del sitio donde te hallabas.
Nuestra buena tía se valió de todos sus amigos, y llegó á saber
que un criado de Armanche había descubierto tu habitación en
París; que velando sin cesar alrededor de tu casa, vió una ma-
ñana parar á tu puerta una silla de posta; que al punto que su-
bías á ella con tu hijo y tu criada el agente del Conde preguntó
al postillón adónde os llevaba, y que éste sin el menor reparo se
lo dijo. lo cual tú, ocupada en acomodar tus efectos, no adverti-
rias. Ya no nos quedó duda de que el Conde había sido tu rap-
tor; pero no podíamos saber adónde te había conducido. Presu-
mí que estabas en este castillo, y veo que no me he equivoca-
do.

»Dime la disposición en que se halla la parte interior del cas-
tillo y las gentes que le guardan, para que yo pueda disponer
alguna invención favorable. Mañana á la misma hora espero tu
respuesta.»

Apenas la lei y pude contener los ímpetus de mi alegría, vien-
do que el fingido pastor aún estaba al pie de la torre, até á la
cinta un papel que tenía dispuesto, en que le decía:

«Preparo un gran proyecto, del cual creo que he de salir bien.
Para economizar tiempo, no puedo escribirte largo. Mañana á
media noche estarás debajo de la ventana del entresuelo; yo la
abriré, y por ella bajaré á tus brazos. Dispón las cosas de modo
que podamos huir con seguridad, y cuenta con la criada para
ese efecto.»

El día siguiente pasó, con corta diferencia, como los anterio-
res. Apenas el mayordomo se retiró por la noche, después de
darnos la cena y dejar la habitación bien cerrada, empezamos
á trabajar Juana y yo para evadirnos. Levantamos algunos la-
drillos del suelo, alzamos una tabla y quedó descubierto el piso
principal. En seguida hicimos tiras las sábanas de ambas ca-
mas, y anudándolas convenientemente, atamos arriba una de
ellas para descolgarnos, y arrojamos las otras al piso de debajo.

Bajamos la palmatoria por medio de unas cintas, y en seguida nos descolgamos una después de otra por la sábana, que quedó pendiente.

Cuando nos vimos en el piso principal tratamos al punto de levantar la trampa, cosa que nos costó bastante trabajo; pero al fin conseguimos alzar una de las dos hojas de que constaba: atamos la segunda sábana á la otra, arrojamos las restantes al piso bajo, bajamos la luz por medio de las cintas y nos descolgamos también con la mayor facilidad. Sólo nos separaba del campo un enrejado de alambre, y del suelo, unas dos ó tres varas de altura; el alambre cedió al puñal, que no olvidé de bajar conmigo, y las sábanas restantes nos bastaron para encontrarnos en el campo. Era ya media noche, y Leclerc llegó á tiempo de recibirme en sus brazos antes de tocar el suelo. Pero nuestra alegría no fué completa: al punto me preguntó por Emiliano, y mis lágrimas le contestaron lo que mi boca no podía responder. Entonces su lengua se desató en injurias contra el Conde y prometió denunciar los crímenes que habia cometido. Nos costó trabajo á Juana y á mí hacerle comprender el peligro en que nos hallábamos, para que, conduciéndonos donde los caballos nos esperaban, nos dirigiésemos á medio galope á Paris. Fuera muy largo de contar los extremos que al vernos hizo nuestra tía madame Leclerc, su excesiva alegría y su pesar al saber nuestra incertidumbre acerca de la suerte de Emiliano. Sólo diré que las diferentes emociones que en aquellos días habia sufrido alteraron mi salud y que me fué preciso quedarme en cama algunos días. Al levantarme supe que la divina Providencia habia dispuesto el castigo del Conde. He aquí de qué modo sucedió:

Al tiempo de nuestra evasión dejamos la luz inmediata á las sábanas que nos sirvieron de escala, y sin pretenderlo pusimos fuego al castillo. Un destacamento de tropas que se hallaba próximo acudió á apagar el incendio, y reconociendo el oficial los departamentos del castillo, encontró en un pozo el cadáver del verdadero dueño del castillo, envenenado años antes por el Conde y por mi tía. El oficial, sobrino de la víctima, se quejó al Rey, y el Conde fué condenado á cadena perpetua y á perder todos sus bienes. Así terminó el Conde su detestable vida.

De este modo quedamos ya tranquilos; pero como nuestros haberes habian quedado en poder de Emiliano, nos vimos precisados á deshacernos de algunos muebles y alhajas que aún conservábamos en casa de mi tía. Con su producto se dedicó Leclerc al comercio, bajo tan buenos auspicios, que en menos de diez años ha adquirido una fortuna considerable, sin tener durante ellos más desgracia que la de perder á nuestra amada tía, la cual nos ha dejado un grato recuerdo en la hermosa Rosalía, su hija, que es la joven que tenéis presente.

Faltaba solamente saber cómo había sido el hallar Emiliano á sus queridos padres, y el joven lo refirió con la mayor brevedad y sencillez. Fué á París con Brigida á hacer algunas compras, y terminadas éstas, llamó á un mozo de esquina para que las llevase á su posada y ayudase á cargarlas en el carruaje. Estando en esta operación pronunció Brigida el nombre de Emiliano, y al oírle el mozo dió un profundo suspiro y dijo que así se llamaba un niño que se le había extraviado en el camino de Chartres. Estas palabras hicieron concebir á Brigida y Emiliano la sospecha de si sería el muchacho de quien trataba; le preguntaron, y supieron por él que había sido uno de los lacayos que Armance había mandado á sorprender el carruaje de madame Leclerc. Justificado que Emiliano era el mismo niño que el mozo decía, le preguntaron qué sabía acerca de sus padres, y contestó que lo único que sabía era que su padre se llamaba Leclerc; pero acerca de su paradero lo ignoraba completamente, aunque acaso lo sabría un tal Milet, compañero antiguo suyo en casa del Conde. Este Milet era el cochero del Conde que había llevado á Carolina á la casa de madame Leclerc en vez de conducirla al castillo de Armance, como ya hemos visto en su lugar, por lo cual se hallaba en relaciones con Leclerc; y apenas Emiliano le dijo quién era y lo que deseaba saber, lleno de alegría fué á casa de los dos esposos, conduciendo á ella á su hijo, á quien hacía diez años que lloraban por muerto; á la sazón le recobraban rico, bien educado, ya hombre y lleno de amor para con los autores de su existencia, gracias todo á la probidad y á los desvelos de la buena Brigida. Después de pasadas las efusiones de cariño dieron á aquella mujer las gracias por tantos cuidados y le ofrecieron tenerla como hermana en su casa el resto de su vida.

Terminado el relato, madame Leclerc y su familia se retiraron exigiendo de Palemón y de sus hijos que al día siguiente fueran á la quinta de Brigida, que este nombre quisieron dar á aquella posesión, y se despidieron.





TARDE XLVI

LOS PLACERES INOCENTES

De dicha mansas corrientes
Y manantiales de calma
Son para el cuerpo y el alma
Los placeres inocentes.
Siempre son muy convenientes
Para gozar de salud
Lo mismo en la juventud
Que en la triste ancianidad,
Ahuyentan la ociosidad
Y fomentan la virtud.

Á la mañana del siguiente día se reunió á desayunarse la joven familia de Palemón, hondamente preocupada con la historia de los padres de Emiliano.

León dijo: — Es como una novela la vida de ciertas personas; y, á la verdad, me parece que todo cuanto leemos en los libros, aun en los de pura invención, se ha realizado ó debe realizarse. ¡Suceden tantas cosas en el mundo, ya por debilidad de unos, ya por la perversidad de otros! Pero de todo esto es preciso sacar un plan de conducta y ciertas reglas para no ser víctimas de la maldad de los perversos. Yo creo que la más segura de todas es seguir con firmeza lo que dictan el honor y la probidad,

pues tarde ó temprano la virtud triunfa de todo, y queda descubierto el crimen. Seamos virtuosos para no perdernos jamás con los malos.—Verdaderamente—dijo Armando,—ésta es una moral muy digna de aprobación, y León habla como un libro.—Alguna vez—respondió éste—puede que escriba libros, y para eso es necesario tener buen corazón, juicio recto, fino discernimiento, y penetrarse de las verdades que se pretende inspirar á los demás. ¡Oh! Ahora, gracias á las lecciones de papá y á los ejemplos que ha presentado á nuestra vista, conozco á los hombres lo bastante para no engañarme sobre sus vicios ni sobre sus virtudes. Los estudio más que mis hermanos, porque me propongo ilustrarlos algún día. Hago lo mismo que un joven artista que se dedica á la pintura: nada se le escapa de los paisajes que quiere dibujar, y en los cuales apenas reparan los otros. Se fija hasta en la cosa más menuda, mientras que otros no ven allí más que un conjunto agradable. Ved aquí, hermanos míos, mi modo de pensar; y creo que si papá me oyese, tendría la dicha de merecer su aprobación.

Convinieron todos en que León decía muy bien. Sin embargo, Julio le objetó que veía las cosas demasiado siniestramente; que sin duda había muchos criminales en el mundo; pero que no faltan medios para preservarse de sus golpes, y que lo que á uno le sucede no les sucede á otros cien mil. Julio temía que á fuerza de desconfiar de los hombres llegase á aborrecerlos; y en este caso sería preferible vivir en un desierto á vivir en una ciudad, y preciso renunciar á la sociedad de los hombres para vivir con las fieras.

Demasiado seria era esta conversación para Adela y Enriqueta; y así, la interrumpieron, empeñando á sus jóvenes novios á que les hicieran ramilletes, porque, como habían de comer con otras gentes, necesitaban adornarse algo más de lo ordinario. Al instante Julio y Armando salieron al campo á recoger los preciosos regalos de Flora para que sirviesen de ornato á sus amadas. Llevaron los ramilletes, que fueron muy alabados, y cada cual se retiró á disponerse. Palemón, que había oído la conferencia de Julio y León, se paseaba con su amigo Delacour, y ambos convinieron en que no podía darse más juicio y discernimiento que el que manifestaban aquellos jóvenes.—¡Oh amigo mio!—dijo Delacour á Palemón.—¡Qué padre tan feliz sois!—No me cuesta pocas fatigas y sudores tan sagrado título. ¿No veis que empleo todos los instantes de mi vida en la educación de mis hijos, y que ésta es una ocupación bastante penosa? No pierdo de vista á mis hijos ni un minuto en todo el día, y los sigo tanto en sus tareas como en sus recreos. Oigo todo lo que dicen, veo cuanto hacen, por lo regular sin que ellos lo sepan; y rectificando sin cesar sus juicios con la lección animada del ejemplo,

jamás tengo con ellos el tono de un preceptor ridículo que siempre está con la palmeta en la mano. Así es que estoy persuadido de que no hay un padre tan feliz como yo, y de que nadie recibe recompensa más útil y dulce de sus fatigas. Es preciso confesar que mis hijos son bellísimos; y sin hablar de su corazón, que es excelente, como su razón está cultivada y su ingenio es vivo y penetrante, tienen conocimientos que pueden serles utilísimos en el mundo. El mayor es un excelente matemático y todo puede emprenderlo. Benito habla cinco ó seis lenguas, es emprendedor, y un amigo me ha prometido acomodarle muy bien en el ramo de la marina, donde podrá adelantar. León... ¡Oh! ése es un preciosísimo muchacho! Su talento es prodigioso; nada se le resiste, y le tengo preparada una plaza de secretario de un gran señor, que puede elevarle á los primeros empleos del Estado. Ya cuento por acomodados á esos tres, aunque el establecimiento de Armando no está del todo asegurado, y por eso nada digo de él. Pero no me causa pena. Me restan todavía una hija y un hijo adoptivo. Oid lo que pretendo hacer con ellos. Cuando haya acomodado á sus hermanos, que no dejará de costarme bastante dinero, casaré á Julio con mi Adela, y estos buenos muchachos quedarán en mi compañía; ellos cerrarán mis ojos, partirán mi herencia con sus hermanos, y les dejaré además mi granja para morada suya. Tal es mi plan, amigo mío; me parece que no tengo nada que añadir, más que una cosa. Armando ama á vuestra hija Enriqueta. ¿Consentiríais en su unión? ¡Vamos, vamos; me parece que sí! Veo que os confundís porque nada podéis dar á Enriqueta; pero no os dé cuidado; ya buscaremos con qué puedan acudir á sus necesidades. Y luego, amigo, que trabajen, así como nosotros hemos trabajado; y el señor matemático tendrá, si no me engaño, muy buen cuidado de hacer feliz á su esposa y á sus hijos, si los tuviere. ¿Qué tal? ¿No os parece esto bien pensado?

M. Delacour agradeció á Palemón la delicadeza de su proceder, y los dos amigos se pasearon juntos hasta la hora de partir para la granja de Brigida, hablando de todas estas cosas con la mayor confianza y satisfacción.

Todavía se paseaban nuestros amigos cuando vieron á la hermosa tropa de muchachos que, muy aseados y llenos de júbilo, iban á avisarles que ya era hora de tomar el camino. Los esposos Leclerc los habían convidado, y era preciso llegar temprano para tener tiempo de pasearse y divertirse. Palemón tomó su bastón y su sombrero, que llevó Benito. Delacour tomó el suyo de manos de su hija, y todos salieron al campo. Ya no era la tropa libre y alborotada que en tiempos anteriores había pasado por el mismo camino saltando y jugando á las cuatro esquinas: eran personitas muy compuestas y racionales.

Llegaron á la granja de Brigida, donde los esperaban con impaciencia. Desde la puerta percibieron un delicioso olor que salía de la cocina y lisonjeaba el olfato; y nuestros jóvenes, que se sentían con buen apetito, se miraban y reían complaciéndose con tan grato olor. La granja de Brigida estaba lo mismo que un espejo. En la sala baja encontraron nuestros amigos á madame Leclerc y á la joven Rosalia, que se levantaron á recibirlos. Al instante enviaron aviso de la llegada de Palemón á M. Leclerc y á su hijo Emiliano, que estaban ocupados en la huerta, y luego acudieron á abrazar al virtuoso anciano y á sus hijos. Después de las corteses demostraciones de un franco recibimiento determinaron dar un paseo por la huerta. Emiliano dió el brazo á su madre, y León ofreció el suyo á Rosalia, cuyas gracias y modesto atavío le hicieron bastante impresión. Entraron en la huerta. ¡Qué agradable sorpresa! Bajo de un pabellón que formaban las entrelazadas ramas de unos tilos, jazmines y madresevas, había una mesa con muchos cubiertos; todos los árboles estaban adornados con guirnaldas de flores, y los rústicos ecos de un tamboril, que acompañaban los de una dulzaina, advirtieron que aquel lugar estaba destinado á Ceres, Baco y Terpsicore. ¡Qué día tan divertido se preparaba! Nuestros jóvenes saltaban de placer á la vista de tan gratos preparativos.—¿Qué es esto?—exclamó Palemón.—¿Estamos en los palacios encantados de la celebrada Armida?—Todo cuanto veis—respondió Leclerc—es disposición de mi hijo, todo es invención suya; el pobre muchacho ha pasado trabajando una parte de la noche para proporcionaros algún entretenimiento. Ha querido recibir dignamente á unos amigos tan sinceros y afectuosos, y celebrar con placeres inocentes la felicidad de haber hallado á sus padres. Brigida le ha ayudado. ¡Oh! ¡Si hubieseis visto á esta buena mujer subir, bajar, correr y no parar, á pesar de su mucha edad, con tanto celo! Creo que se echaría en el fuego por su Emiliano. ¡Es imposible hallar una mujer más buena! Pero ahora no lo veis todo: aún espero que os sorprenderéis más, porque los festines de Nerón, que describe Petronio, son nada en comparación con lo que os falta por ver.—¡Qué buen padre sois!—¿Qué he de hacer? ¡El muchacho es tan dócil, tan respetuoso y tan bueno! A más de eso, á su madre y á mí nos ha costado tantas lágrimas, que debe perdonárenos si incurrimos en algún exceso de condescendencia.

Palemón dió las gracias á M. Leclerc por la distracción que á todos proporcionaba, y seguidamente, mientras la hora de comer se acercaba, empezaron los juegos de los niños. El primero que á su vista se presentó fué el columpio; en seguida dejaron este recreo para emprender el juego de la sortija, cuya máquina había Emiliano llevado de la ciudad inmediata.

Tomaron todos en seguida posesión de sus puestos; la máquina giraba con velocidad, los jugadores iban enfilando las sortijas que se presentaban, y Enriqueta ganó la partida. Desmontaron los jóvenes, quedando las damas en sus puestos y reemplazando á aquéllos Benito y Julio, y este último ganó la partida. Benito no quiso desmontar, reemplazó León á Julio, y, para mayor desesperación de Benito, ganó Adela: empeñóse aquél en jugar solo; aplicáronse todos al manubrio, y la máquina giraba con una rapidez tal, que el pobre Benito no podía enflar ni una sortija; hasta que despechado se arrojó á tierra, haciendo reír á todos con su mal humor. En aquel momento avisaron que esperaba la comida.

Corrieron todos al pabellón y se sentaron á la mesa con el orden que las atenciones debidas á la diferencia de edades y sexos exigía, cabiéndole á León la satisfacción de sentarse al lado de Rosalía. Inmediato á M. Leclerc se sentó un caballero á quien por primera vez veían nuestros jóvenes amigos; y el dueño de la casa presentó á la reunión á M. Lucas, que así se llamaba, antiguo propietario, y que por extraordinarios acontecimientos había perdido la mayor parte de sus bienes. Los concurrentes le dieron la bienvenida y le ofrecieron sus respetos.

Comieron todos con el mayor apetito de los excelentes manjares que se sirvieron, y llegaron á los postres, que fueron exquisitos. Pusieron en la mesa un enorme pastel: Emiliano alzó la cubierta, y saltaron al aire algunos pajarillos, que no pudieron elevarse mucho por hallarse atados por un pie. Llevaban pendientes del cuello varias divisas muy bien dibujadas, y dedicadas *al respeto filial, á la ternura maternal, á la amistad sincera, á la hermosura, á los placeres inocentes*, etc. A instancia de las damas se dió libertad á los pajarillos, que alegres fueron á reunirse con sus compañeros. A poco rato cayeron desde los árboles sobre la mesa coronas de flores delante de las damas y ramas de mirto delante de los hombres; aquéllas las colocaron en sus cabezas, y éstos en el ojal de su levita. Celebraban aún la invención de Emiliano, cuando una blanca paloma que atravesó los aires dejó caer sobre la mesa un círculo lleno de anillos de diferentes dimensiones, que como prendas de amistad debían repartirse entre los comensales; todos ellos tenían su lema correspondiente, adecuado á la persona que debía aceptarle; el que tenía escrito *ancianidad* venía perfectamente á M. Delacour, el de *bondad*, á Palemón; el de *hermosura*, á Rosalía; el de *ternura*, á madame Leclerc; el de *probidad*, á Brigida; el de *delicadeza*, á M. Leclerc; el de *vivacidad*, á Benito; el de *ingenio*, á León; el de *valor*, á M. Lucas; el de *dulzura*, á Enriqueta; el de *talento*, á Armando; el de *candor*, á Julio, y el de *respeto*, á Emiliano. Un anillo quedaba por adjudicar; decía *amor*, y

nadie le reclamaba. Palemón, mirando á Julio, se lo dió á Adela, diciendo que le parecía que le estaría bien: la joven se le puso en el dedo, no sin cubrirsele el rostro de un pudoroso carmín.

El resto de la tarde se pasó alegremente. Se cantó, luciendo Rosalía y Enriqueta su hermosa voz; se bailó, haciendo alarde de su gallarda agilidad todos los jóvenes, y hasta se poetizó, entablado León y Rosalía una graciosa competencia, en que ambos derrocharon el ingenio.

Llegó la noche, y el jardín se vió como por encanto iluminado: millares de vasos de colores se veían colocados, ya en los intermedios de los frutales, formando estrellas, ruedas giratorias, pirámides..., ya hábilmente distribuidos en el suelo entre los cuadros de flores, y de la copa de los árboles pendían en festones globos luminosos, ó bien se veían dispersos y aislados entre el follaje, formando un conjunto sumamente agradable.

Cuando ya todos habían gozado del espectáculo de la iluminación, vieron cruzarse por los aires diversos cohetes y voladores, que llamaron la atención de nuestros jóvenes, y en seguida tuvieron efecto los fuegos artificiales, que agradaron sobremanera á toda la concurrencia y excitaron las simpatías en favor del diestro artífice que los había dispuesto, pues Emiliano, tan instruido en la pirotecnia como en las ciencias naturales, á nadie había fiado la ejecución de estos recreos. Lo que más agradó á todos fué un magnífico arco de fuego de varios colores, en cuya cartela se leían estas palabras: *Felices aquellos que encuentran, como yo, un buen padre y una tierna madre.*

De este modo terminaron las diversiones de aquel día. Todos felicitaron á Emiliano, se despidieron cordialmente, y después de haber rogado Palemón á M. Lucas que fuese á su granja al día siguiente, se retiraron sumamente contentos.





TARDE XLVII

LAS PASIONES

En sí mismas las pasiones
No son ni malas ni buenas:
Si prudentes las refrenas
Sin escuchar sus razones,
Serán de mil perfecciones
Una inagotable mina;
Libres, horrible sentina
Serán de asqueroso cieno.
Dirígelas con el freno
Santo de la ley divina.

El cansancio del baile sumergió á los niños en tan profundo sueño, que á la mañana siguiente le fué preciso á Palemón ir de cama en cama despertándolos. Todos se quejaban de dolores, ya en las piernas, ya en los brazos, ya en todo el cuerpo. Durante el desayuno hablaron de las diversiones del día anterior, disfrutando un nuevo placer en recordarlas.

A mediodía llegó M. Lucas, como había prometido. Los acompañó á comer y hablaron largamente en elogio de M. Leclerc y de toda su apreciable familia. Llegada la tarde, le rogaron que refiriese su historia; y deseando darles gusto, y por si su historia podía servirles de saludable ejemplo, la refirió en la forma siguiente:

Historia del señor Lucas.

Yo, amigos míos, fui también joven como vosotros, y en aquel tiempo hice tantas locuras como el que más. Perdí á mis padres desde muy niño, y quedé al cargo de un tutor que me daba todo el dinero que quería, y, por tanto, me entregaba ciegamente á la disipación y á los placeres de mi edad, cuando el amor vino á arreglar mi conducta y mis inclinaciones. Vivía en París y frecuentaba mucho las Tullerías, paseo el más hermoso y concurrido en aquel tiempo. Allí vi un día á una joven cuyas gracias personales cautivaron mi atención. Iba en compañía de una señora anciana, que presumí sería su madre ó alguna pariente. Paseáronse largo rato, y yo di las mismas vueltas que ellas. Al día siguiente me dijeron que la joven se llamaba Luisa y que vivía con su madre y un tío muy anciano, que era custodiada con mucho cuidado, porque siendo, como era, hermosa y rica, su familia trataba de establecerla ventajosamente, y temía los lazos de la seducción. Con estas noticias, procuré y conseguí ganar la confianza de una criada llamada Julia, por la cual supe que esperaban á un maestro de lengua italiana para Luisa, el cual se había encargado de proporcionar el comendador Erville, primo de la señorita, que habitaba en una casa de campo. A fuerza de oro hice amistad con el ama de este señor, y conseguí que obtuviera de su amo una carta de recomendación, y con ella, en sustitución de nuestro italiano, me presenté á madame Volange. La anciana me recibió muy bien y me encargó la mayor decencia cuando diera lección á su hija. Lo prometí, y desde aquel momento di continuas lecciones á la bella Luisa, que permaneció algún tiempo sin sospechar que yo fuera un amante encubierto. Me atreví un día á revelarle mi secreto, y quedé fuera de mí al hallar á aquella joven sensible y agradecida á los extremos de mi amor. Luisa me amaba, me lo decía, y al mismo tiempo lloraba considerando que, sin nacimiento distinguido y sin grandes bienes, era imposible que llegara á ser esposo suyo. Procuré tranquilizarla; estaba enamorado, y nada se me ponía por delante. Para mayor desgracia, el comendador Erville llegó á París, dijo á madame Volange que yo no era su recomendado, y fui lanzado de la casa con tanta confusión, que temí verme puesto en una cárcel. También Julia fué despedida. Sin embargo de todo lo ocurrido, no desmayé en mi empresa. Julia tuvo maña para ganar é instruir á la nueva criada que la sustituyó, llamada Francisca, la cual prometió que nos ayudaría en todo; pero ni ella ni Luisa podían imaginar el método de vida que con su hija empezó á observar madame Volange. Suponiendo que yo sería novio de Luisa y que ésta me correspon-

día, trató de no perderla de vista durante el día, y por la noche la encerraba, juntamente con su criada, en una sala que estaba inmediata á su habitación.

¿Qué se había de hacer en situación tan crítica? Yo, á lo menos, debía salvar el honor de una señorita con quien no podía casarme: ella me lo suplicaba con instancias por medio de su criada, que me escribía con cierto artificio en que habíamos convenido; y como la delicadeza me imponía el deber más estrecho en esta parte, tomé el partido que mejor me pareció. Junto á la casa de madame Volange había otra construída bajo el mismo plan, pues ambas pertenecieron á un mismo dueño; éste las vendió separadas, y, por consiguiente, se habían tapiado todas las puertas de comunicación de una casa á otra. En dicha casa, y en el mismo piso en que habitaba Luisa, tuve la dicha de alquilar una habitación, de modo que sólo una simple pared me separaba de mi prometida. Me lisonjeaba de que abriendo un agujero en la pared podría hablar á Luisa, consolarla y tomar las providencias necesarias para evitar que se comprometiera su reputación. Fui harto feliz, pues hallé la puerta de comunicación tapiada con un solo tabique muy delgado por la parte que yo habitaba. Quité con cuidado los ladrillos y abrí la puerta. Cuando estuvo acabada esta operación me puse á escuchar, y oí hablar á Luisa con su criada. Entonces la llamé y me di á conocer. Le dije lo que había hecho, y que por su parte hiciera á lo menos una abertura capaz para el paso de una persona. En fin, baste decir que nos pusimos en comunicación. Todas las noches veía á Luisa delante de Francisca, y prometía socorrerla llegado el momento. Llegó, pues, la hora tan temida. Luisa había disimulado su situación con tal cautela, que nadie la había recelado; y ayudado por mi ama de gobierno, en quien tenía entera confianza, y por Francisca, recibí de mano de ésta en mis brazos el fruto de nuestros amores por la abertura del tabique, que quedaba cubierto con un cuadro. Luisa fingió una indisposición, y así pudo estar en cama algunos días, durante los cuales la puerta y los tabiques volvieron á ponerse como anteriormente estaban. Todo esto se ejecutó con tanta felicidad, que el suceso quedó enteramente sepultado entre Luisa, Francisca, mi ama de gobierno y yo. Pasado un mes madame Volange llevó á su hija al campo, desde donde desgracias inesperadas las obligaron á pasar á América, y á poco tiempo tuve el sentimiento de saber que Luisa había muerto en la travesía. Mucho lloré su pérdida; y como nuestro secreto quedaba ya oculto para siempre, no pensé más que en educar á la preciosa hija de Luisa, para lo cual también eran precisas algunas precauciones.

Tenía yo un tío muy rico, pero muy severo en orden á costumbres, el cual me prometió todos sus bienes si me casaba con

quien él quisiera. No tardó en proponerme una boda, que resisti largo tiempo; pero reflexionando que un casamiento ventajoso me proporcionaría medios para mejorar la suerte de mi amada Luisita, consentí en casarme con Eusebia Laroche, hija de un rico asentista. Fuí bastante feliz con mi esposa, que me dió un hijo; pero ella murió luego. Sin embargo, todavía no podía yo educar libremente á mi hija teniéndola en mi compañía, porque mi tío amaba tanto á su sobrinito, que me habria desheredado á saber que debía partir algún día sus bienes y los míos con una hija mía, fruto de otro amor. Puse, pues, á Luisita en una casa de pensionistas con nombre supuesto, y cuando llegó á los diez y seis años la confié á una viuda amiga mía, que la cuidó como si fuera hija suya. Temiendo alguna indiscreción de mi Luisa, nunca le había manifestado que yo era su padre, y pasaba á sus ojos por un protector suyo y de sus padres, cuyo nombre y suerte ignoraba la pobre joven. Mi hijo anunciaba ya que sería muy malo. Mimado sobremanera por su abuelo, se complacía en darme disgustos. Cuando tuvo diez y ocho años le dominaron las pasiones: yo no le daba dinero suficiente para satisfacerlas; pero él me lo robaba, y si lo advertía y le reprendía, se ponía furioso. Entre otros, un día me dió mucho que sentir, y le dije que le haría sufrir todo el peso de mi enojo; pero tuvo el atrevimiento de amenazarme con que sentaría plaza. En efecto; lo hizo, creyendo darme más que sentir por este medio; pero se equivocó, pues me fué muy lisonjero desembarazarme de un pícaro; y cuando, arrepentido y lloroso, vino á suplicarme que le alcanzase la libertad, me negué y le obligué á seguir su destino. Por esta razón creía yo que mi hijo estaba muy lejos de mí; pero su abuelo le había libertado, y, lo que era peor, reprochaba delante de su nieto lo que ambos llamaban mi dureza y mi crueldad. Supe esta necedad porque al entrar un día á visitar á su abuelo vi á un joven que al descubrirme se ocultó en un gabinete; mas ya había conocido yo quién era. Reprendí seriamente su descendencia al anciano, que me entregó al muchacho, saliendo garante de su docilidad y buena conducta en lo sucesivo.

Efectivamente; durante algún tiempo varió de conducta: era menos aturdido, menos disipador, y noté que andaba triste, suspirando á cada punto y muy pensativo, de lo cual inferí que le dominaba alguna pasión oculta. No podía dudar que amaba. Pero, ¿á quién? Muchas veces le aplaudía su conducta, y le preguntaba sobre el estado de su corazón, á lo cual me respondía que el matrimonio era lo que únicamente podía calmarle.—Pues bien— le dije; — yo te buscaré alguna joven amable que pueda ser digna compañera tuya.—Pero al oír esto volvía al otro lado la cabeza y huía de mi presencia. Le propuse varios partidos

ventajosísimos, y todos los desechó. Indignado por su indiferencia para un estado que él mismo decía convenirle, le reprendí severísimamente previniéndole que si estaba apasionado por alguna persona indigna de su mano, jamás obtendría mi consentimiento para casarse. Cuando yo estaba discurriendo medios para saber qué le traía tan entretenido, me hallé con una esquila de mi suegro en que me decía que fuese inmediatamente á verle para tratar de un asunto de la mayor importancia. Fui al punto á su casa, donde quedé atónito al ver á un notario ocupado en extender unos contratos matrimoniales.

Lo mismo fué entrar, que mi suegro me dijo con tono colérico:—¿No os habia prevenido mil veces que errabais en tratar con tanto rigor á vuestro hijo? ¡Bellas resultas ha producido vuestra crueldad!—¿Pues qué ha hecho de nuevo?—¡A la verdad que si yo no fuera tan bueno como soy, enviaría al Diablo toda vuestra familia, que no me da más que pesadumbres! Pero ya le he perdonado, y aun he prometido que vos también le perdonaríais y consentiríais en todo, y es preciso que no me dejéis desairado.—Pero, señor, ¿qué he de perdonar? ¿Qué he de consentir?—Habéis de consentir en un matrimonio pronto para salvar el honor de una niña bellísima y de muy buenas prendas.—¿De una niña? ¡Explicaos!—¡La ha robado!—¿Quién?—¡Mi nieto!—¿Cómo?—¿No ois que vuestro hijo esta misma noche ha robado de su casa una muchacha muy hermosa?—¡Y bien!...—¡Y bien! Es preciso casarlos: yo no creo que haya otro medio para evitar el escándalo y proceder conforme á los buenos principios.—Pero, ¿quién es esa mujer?—Es una joven... ¡Vaya; es preciosa! Se ha arrojado llorando á mis pies, y me ha llamado su padre, su libertador, su protector, ¡y qué se yo! ¡El bribón bien sabia lo que hacia trayéndola á mi casa, y no á la vuestra!—Pero, ¿cómo ha pasado todo eso?—Ciertamente que yo lo sabia ya, no puedo negarlo. Hace más de dos meses que mi nieto me dijo que estaba enamorado de la criatura más bella de todo el mundo. No tiene bienes ni familia conocida, y por eso le aconsejé que no pensara en casarse con ella ni os hablase nada acerca de ello; pero á pesar de todo no se ha detenido, y esta mañana me la ha traído. ¡Es cierto que tiene la cara más linda!... Yo me he enternecido, y el bribonzuelo ha jurado que se mataría si hoy mismo no se casaba con su Dulcinea. Yo se lo he prometido, y por lo mismo os he llamado para que firméis los contratos. — Pero, ¿sin verla? — Nunca se atreverá á presentarse á vuestros ojos sin que se pueda llamar vuestra nuera.—¿Y por qué? — Ya sabréis los motivos.—Pero su nombre, su estado, su conducta, sus parientes... — Yo estoy bien informado de todo, y eso basta. — Sin embargo...—¡Qué sin embargo! ¿Me tenéis por tan poco juicioso que quisiera introducir en vuestra casa á quien no lo me-

reciese? ¿Soy algún majadero, algún insensato? — No digo eso: pero si conociera á esa señorita, si la viese, si le hablase... — ¡No tratamos de eso! ¿Queréis hacer venturoso á vuestro hijo? ¿Qué importa que la muchacha no tenga bienes? Yo tengo sobrados para todos, y desde luego doto en veinte mil libras á esa criatura que tanto me ha interesado; y á más de eso, señalo á los dos para su manutención mil escudos anuales si consentís en su matrimonio; y después de mi muerte heredarán cuanto tengo. — Pero, ¿cuándo se ha visto que un padre case á su hijo sin saber con quién? — Pero, pero... ¡Válgame Dios! ¡No he visto hombre más duro y desconfiado! ¡Ea pues; ó firmad el contrato, ó reñimos para siempre! — Ciertamente, señor, veo que estáis ciego con mi hijo. — No estoy ciego con vuestro hijo, sino con su mujer. ¿Qué gracia! ¡Qué modestia! ¡Ah! ¡Seremos demasiado felices poseyendo semejante tesoro!

En otra situación me habría reído del entusiasmo de mi suegro; pero el buen hombre me alargaba la pluma instándome á que firmase el contrato, sin permitirme ver la firma de la novia. No dejaba de repetir las sonoras voces de herencia, escudos, miles; en fin, me resolví, reflexionando que si la nuera no me convenía la despediría de mi casa y ella y su marido se irían á vivir con su abuelo; y aunque en este caso no vería más á mi hijo, viviría seguro de su fortuna, y nunca podría culparme de haberle reducido á la miseria. — Está muy bien — dije á mi suegro; — firmo ciegamente el contrato, y celebro daros esta prueba más de mi sumisión.

Firmé, pues, y el viejo, lleno de regocijo, me abrazó, me hizo mil caricias, y añadió: — Ahora que ya no podéis desdeciros, sabed que conocéis á la señorita. — ¿La conozco? — Sí por cierto, y se os ha ocultado su presencia y su nombre porque no se habría atrevido jamás á presentarse á vuestros ojos después de haberse dejado robar por un joven. Ahora la veréis, y quedaréis pasmado con la agradable sorpresa que voy á proporcionaros. ¡Venid acá, muchachos; venid á besar los pies á vuestro padre!

Abrióse entonces una puerta, y mi hijo corrió precipitadamente á mis brazos, juntamente con una joven que exclamó: — ¡Mi digno bienhechor! ¿Me perdonáis el haberme atrevido á ser hija vuestra? — ¡Cielos! — dije. — ¡Mi hija! — Seguramente que ahora lo es — dijo mi suegro muy regocijado, y yo le contesté: — ¡Qué habéis hecho! ¿Sabéis quién es esta joven? ¿Sabéis qué esposa dais á mi hijo? ¡Su misma hermana! — ¡Su hermana! — ¡Sí; su hermana, hija de un amor criminal, y á la cual he educado ocultamente!

Todos quedaron petrificados. Yo conté sucintamente la historia de mis amores con Luisa de Volange, con lo cual todos quedaron confundidos. Mi hija lloraba, mi hijo estaba desesperado, y mi suegro se estremecía de horror, porque el mal no podía re-

mediarse sino con el matrimonio, y éste era imposible. Pero, en vez de consolarme, me llenó de injurias, y cambiando de repente en odio todo su amor al nieto, se retiró diciendo: — ¡Huid de esta casa! ¡Nunca volváis á ella, ni esperéis de mí el más leve socorro!—Sali, pues, de casa de mi suegro con mis hijos, y á la mañana siguiente supe que había hecho testamento disponiendo de todos sus bienes en favor de una hija que tenía casada en América. No fué sólo éste el mal que hizo, sino que refirió el caso á mi tío, y éste, que era un hombre raro, me desheredó, fundando con sus bienes una obra pia. Yo no me atrevía á tener juntos en mi casa á mis hijos, pero antes que tomara providencia en esta parte la tomó mi hijo robándome cuanto pudo, que fué mucho, y desapareciendo una noche, sin que jamás haya vuelto á saber de él. Así que huyó, mi suegro reclamó la dote de su hija, y me complicó en un pleito dispendioso, que perdí. Entre tanto mi hija, consumida por la pasión que alimentaba, cayó en tal languidez, que en pocos meses la condujo al sepulcro. Vime, pues, solo en el mundo, enfermo y casi enteramente arruinado. Finalmente, vendí lo poco que me quedaba, y con el producto me formé una corta renta vitalicia, con la cual á duras penas subsisto. En el tiempo de mis infortunios, los únicos que me consolaron fueron los esposos Leclerc, á quienes estaré eternamente agradecido. Vedaquí los dolorosos sucesos que me han llenado de amargura y casi de miseria. Un hijo desnaturalizado, un suegro rico y vengativo y un tío caprichoso han causado todos mis tormentos, consecuencias de mis juveniles excesos, que nos han hecho infelices á Luisa Volange, á su hija, á mi hijo y á mí.

Así terminó la relación de sus desgracias M. Lucas, despidiéndose en seguida de la familia de Palemón. Nuestros jóvenes, que habían quedado solos con su padre, hablaron largo rato de esta historia, que los había llenado de horror. Esto dió motivo á Palemón para deplorar la suerte de los jóvenes imprudentes que, como Luisa de Volange, sin consentimiento de sus padres entregan su corazón á seductores que las deshonoran. En la tarde siguiente veremos el efecto que produjo en ellos la historia que se acaba de leer; pero no debo concluir esta tarde sin añadir una cosa que, sin duda, será muy agradable á mis lectores.

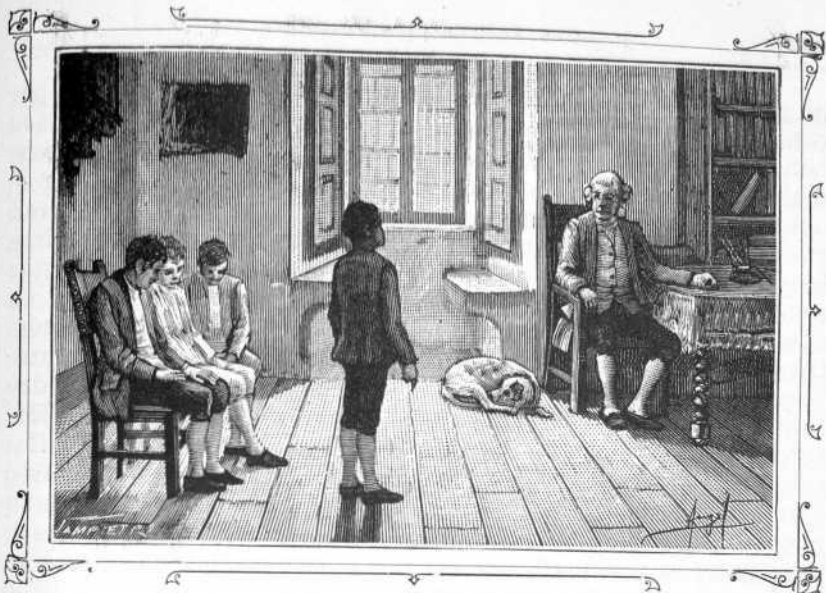
Antes que se retirasen de la terraza, Marcela llevó á Palemón una carta que leyó en alta voz, y decía así:

«Amigo mío: Al fin puedo comunicaros una noticia que os será gustosa, atendiendo al interés que repetidas veces me habéis manifestado. He descubierto al hombre invisible, á mi bienhechor, á mi tirano, como queráis llamarle, que me causaba tantas inquietudes. Ahora me hallo tranquilo y feliz; pero no puede haber una historia más interesante que la mía, añadiéndole lo que os falta saber. Luego que haya concluido algunos negocios

que me ocupan, iré á veros, y á presencia de vuestra amable familia referiré las maravillosas aventuras que me han sucedido desde mi última vista. Abrazad en mi nombre á vuestros hijos, y esperadme á lo más dentro de diez días.—*Lonchamps.*»

Es indecible la alegría que causó á nuestros jóvenes amigos la lectura de esta carta. Vamos, pues, á esperar con ellos la vuelta de M. de Lonchamps, que no tardará mucho, y entretanto oigamos una sesión que tuvieron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como á ellos.





TARDE XLVIII

LAS CONFIANZAS

Sólo debes franquear
¡Oh joven! tu corazón
A Dios en la confesión,
Y á tu padre en el hogar.
Quien se obstina en ocultar
Por vergüenza ó por respeto
A Dios y al padre el secreto
Que martiriza su alma,
Ni gozará dulce calma,
Ni será nunca discreto.

A la mañana siguiente Armando, dándose la importancia de hermano mayor, llamó á Benito, León y Julio á su cuarto, y cuando todos cuatro estuvieron juntos les dijo: — Deseo tomar vuestro parecer, mis queridos hermanos, en un asunto sumamente importante. La historia de M. Lucas me ha hecho reflexionar que tanto en ella como en otras muchas que nos han referido se encuentran novios que se casan sin noticia de sus padres, y padres y madres que, no conociendo las inclinaciones de sus hijos, han tratado de sacrificarlos á la ambición ó al interés; de todo lo cual se han originado eternos pesares, disgustos sin fin, y á veces desgracias irreparables; en todos estos sucesos ha tenido

no poca parte el orgullo, la obstinación, la desconfianza y, por consiguiente, la falta de franqueza y sumisión de los hijos para con sus padres. ¿Y si llegara á sucedernos á nosotros lo mismo? Somos novios, y nuestro padre lo ignora. ¿Quién sabe lo que tendrá pensado acerca de nosotros, y si nuestras respectivas inclinaciones llegarán á contrariar sus intenciones particulares? Si sucediera así, si llegáramos á saber sus miras opuestas á nuestro amor cuando ya éste hubiera tomado incremento en nuestro corazón, ¿quién sabe adónde pudiera conducirnos nuestra pasión? ¿Cuál sería nuestro dolor si contrariásemos sus proyectos, dirigidos todos á nuestro bien? Así, pues, opino que debemos francamente descubrirle nuestro corazón. Yo amo á Enriqueta; Julio, á Adela; León, si no me engaño, suspira por Rosalía. Subamos, pues, nosotros, sin que ellas lo sepan, al cuarto de nuestro padre; hablémosle con toda franqueza, y sepamos su parecer. Benito no es aún sensible al amor; pero eso no le hace para que nos acompañe: de ese modo los consejos que nosotros recibamos quizás le sean también de gran provecho.

— ¡Muy bien pensado! — dijo León. — Estoy pronto á hacer una sincera confesión de mi amor á Rosalía, pues aunque no la he visto más que una vez, creo que la amaré eternamente.

— Yo tengo más miedo que vosotros — dijo el enamorado Julio. — Tengo motivos para temer la justa severidad de vuestro padre, pues siendo un miserable huérfano que carece de todo, me he atrevido á amar á la hija de mi bienhechor. Os aseguro que tiemblo de hacer esta confesión, que puede privarme de la ternura y de las bondades del hombre más generoso. Sin embargo, si le dejo ignorar mis sentimientos, abuso de su confianza y de su hospitalidad; y si reprueba mi pasión, necesariamente habré de incurrir en su indignación. Pero, á pesar de mis temores, admito la propuesta de Armando, aunque nunca me atreveré á hablar ni á sufrir las miradas del virtuoso Palemón si advierto en ellas alguna severidad.

— Yo hablaré por todos — dijo Benito, — soy neutral, pues no tengo pasión alguna ni suspiro como vosotros; de consiguiente, acepto el encargo de orador que me encomendáis. Apruebo vuestro designio, y tengo por seguro el buen éxito: conque no hay sino manos á la obra, y, como dice el refrán, el mal camino andar lo pronto. No dejemos enfriar la intención: vamos en seguida á ponerla en práctica. — ¡Vamos! — respondieron todos; y subieron á la estancia de Palemón. El anciano, viendo presentarsele aquella diputación, quedó como parado, mirándolos con cierta inquietud y seriedad que llenó de recelo á los tres amantes: temblaban sus rodillas; sus corazones latían apresuradamente, y se arrepentían de su determinación. — ¿Qué es — dijo Palemón á sus hijos — lo que me proporciona la satisfacción de

veros reunidos en mi cuarto?—Yo os lo diré—respondió Benito.—Me hallo encargado por mis hermanos de mirar por sus intereses, y debo cumplir la promesa que les he hecho de ser su abogado en vuestro tribunal.—¿Qué es eso de abogado? ¿Pues qué tienen que pedirme? ¡Vamos, vamos, sentáos! Y vos, señor abogado, exponed lo que gustéis.

Los muchachos se sentaron, y Benito, en pie, habló de esta suerte:—Cuando se tiene un padre tan bueno y tan respetable como el que tenemos nosotros, no debemos ocultarle nada de lo que sentimos, para que arregle nuestros afectos acerca del estado que quiera darnos algún día. Esto es lo que empeña á mis hermanos á confesaros por mi voz el amor que inflama á los tres respecto de objetos dignos, al parecer, de toda su afición. Esta podrá haberlos deslumbrado; pero buscan en vos su desengaño, y dejarán de amar si os opusierais á su naciente afecto.—¡Hola! ¡Hola! ¿Conque venis á hablarme de vuestros amores? ¡Tempranito es, amigos míos! Todavía sois muy muchachos; pero, con todo, examinemos el asunto. ¿Conque los tres estáis enamorados? Quiero decir que León, Armando y Julio son los tres amantes. ¿Y no sabremos quiénes son las señoras?—¡Padre mío!... —¡Calla, Benito; déjame preguntar separadamente á nuestros amantes! ¡Acércate, Armando! Dime francamente: ¿á quién amas?—Armando respondió temblando:—Amo á Enriqueta, porque me parece que es muy digna de inflamar un corazón amigo de la inocencia, del candor y de la virtud. —¡Ya lo creo! Pero sabes que Enriqueta es pobre. ¿Cómo has de mantenerla? —Yo espero, ayudado por vuestros consejos, establecerme de modo que pueda cumplir con mis obligaciones.—¿Y en qué clase?—Me parece que varias veces me habéis dicho que una cátedra de Matemáticas sería lo que más me conviniere. — Pero es menester obtenerla, y aún no tienes los años que se requieren para solicitarla.—Pero si con el tiempo tengo la felicidad de alcanzarla, ¿aprobaréis entonces que Enriqueta sea mi esposa?—No has hecho más que adivinar mi deseo: mi mayor gusto será verte unido con Enriqueta, si ella consiente. ¡Vamos á otro! Llégate, mi amado Julio, y háblame sin timidez. Dime: ¿quién es la persona que ha podido enamorar un corazón tan tierno como el tuyo? ¿Titubeas? ¿No sabes el cariño que te profeso, y que justamente mereces por tu amable carácter?

Julio estaba confuso, y no se atrevía á hablar. Palemón lo conoció, y estimó más por esto al muchacho, á quien dijo: —¿No quieres confiarme tu secreto? ¿Será preciso que yo le adivine y te diga que Adela puede ser la que has elegido?—¡Ah, padre mío! ¡Sin duda vais á castigarme por temerario!—¿Castigarte, amigo mío? ¡De esta manera!—Y le dió un abrazo.—Sé siempre bueno, confiado, honrado y sensible, y alcanzarás la posesión de Adela;

pero no será mañana, como desde luego puedes considerar. Trabaja, sé laborioso, adquiere con la edad conocimientos en la agricultura, y algún día sabrás mis pensamientos en orden á ti y á mi hija, que será tu esposa. Siéntate junto á tu hermano Armando, y dad por bien hecho el haber consultado á vuestro padre, que nunca querrá sino que seáis muy dichosos. ¡Vaya, señor León; á usted le toca el turno: sepamos cuál es la musa que ha podido enternecer á nuestro Anacreonte! A nadie veo por aquí, y me parece que Marcela no será tu Clori ó tu Fenisa.

Sonrióse León, y dijo á su padre: — Mi Clori, ó como quisierais llamarla, no habita en esta casa. ¡Sólo una vez la he visto, y juro que la amaré toda mi vida! — ¡Mucho jurar es! ¿Y podré yo jurar dártela algún día por esposa? Digo algún día, porque mucho tiene que esperar un amante de quince años. — Bien sé que soy todavía un niño; pero vos me habéis enseñado á pensar, y la razón y la sensibilidad se han adelantado á mi edad. — Ya veo que eres muy precoz. ¿Y la señorita? — Es la prima de Emiliano. — ¡Hola! ¿La bella Rosalía? ¡No te falta talento para escoger! Pero, amigo, en cuanto á eso nada seguro puedo prometerte: yo no soy quien dispone de Rosalía; su suerte depende de sus tíos, que son muy ricos, y acaso tendrán ya preparado algún partido ventajoso para su sobrina. Ni aun estoy seguro de que vuelvas á verla. Vive en París, y sus tíos tal vez no volverán por estas campiñas: yo no estoy para hacer viajes; y tú, sin mí, no puedes ir á París sin más objeto que el de ver á tu novia. Sin embargo, no te desconsueles, pues te prometo hacer todo lo posible para que dentro de algunos días tengas una respuesta favorable. Espera entretanto, y cree que tu padre no lleva á mal que hayas puesto tu corazón en una joven que lo merece, así por sus gracias como por su talento y educación. Me parece que ya no hay nadie á quien consolar, pues Benito creo que no tiene que hacerme confianza alguna. ¿No es así? — Sí, señor. — ¡Oh! ¡Ya sé yo que tú prefieres á todo tus diversiones y juegos! A la verdad, me alegro; y aun desearía que tus hermanos hubieran esperado á que la edad sazonzara su razón para convertirse entonces, y no antes, en héroes de novela; pero el corazón no entiende de preceptos, y se adelanta á la madurez y al juicio. Sé siempre el mismo, amado Benito: conserva tu indiferencia, pues así te verás en disposición de poder algún día elegir mejor que tus hermanos; porque cuando hermosura y riquezas se encuentran reunidas, son preferibles á las gracias solas. ¡Es una terrible carga la que toma sobre sí el hombre que se casa con mujer pobre! Es preciso que desde luego trabaje para dos, y después para tres, cinco ó más, si llega á ser padre de familia. Todo cae sobre él en cuanto á cargos é inquietudes del gobierno de la casa, y sucede con demasiada frecuencia que cuan-

do se han satisfecho los deseos y desvanecido las primeras impresiones del amor, el hombre se desalienta, se arruina, maltrata á su mujer y le echa en cara su falta de bienes. Este proceder es indigno de un hombre honrado; y así, espero que nunca le tendrá Armando con Enriqueta, porque todavía está á tiempo, y si la quiere, como dice, debe siempre cuidar de hacerla feliz. Yo celebro con mucha satisfacción que me hayáis elegido por vuestro confidente: eso me manifiesta que soy más amigo vuestro que padre, y ya veis si he correspondido dignamente á vuestra confianza. Sin embargo, no puedo disimularos que me parece que hay más exaltación en vuestra cabeza que amor verdadero en vuestro corazón, y temo que eso sea el resultado de las muchas historias que se os han referido de algún tiempo á esta parte. Habéis oído hablar de amor, y estáis persuadidos de lo que sentís. Sea lo que fuere, lo cierto es que hacéis de amantes como los que más: quiero creer que lo sois efectivamente; pero en ese caso, y cualesquiera que sean las esperanzas que os he dado, os encargo mucha delicadeza, atenciones y honor en vuestra conducta respecto de las jóvenes á quienes amáis. Os prohibo con todo rigor que sepan nuestra conversación Adela y Enriqueta, ni que me habéis confiado vuestra mutua inteligencia, y mucho menos que yo la he aprobado. Venid ahora á recibir en los brazos de vuestro padre el premio de la confianza que le habéis hecho, y que es la más lisonjera recompensa de la buena educación y cuidados que os he prodigado.

Los cuatro corrieron á abrazar á su padre con la mayor efusión de su alma, y se retiraron contentísimos de su buen recibimiento y del partido que habían tomado.—¡Véase aquí—decían—lo que es un buen padre! El alma á sus hijos, éstos desahogan en su generoso corazón sus más secretos pensamientos, y de esta tierna confianza nace la felicidad de toda una familia.

Locos de contento por verse autorizados en sus amores por Palemón, Armando y Julio fueron á coger flores para Enriqueta y Adela; pero, fieles á las órdenes de su padre, nada les dijeron de lo tratado, y ellas admitieron la fineza de las flores con la mayor complacencia.

Aquel día fué de descanso: hubo paseo y merienda en el campo, no faltó un poco de baile, y, en fin, llegada la hora de recogerse, fueron todos á disfrutar de un descanso lleno de agradables ensueños.





TARDE XLIX

LOS CELOS

De los celos la pasión
Es una espada cruel
Con que traspasa Luzbel
Sin piedad el corazón.
Apaga de la razón
La luz espléndida y pura,
Llena el alma de amargura,
Paraliza el sentimiento,
Trastorna el entendimiento,
Y termina en la locura.

Habíanse reunido nuestros amigos bajo el emparrado con ánimo de oír leer algo instructivo, y ya Palemón tenía abierto en las manos el libro para empezar, cuando llamaron á la puerta y entró en la posesión M. Serein, vecino de aquellas inmediaciones, acompañado de una caterva de chiquillos de diferentes edades y sexos.

Apenas entró corrió á abrazar á Palemón. — Amigo mío— le dijo, — vengo á daros parte de mi alegría y del suceso más extraordinario que puede jamás ocurrir.—¿Qué hay, amigo mío?— interrumpió Palemón. — ¿Quiénes son esas bellas criaturas que

os acompañan?—Justamente eso es lo que vengo á participaros. Ya sabéis que soy viudo y sin hijos; pues ahora el Cielo acaba de hacerme un magnífico regalo. Ya soy como un padre de una numerosa familia muy digna de ser amada.—¡Ea pues; sentaos todos, y sepamos esa historia maravillosa!—Pues escuchadme.

Historia del viaje de los cinco niños americanos.

Ya sabéis, amigo, que nací en este país, donde mi padre fué excelente labrador. Tenía yo un hermano, que desde muy joven sentó plaza, pasó á nuestras islas y no volvió á Francia. Por muerte de mi padre me hallé en posesión de su hacienda, que cultivé con esmero. Me casé después, y murió mi esposa sin haberme dejado sucesión. Resolví no volver á casarme, y gozaba una vida tranquila, cuando hará dos años recibí una carta de mi hermano en que me decía que hacía mucho tiempo que se había establecido en la isla de Santo Domingo, donde se hallaba con cinco hijos de tierna edad. Mucho placer me causó esta noticia, y respondí á mi hermano que agradecía á Dios el no haberme vuelto á casar, para poder socorrer á su familia, á la cual dejaría todos mis bienes, y que me escribiese si algo necesitaba.

No me contestó. Apenas pensaba en él, cuando anoche, al tiempo que iba á acostarme, llamaron á mi puerta. Todas mis gentes estaban ya durmiendo, por lo cual pregunté:—¿Quién llama?—¡Nosotros!—me respondió una voz delicada.—Nosotros—dije,—no es decir nada. Sin embargo, abrí, y quedé atónito al ver cinco niños que me preguntaron si yo era M. Serein. Dijeles que sí, y al instante saltaron á abrazarme llamándome su amado tío.—¿Cómo tío?—les dije aturdido; y Carlota, que es la mayor, aunque sólo tiene once años, me respondió:—Nosotros somos hijos de vuestro hermano Claudio Serein: hemos quedado sin padre ni madre, y venimos á implorar el favor de nuestro tío.—¿Es posible? ¿Vosotros hijos de...? ¡Pobre hermano mío! ¿Conque ha muerto?—Sí, señor.—¡Ea pues; contadme cómo ha sucedido!

La muchacha al instante me presentó la carta que yo había escrito á mi hermano ofreciéndole todos mis auxilios; y sólo con este fundamento se ha atrevido á venir y á traerme sus hermanos. Lloraba y estaba muy cansada; todos cinco tenían un excelente apetito. Desperté á mi ama de gobierno y le mandé que diese de cenar á estas graciosas criaturas. Cuando hubieron satisfecho la necesidad que tenían, dije á Carlota que me refiriera sus aventuras, y ella lo hizo con una ingenuidad que me encantó. No quiero que las repita, porque su lenguaje tal vez sería poco entendido por vuestros hijos. Lo haré yo, y oiréis una historia bien rara y las particularidades del viaje de mis ame-

ricanitos; pero, para mayor inteligencia, es preciso tomar la relación desde muy atrás.

Mi hermano Claudio Serein, después de haber servido en la Marina, se estableció en la isla de Santo Domingo. Allí se casó, y tuvo cinco hijos, dos varones y tres hembras. Pero viendo que no prosperaba en aquella isla, pasó al Cabo, donde puso tienda de comerciante en cables y todo género de cordaje. Educaba allí pacíficamente á su familia, cuando, trastornándose todo en las colonias, ocurrió el famoso incendio del Cabo, que arruinó un gran número de familias. Mi hermano y su esposa, que fueron víctimas de aquel accidente, enviaron todos sus hijos á casa de una amiga que vivía solitaria á orillas del mar; pero ellos no se atrevieron á abandonar su casa, asilo que les fué muy fatal, pues perecieron entre el fuego y las ruinas de su albergue, y su amiga dió esta funesta noticia á los tristes huerfanitos. ¡Qué fatalidad para estas inocentes criaturas! Carlota se acordó de que antes de la separación su padre le había confiado una cartera con varios papeles para que la conservase: procuró examinarlos, y entre ellos halló la carta que yo había escrito á mi hermano. En ella estaban especificadas las señas del lugar de mi residencia, y al punto formó el atrevido proyecto de venir en busca de su tío, juntamente con sus cuatro hermanos. Participó su resolución á la amiga de sus padres, añadiendo en cuanto á mí que no podía menos de tomarlos bajo mi protección. La buena mujer procuró en vano disuadirla de semejante empresa, diciéndole: — Hija mía, considera que para viajar se necesitan dinero y conocimientos, y tener mucha más edad de la que tú tienes. — ¡No importa! — respondió Carlota. — Yo reemplazaré á mi madre en cuanto pudiere respecto de mis hermanos, y particularmente de Jacinto, que es el de menor edad y necesita más cuidado que los otros. Verdad es que no tengo dinero; pero todos los buenos corazones se interesarán en nuestra desgracia y nos ayudarán. Dejadme hacer, amiga mía: yo soy muy niña; pero tengo más valor del que pensáis.

Dijo Carlota estas palabras con tanta energía, que casi tranquilizó la inquietud de aquella buena mujer, que, como era pobre, no podía favorecer á Carlota sino muy escasamente. Le ponderó los peligros del mar, la precisión de atravesar casi toda Francia y otros mil inconvenientes; pero Carlota continuó inflexible en su resolución. En consecuencia, una mañana, acompañada de sus hermanitos, fué á echarse á los pies del encargado del Gobierno francés en el Cabo. Le expuso su intención, y aquel caballero le dijo enternecido que volviera al día siguiente. Carlota fué puntual, y el encargado le dijo: — ¿Conque absolutamente, hija mía, estáis determinada á partir? — Sí, señor. — Pues bien; presentaos al instante en el navío *Invencible*, que está en

el puerto; preguntad por el capitán Verville, y entregadle este billete; ya le he hablado, y aun he pagado por vos los gastos de travesía. — ¿Qué decís, señor? ¿Es posible que os deba tanto favor? — Me habéis interesado mucho. Tomad estas monedas, que podrán proporcionaros algún alivio en el navío.

Carlota tomó el dinero y el billete, dió las gracias á aquel hombre generoso, y trasportada de alegría volvió á casa á despedirse de su amiga.

Carlota tomó en brazos á su hermano menor, los otros la siguieron, y llegó al puerto, donde preguntó por el capitán Verville. — ¿Qué le queréis? — Ha de llevarnos á Francia. — Se echaron á reír y no le hicieron caso; pero ella, á fuerza de investigar, halló al Capitán, el cual, leído que hubo el billete, tomó la mano á Carlota, diciéndole: — Venid, querida; ya sé lo que deseáis. Habéis hecho muy bien en no tardar, porque ya iba á hacerme á la vela. — El Capitán llegó al navío rodeado por los muchachos, á los cuales colocó solos en un camarote, y al punto se hizo al mar. Ya en el buque, de tal modo se condujo la pobre Carlota con sus hermanitos, con el Capitán y con los pasajeros, que fué el objeto de la generosidad de todos. El Capitán le daba todo el sobrante de su mesa, y los demás le hacían sin cesar regalos para premiar sus buenos oficios.

En fin, después de muchos trabajos el navío entró en el puerto de Lorient, y el Capitán, que tenía que atender á muchos negocios, desembarcó á nuestros americanitos, diciéndoles que ya estaban en Francia y que no tenían más que marchar adonde quisieran. Carlota tuvo cuidado de darle mil gracias por sus favores, y le mismo hizo con todos los compañeros de su viaje, los cuales de común acuerdo le dieron una suma de dinero. Carlota al punto procuró proveerse de medias y zapatos para sí y para sus hermanos, y luego se puso en marcha tomando la dirección de todos los pasajeros. Quería ir á París, persuadida de que en esta gran ciudad le indicarian más fácilmente la residencia de su tío. Andaba tres ó cuatro leguas al día á pie, que es bastante; y cuando conocía que los muchachos estaban fatigados, los hacía descansar tres ó cuatro días en cualquier paraje. Nunca caminaba más que de día, y al acercarse la noche se refugiaban en el primer albergue, pagando alguna cosa porque los admitieran, aunque fuese en el establo. Cuando le preguntaban adónde iba, respondía: — Voy en busca de mi tío Claudio Serein: ¿le conocéis?

Reíanse al oirla, y muchas veces los posaderos tenían la humanidad de recogerla, y aun les daban de cenar de balde. En cuanto á la comida, la hacían caminando, y comiendo pan y algún poco de fruta ó queso. Diéronle viruelas á Jacinto en Rennes; pero este incidente, lejos de desanimarla, excitó más su

actividad. Llevó á su hermanito al hospital, y le recomendó al cuidado de los directores: le visitaba dos veces al día, y le cuidaba con el mayor esmero. Cuando el niño estuvo sano le tomó en sus brazos y volvió á continuar su camino. Entre Alenzón y Montagne le ocurrió un suceso que estuvo á pique de arruinarla. Entró en una posada á pedir albergue, según acostumbraba, y quedó atónita de no hallar más que un hombre bastante bien vestido, y toda la casa trastornada. Era muy de día, y el camino bastante pasajero. El posadero, que estaba de mal humor, la trató con aspereza, por lo cual se puso á llorar, diciéndole que era cosa muy cruel que tratara así á unos pobres huérfanos que no tenían más auxilio que el de las almas sensibles y generosas. El posadero, algo enternecido, le dijo: — Pues bien: acomodaos donde pudiereis; pero no contéis ni con un pedazo de pan, porque aquí nada tengo.

Carlota, que siempre llevaba de reserva algunas provisiones, no le pidió más que el simple albergue; y contenta de haberlo hallado, subió con su familia y entró en el primer cuarto que encontró abierto. Permaneció allí, y llegada la noche bajó á preguntar al posadero si le incomodaba que hubiese ocupado aquella estancia. Le respondió que no, pero muy encolerizado. Tembló la pobre muchacha al oírle, y le pesó de haber entrado en aquella casa; pero ya era muy tarde para buscar otra, con que le fué forzoso detenerse allí. Hizo acostar á sus hermanos, y ella se decidió á no dormir en toda la noche, porque un oculto presentimiento le decía que sucedería alguna cosa extraordinaria en aquella casa.

Estaba la Luna en su tercer cuarto, tiempo en que este astro no resplandecía sino hacia la una de la mañana. Carlota, que hasta este punto había oído subir, bajar, abrir y cerrar puertas y ventanas, se había mantenido en acecho de todo lo que ocurría: vió en el patio al posadero muy agitado dando patadas y señales de una absoluta desesperación, y sin poder contenerse le dijo:—¿Qué tenéis, amigo? ¿Puedo serviros en algo?—¿Cómo? ¿No dormís?—No por cierto.—¡Tanto peor! Retiraos y dejadme en paz: cuando quisiereis salir, hallaréis la llave de la puerta colgada en este pilar.

—¿Qué significa esto—dijo para sí Carlota asustada—de cuando quisiere salir? Pues qué, ¿no se abre esta posada temprano como las demás?—Muy agitada esperó á que amaneciese. Ya no oía ruido alguno; mas no por eso se calmaba su inquietud. Apenas vió las primeras luces del día despertó á sus hermanos, los hizo vestirse apresuradamente y salió con ellos para huir de aquella casa, donde no había podido reposar. No conocía Carlota lo interior del edificio, y atravesó muchos cuartos abiertos sin dar con la escalera ni hallar huésped alguno, lo cual le causó

la mayor confusión. Empujó una puerta... ¡Cielos! ¡Qué horroroso espectáculo se ofreció á su vista! ¡Una mujer llena de puñaladas y bañada en su sangre! Gritó Carlota y aguijó á su joven familia, temiendo experimentar la misma suerte. Halló la escalera, bajó al patio... ¡Oh terror! Al atravesar por delante de la cocina vió al infeliz posadero, que estaba ahorcado. ¿Qué infernal caverna era aquélla? Carlota se animó; tomó la llave del lugar indicado por el posadero, abrió la puerta y vió entrar una multitud de gentes armadas, y como conduciéndolas, un hombre con trazas de cocinero, que exclamó: — ¡Veamos si el infeliz ha atentado contra sus días!

Hallaron, en efecto, el cadáver del posadero y el de la mujer asesinada, y arrestaron á los muchachos para examinarlos. Carlota no pudo decir más que lo que había visto; le preguntaron, y de su interrogatorio y de las conversaciones que oía infirió que el posadero, celoso de su criado, le despidió el día anterior, así como á todos sus dependientes; que luego había asesinado á su mujer, y después se había quitado la vida. Aquel criado era el conductor de la Justicia: juró que su ama estaba inocente, que su marido era un insensato, y que por eso, temiendo alguna locura de su parte, había acudido, aunque tarde, á la Justicia, la cual, conociendo la inocencia de Carlota, la despidió, y la triste se llenó de regocijo al apartarse de aquel lugar de horror y espanto. Nada de particular le sucedió hasta París, donde entró con su comitiva con buena salud. Es imposible concebir cómo esta pobre muchacha, con cuatro hermanitos, ha podido hacer tan dilatado viaje sin más recurso que el de cinco ó á lo más seis luises; y ciertamente que ha observado un orden y economía admirables. En fin, se hallaba en París; pero aún no estaba en casa de su tío, y el dinero se le había acabado. Se aseguró de las señas de mi residencia, y quedó atónita cuando le dijeron que tenía que volver atrás. Necesitaba volver á Versalles, y de allí tomar á la izquierda el camino de Chartres. La muchacha hasta este punto había tenido valor; pero viéndose obligada á viajar de nuevo, y careciendo absolutamente de medios, se echó á llorar amargamente. — ¿Qué tienes, querida? — le preguntó una señora que la había instruído de lo que tenía que hacer. Carlota le refirió sus desgracias y el motivo de su viaje, de lo cual quedó la señora tan compadecida, que le dió doce libras. Un poco sosegada con aquel socorro, volvió á ponerse en camino, y á fuerza de preguntar á cuantos encontraba llegó, como os he dicho, á mi casa ayer casi á media noche. ¡Qué paciencia, amigos míos, y qué resolución! ¡Andar á pie cerca de ciento cincuenta leguas, casi siempre precisada á llevar en brazos á su hermanito, de cuyo peso rara vez la aliviaban los demás! ¡Ved lo que ha hecho esa muchacha! ¡Y todo por hallar á

un tío á quien no conocia, y que podía ser de carácter duro y darle, como suele decirse, con la puerta en las narices! Porque, á la verdad, cinco muchachos son una carga que pocos admitirían. Pero me es muy grata la nueva familia que me envía el Cielo; y aun sería preciso tener un corazón de acero para no interesarse por tan desgraciadas criaturas. Sí, yo los adopto; serán mis hijos. Carlota los cuidará, y gobernará también mi casa, porque es menester confesar que tiene buen talento para ello. ¿Qué os parece, amigos míos? ¿Miráis á esta admirable niña con ojos llenos de lágrimas de ternura? Sí; miradla y contempladla bien. Yo seré su padre, y cumpliré con todas las obligaciones de tal, pues de lo contrario, sería el hombre más inicuo del Universo.

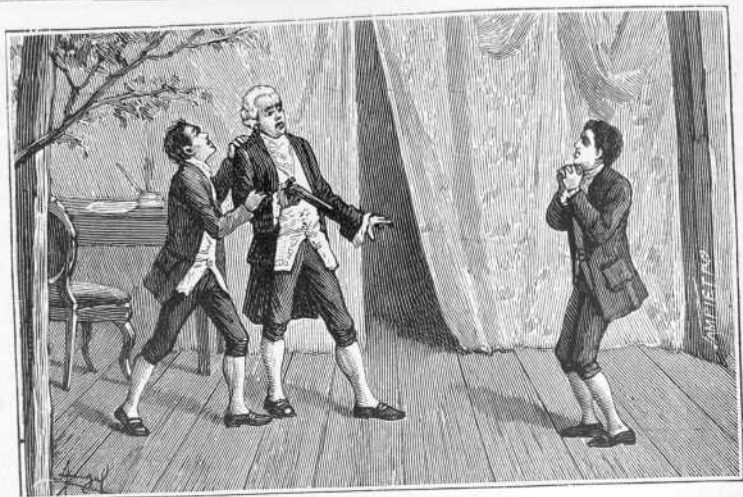
Calló Sereín, y todos los hijos de Palemón, que miraban á Carlota como á un ser extraordinario, la estrecharon amorosamente en sus brazos. También acariciaron á los demás hermanitos, particularmente al tierno Jacinto, que en su cortisima edad daba esperanzas de un feliz discernimiento.—¡Cosa rara—dijo León—sería ver viajar á pie cinco muchachos tan pequeños! ¿Os harían muchas preguntas en todos los lugares donde os deteniais?—Infinitas.—Y todos se interesarían en vuestra suerte; ¿no es así?—No por cierto; la mayor parte de los que me preguntaban me oían, me miraban y me volvían la espalda. Pero no me faltaba resolución, y nada temía. Sólo me aterró el lance del posadero; y creo que si esto me hubiera sucedido en la ciudad donde desembarcamos, quizás no habria tenido alientos para llegar á París. Pero, en fin, me hallo bien recompensada de tantas penas con el amor de un tío tan bueno. Soy feliz, y lo son también mis hermanos; ¿no es verdad? Manuela, Teresa, Joaquín, ¿qué decís?

Los tres saltaron al cuello del buen Sereín, que lloró de ternura al verse acariciado por aquellos niños. Palemón, á quien había conmovido tan inesperada escena, hizo disponer una abundante merienda, que se despachó alegremente. Después se retiró Sereín con su familia, diciendo antes á Palemón:—¡Adiós, vecino mio! Yo sé que sois buen padre y que os gustan mucho los muchachos; por eso me he tomado la libertad de presentarlos los míos, y tal vez de cansaros con una relación tan prolija.—¡Amigo mio—respondió el anciano,—me habéis complacido sobremanera! Bien sabéis que no puede serme indiferente nada de cuanto tenga relación con la buena moral y la educación de los jóvenes. Os doy mil gracias por vuestra visita, y os suplico que la reiteréis muchas veces en compañía de vuestra preciosa familia.

Prometióselo Sereín, y se llevó á su tierna compañía, que, á la verdad, necesitaba descansar algunos días para reponerse de

tantas fatigas. Palemón y sus hijos comentaron en el resto de la tarde los hechos de la historia de Carlota, no pudiendo menos de detenerse largo espacio á considerar al llegar al triste suceso del mesonero los funestos efectos de la furiosa pasión de los celos, acerca de la cual Palemón les hizo los juiciosas reflexiones que le sugirió su amor de buen padre.





TARDE L

LA IMPREVISIÓN

Huye de la imprevisión,
Propia de la tierna edad,
Como de una tempestad
O de un furioso ciclón.
Llevada de la ilusión,
Sólo busca su contento;
Si se encuentra en un momento
En el fondo de un abismo,
Víctima del cataclismo,
¿Qué vale el discernimiento?

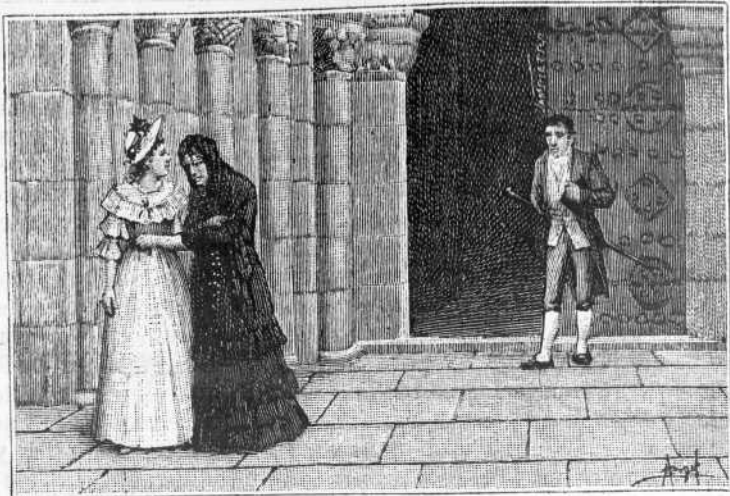
Muchos días trascurrieron sin ir al emparrado, y, sin embargo, nuestros jóvenes estaban contentos. ¿Por qué? Habían formado el proyecto de obsequiar á su padre el día de su cumpleaños representando á su presencia una piececita que León había compuesto, y aplicados á aprender y ensayar sus respectivos papeles, habían hecho entrar en su complot á M. Delacour para que llevara á paseo á Palemón todas las tardes con el pretexto de que el ejercicio convenía mucho á su salud quebrantada. En aquel tiempo pudieron los muchachos arreglarlo todo; y aunque algo recelaba Palemón, disimulaba. Llegó por fin el día de la fiesta, y después de haber comido alegremente, M. Delacour

sacó á pasear á Palemón; pero al volver hallaron en casa á M. Serein y á sus sobrinitos, á M. Versevil y á sus hijos, y á otras varias personas de la comarca, que habian sido convidadas por nuestros jóvenes. No viendo allí Palemón á sus hijos, preguntó por ellos, y le dijeron que estaban vistiéndose para representar una comedia. Aprobó el pensamiento, y acompañado por los concurrentes se trasladó al lugar de la escena. En medio del bosquecillo de la huerta, los muchachos, auxiliados por los jornaleros de su padre, habian levantado un pequeño teatro, cuyo foro y bastidores compusieron con algunas cortinas que le suministró Marcela. También habian llevado tres ó cuatro músicos de la ciudad vecina; y para estos gastos habian escotado lo necesario, gracias á los regalillos que de cuando en cuando hacia Palemón. Toda la concurrencia se reducía á unas treinta personas, y luego que éstas se sentaron en las sillas y bancos prevenidos para el efecto, precediendo una graciosa sinfonia, dieron los muchachos principio al drama.

Era el asunto de éste sencillísimo; y tenía por objeto demostrar cómo un verdadero cariño fraternal puede conducir hasta el sacrificio de la propia vida. Dos hermanos, culpable uno de ellos de un acto de imprevisión que en el primer momento parece ser causa de terrible desgracia en su familia, se disputan el castigo con que el padre, en su desesperación, amenaza al imprudente, ofreciendo su hermano la vida por él en hermoso rasgo de amor fraternal.

Acabada la pieza, que fué muy aplaudida, bailaron los muchachos una especie de danza alemana, que mereció universal aplauso, con lo cual se dió fin al espectáculo. Palemón lloraba de alegría; abrazó á sus hijos, y dejándolos para que cambiassen de vestido, volvió con sus amigos á la casa, donde Marcela habia dispuesto cena para todos á costa de nuestros actores, los cuales luego se presentaron, y recibieron mil enhorabuenas de los concurrentes. Presidió en la cena la alegría. León recitó á los postres una oda, que no puedo ofrecer á mis lectores por no haber logrado copiarla; y por fin, se bailó hasta las tres de la mañana, á cuya hora se fueron todos los convidados, y los de casa se retiraron á sus respectivos lechos, llenos de ilusiones alegres que les conciliaron el sueño más dulce y tranquilo.





TARDE LI

LA PACIENCIA

La virtud de la paciencia
 Es freno de las pasiones,
 Manantial de perfecciones
 Y crisol de la inocencia.
 Pero su rara excelencia,
 Su celestial heroísmo,
 Es que al hombre de sí mismo
 Convierte en dueño y señor;
 Que es la victoria mayor
 Que celebra el cristianismo.

Muchos días fué en la granja objeto de la conversación general la función dada por los jóvenes á su padre. Mucho había agradado á éste la composición de la pieza, que, aunque pobre de argumento, tenía un fin moral y anunciaba un talento precoz en su autor. No obstante, temiendo que llegara á entregarse enteramente á esta ocupación y por ella descuidase los estudios, le aconsejó que no tomara aquella clase de trabajos más que por puro pasatiempo, pues aunque nada hay más agradable y honroso que la literatura, es, sin embargo, una tarea cuyas utilidades no compensan, ni con mucho, el trabajo que cuestan.

—He aquí, hijo mío—añadió Palemón,—lo que quería de-

cirte sin amargura ni enfado, y sin pretender imponerte la dura ley de que nada escribas. ¡No quiera Dios que me aproveche contra tí de una ocasión que me ha causado tanto placer! No, amigo mío: lo que te digo ahora te lo diría siempre, porque esto no es más que hacerte presente unas observaciones generales que no deben aprisionar tu talento, y mucho menos en una ocasión como la de mis días. En semejantes circunstancias serías un ingrato no sacando partido del talento que tienes; pero, á no ser por tales objetos, te aconsejo que dejes descansar tu lira, pues otros trabajos te ofrecerán más ventajas.

Dicho esto abrazó á León, el cual conoció el peso de sus consejos y le prometió seguir en todo su sabio dictamen, sin dejar de la mano un instante sus ocupaciones ordinarias. Padre é hijo se separaban mutuamente satisfechos, cuando oyeron el ruido de una silla de posta que paró á la puerta de la granja. ¡Qué alegría tan grande fué la de ambos al ver desmontar á M. de Lonchamps acompañado de un hombre muy anciano, pero cuya fisonomía era la más animada y respetable! M. de Lonchamps abrazó á entrambos diciéndoles:—¡Ved aquí á mi hombre invisible, á mi bienhechor, á mi segundo padre! ¡Mucho me ha atormentado; pero muy grande ha sido la recompensa! ¡Ea! ¿Cómo están vuestros amables hijos? Este me parece que es León. ¡Cuanto ha crecido!

Corrió León á avisar á sus hermanos la llegada de aquel hombre extraordinario, y todos acudieron á recibirle y abrazarle, fijando los ojos en el anciano con la mayor curiosidad. Sabían que pasaría algunos días en la granja, y esperaban impacientes el momento en que, reunidos en la terraza, se reanudaría la historia del hombre invisible. Llegó en fin este deseado instante, y M. de Lonchamps se explicó de este modo:

Continuación de la historia del hombre invisible.

Voy á dar principio á una relación que supongo deseáis con ansia oír, y luego suplicaré á mi amigo que la finalice, puesto que se acordará mejor que yo de todas las particularidades. Cuando os dejé hace un año, volví á París, adonde era llamado por orden de mi hombre invisible, el cual, como sabéis, hacia diez años que me seguía por todas partes, sin que yo pudiera verle. En París, pues, fué donde nuevamente me ocurrieron los sucesos más raros. Llegué á esta capital, y me alojé en una casa de la calle de Vaugirard, muy cerca del teatro de la Comedia Francesa. No ignoráis que sólo me afligia el sentimiento de ignorar los secretos de mi familia y no conocer al hombre que arreglaba mi conducta de un modo tan imperioso. Una noche de invierno, cuando volví á mi casa, hallé mucha lumbre en la chi-

menea, porción de bujías encendidas y una mesa rodeada de cubiertos, que mi criado se ocupaba en recoger. Le pregunté:— ¿Ha venido alguien?— Vos lo sabréis.— ¿Yo? ¿Cómo?— ¡Bueno es, por cierto, convidar á las gentes y no parecer!— Pues yo ¿á quién he convidado?— Creo que á un anciano muy respetable. Dice que es pariente vuestro, y si dijera que padre, lo creería, según lo mucho que se os parece.— ¡Válgame Dios! ¡Ya sé quién es! ¿A qué hora ha venido?— A cosa de las cinco, y hará un cuarto de hora que se ha marchado. Después de comer escribió larguísimo rato en esa mesa.

Registré los papeles que tenía en ella, y entre ellos hallé este billete:

«Muda al instante de barrio. Si viniere á verte un sujeto como de cuarenta años, alto, seco y rubio, no respondas á sus preguntas sino con alguna ficción. Guárdate de hablar de mí, que no tardarás en verme.»

Cumplí exactamente esta orden, y por la mañana ajusté una habitación en la calle de Montmartre, muy contento con la promesa que me hacía el incognito de manifestarse en breve. Dos días después se presentó en mi casa un hombre parecido al que se mencionaba en el billete, y apenas entró me dijo:— ¿Vive aquí M. de Lonchamps?— Sí, señor.— ¿Sois vos, por ventura?— Sí por cierto.— Perdonadme, pues, si en nombre de vuestro difunto padre...— ¿De mi difunto padre? Mi padre vive.— ¿No sois el sobrino de M. Lerval?— ¿M. Lerval? No conozco á nadie de semejante apellido.— Creo que os burláis, porque yo sé muy bien quién sois: á más de esto, sois tan parecido...— ¿A mi padre? ¡Mucho! Pero se halla á más de cien leguas de aquí, y dudo que le conozcáis.— Sin embargo...— Sin embargo de que me parece que venís equivocado, ¿puedo serviros en alguna cosa? Decidmelo pronto, porque estoy bastante ocupado.— ¿Intentáis deslumbrarme? ¿Os han prevenido acerca de mi visita?— ¿Y quién sois para hacerme tan indiscretas preguntas?— ¡Temblad de saberlo!— ¿Cómo? ¿Amenazas á mí, y en mi propia casa? ¡Salid de ella al instante, hombre imprudente! ¿Por qué razón os dirigís de ese modo á un forastero que sólo ha venido á París á negocios particulares? ¿Estáis loco?— Me miró el desconocido, y salió diciendo entre dientes algunas expresiones, de las cuales sólo percibí: *¡Ah; si no estuvieses tan defendido!*...

Aquel mismo día pasé á ocupar mi nueva habitación, que hasta entonces no estuvo dispuesta, y allí recibí una carta de mi invisible, en la cual me decía que había respondido muy bien al hombre de la visita, aunque lo había hecho con un tono demasiado altivo, lo cual le infundió muchas sospechas; pero que pronto se aclararía todo. Algunos días después paró á mi puerta un coche, salió de él una señora, subió á mi cuarto, tomó asien-

to, y me dijo que quería hablarme á solas. Mandé retirar á mi criado, y luego la señora me dijo así:— Caballero, vengo á hacer una restitución.— ¿A mí, señora?— Sí, señor. Yo debía la cantidad de mil doscientos libras á vuestro padre, que me las prestó bajo recibo; pero después de su muerte, habiendo experimentado varios contratiempos, no me he visto hasta ahora en disposición de satisfacer la deuda.— Señora, venis equivocada.— No: vuestro padre tenía mi recibo; pero, sin duda, le quemó juntamente con los papeles importantes que entregó á las llamas el día anterior á su muerte. Ya veis que estoy bien informada.

Miré atentamente á aquella mujer, que noté se hallaba algo alterada, por lo cual, esforzando el disimulo, le dije:— Repito que os engañáis, pues mi padre...— Ya os he dicho que le conocí. Su esposa, que murió al daros la vida, era mi mayor amiga. No gastéis conmigo disimulos, y tomad vuestro dinero.

Tenia aquella mujer un bolsillo en la mano, parecía que sabía todos los secretos de mi familia, y acaso yo por descubrirlos me habría descubierto, á no haber oído la voz de mi criado, que en la escalera cantó estos versos:

¡No cantes, jilguero hermoso,
Que descubrirán tu nido
Los altivos alcotanes
Que te acechan atrevidos!

Perdí el color, y la mujer me preguntó si me había indispuesto. Le respondí que sí, y llamé al criado, que entró al punto. La señora insistió en que tomase la cantidad, y yo le aseguré que se engañaba, porque mi padre vivía; que había oído hablar de los sucesos de uno que llevaba mi mismo apellido, y que varios me habían tomado por él; pero que en realidad yo era un sujeto recién llegado á París, y que tenía la dicha de que todavía existiera mi padre. Después de estas y otras razones concluí suplicándole que me dijera su nombre; pero ella se levantó, al parecer muy enojada, y salió diciéndome que era inútil que se me diera á conocer, una vez que se había equivocado.

Apenas se fué, mi criado Fermin, que era muy bueno y me amaba, me abrazó exclamando:— ¡Ah señor! ¡Qué bien habéis hecho en no dejaros engañar por esa picarona!— ¿Por qué?— Apenas entró cuando... Yo estaba allí, en la escalera, limpiando el vestido azul, el que tiene botones de nácar. ¿No sabéis?— ¡Sí, hombre, sí; prosigue!— Pues, señor, aquel viejo, que yo creo que es vuestro padre, aunque no queréis decírmelo, vino, y hallándome en la escalera, me dijo:— ¿Estimas á tu amo?— ¡Mucho!— Pues si quieres librarle de un gran peligro, canta en voz alta lo que te diré. Yo obedecí; el anciano me dió un luis, y escapó corriendo.

¿Qué nuevo incidente—dije para mí—será éste, de que he sa-

lido con tanta felicidad? ¿Conque esta mujer es mi enemiga? ¡Este hombre que me sigue á todas partes, de todos se deja ver y conocer menos de mí, que soy, sin duda, el único objeto de sus cuidados! Me llena de beneficios, y los extiende aun á los que me sirven; pero no por eso deja de ser cruel mi estado de incertidumbre. ¿Cuándo se acabará?

Más de un mes pasó sin haber ocurrido novedad alguna, y ya empezaba á tranquilizarme. Mi diversión favorita era el teatro. Fui á la Opera un día de mucha concurrencia. Concluido el espectáculo, salí y tomé el camino de los bulevares, por hacer algún ejercicio antes de volver á mi casa. Vi bastante gente reunida. Estaba conmigo Fermín, que me esperó á la salida del teatro, y le dije:—Vé á informarte de lo que hace allí tanta gente.—Obedeció el criado, y volvió diciéndome que era una señora muy bien puesta que se había desmayado y estaban socorriéndola. En esto se me acercó un hombre furioso y exclamó:—¡Ese es el criado de Lonchamps! ¡Le he conocido! ¿Sois vos su amo?—Yo soy—le respondí.—¡Traidor! ¡Seas el que detesto, ó cualquiera otro, tú ó yo hemos de dejar aquí la vida!

Al punto conocí que era el hombre que me había visitado, y le dije:—¿Qué significa ese arrebato?—¡Voy á perder á mi esposa! ¡Allí, allí está expirando, y tú y los tuyos sois la causa!—¿Yo? ¡Explicaos!—¡No tengo que dar explicaciones!

Eché mano á la espada, y como yo no la llevaba paré sus golpes con el bastón. Al momento nos rodeó un tropel de gente; Fermín se abrazó con mi enemigo, le separó á un lado y le echó en el suelo. Yo, viendo aquella escena, estaba inmóvil, cuando sentí que me ponían disimuladamente un papel en la mano. Qué-dé asombrado, y mucho más al reparar que sólo me rodeaban gentes mal vestidas que habían acudido al ruido. Abrí el papel, y á la luz de un reverbero hallé escrito con lápiz lo siguiente:

«¡Huye! ¡Sube en un coche pajizo que hallarás en el rincón de la calle Grange-Betelière, y serás conducido á parte segura!»

Atónito con este nuevo aviso, quise buscar al que me le había dado, cuando se acercó Fermín apresurado y me dijo:—¡Señor, retirémonos; el viejo del otro día me lo ha encargado!—¿Dónde está?—Se lleva á vuestro contrario, el cual parece que le respeta mucho.

Yo no sabía lo que me pasaba. Fermín me guió, y como á un maniquí me condujo á la calle Grange-Batelière, donde, en efecto, hallamos el coche indicado, que no dudé sería propio de mi invisible, ni que probablemente quería llevarme á su casa y manifestármese allí. Mientras yo reflexionaba esto me dijo el cochero:— Vos sois el que espero: subid pronto y marchemos. Dicho esto abrió la portezuela, me dió el brazo, tomé asiento, Fermín se puso á la trasera, y partió el coche como un rayo.

Acaso, amigos míos, extrañaréis mi confianza, que, en efecto, parece peligrosa; pero yo no dudaba que todo aquello era disposición de mi bienhechor, y por eso procedí con tanta resolución. Advertí que me hicieron atravesar todo París: después me llevaron por mil rodeos, y conociendo que esto era precaución por si me seguían, se me ocurrieron muy tristes reflexiones. ¿Quién soy yo?—dije para mí.—¿En qué he ofendido á los malvados que me persiguen? El hombre bárbaro que me ha asaltado esta noche atribuye á mis parientes y á mí las desgracias de su esposa; mi protector dice que llevo en la frente el sello del deshonor. ¿Qué desdichas son las que rodearon mi cuna? ¿Qué vida de novela es la mía? El bárbaro que quería asesinarme y la mujer desmayada, ¿qué tienen que imputarme? Pero ellos conocen á mi invisible, le manifiestan respeto, y entran juntos en un coche. ¡Qué misterio tan profundo! ¿Cuándo será el día que lo descubra?

Haciendo estas reflexiones y otras aún más amargas, reparé que el coche se detenía á la puerta de una casa de campo aislada, cuyo exterior me era absolutamente desconocido, así como sus inmediaciones. Desmontó el cochero, llamó á la cochera, le abrió, entró, cerró la puerta por dentro y me dejó en el coche. Fermín me abrió la portezuela, y al instante le mandé que se informara de quién era el dueño de la casa en que estábamos. En esto se abrió enteramente la cochera, se presentó el cochero que me había llevado é hizo entrar el coche en un patio muy vasto. Un anciano que parecía ser conserje se presentó también, y con mucha urbanidad me rogó que entrara en una sala baja, donde hallé luz y lumbre. Mi criado quiso salir; pero le encargaron que me hiciese compañía, y estuvimos los dos cerca de una hora sin que nadie apareciese. Entraron luego el anciano y el cochero, dispusieron una mesa muy cómoda y me sirvieron una excelente cena. Les pregunté en qué casa estaba y el nombre de su amo; pero con mucha sumisión me respondieron que tenían orden de no contestar á mis preguntas. Cené, pues; Fermín hizo lo mismo junto á mí, y después de enseñarnos las camas que debíamos ocupar, se retiraron.

Fermín y yo nos mirábamos atónitos: no sabíamos si nos hallábamos en algún sitio encantado. El criado, que ignoraba mis sucesos, empezó á asustarse; y como ya tenía en él mucha confianza, le participé cuanto me había ocurrido. Quedó el pobre mozo tan asombrado, que no podía hablar; pero me prometió secreto y cuanto de él dependiera. Esta conversación nos ocupó bastante tiempo; y apenas la habíamos concluido, cuando oímos entrar un coche, y luego una voz, que conocí que era la de mi invisible, preguntó al conserje:—¿Ha llegado?—Sí, señor.—¡Bueno!

Calló mi invisible, y en vano esperé que se presentara: el profundo silencio que luego reinó en la casa me persuadió de que todos se habían acostado. Yo también me entregué al sueño. Al cabo de algunas horas sentí que me tocaban: me incorporé, y con tono amenazador y resuelto dije:—¿Quién va?—¡Yo soy, Lonchamps; tu amigo, tu protector y tu desdichado pariente!

Era, en efecto, mi invisible.—¿Vos pariente mío?—le dije.—Sí, lo soy; y también tu único apoyo; pues á no ser por mí, mucho tiempo ha que no existirías.—¿Qué decis? ¿Pues quién persigue mi vida?—Dos personas, á las cuales has hecho infelices.—¿Yo? ¿Cómo?—Algún día lo sabrás, y te llenarás de horror: oye ahora, que los momentos son preciosos. Luego irás á ocupar una casa que he alquilado para tí, situada al fin de la calle del Infierno, y es la última á la izquierda; tomarás el nombre de Vertange, y no saldrás hasta que yo te avise.—¡Pero, por Dios, decidme el secreto de...!—Es imposible! Te perderías y aumentarías mis infortunios. Vendrá un tiempo, y acaso no esté distante, en que lo sepas todo. Diez años ha que trabajo en preparar ese feliz instante; pero no ha llegado todavía, aunque no puede tardar. A un tiempo mismo sabrás tus desgracias y tu felicidad, porque serás el hombre más dichoso: entonces te felicitarás por tu sumisión y paciencia. Levántate, despierta á tu criado, y parte al momento.—¡Por compasión, ¡oh vos, á quien oigo con tanto placer!; permitidme contemplar vuestra respetable presencia, concededme que vea un semblante en que, sin duda, están impresas la dulzura y la bondad que os caracterizan!—Todavía no puedo complacerte: algún día sabrás los motivos. ¡Adiós, adiós, querido Lonchamps! ¡Parte antes de que amanezca, si quieres complacerme; y sobre todo, guárdate de hacer preguntas á mis criados, pues te expones, y nada sabrás! ¡Abraza á tu protector, y cuenta siempre con él!

Abracé á aquel hombre admirable que me imponía respeto y silencio; no tuve valor para decirle más, y le oí cerrar tras sí la puerta de la sala en que me hallaba. Muy poco después entró el conserje con la luz, y me dijo que el coche estaba ya aguardando. Resignado á cumplir hasta los más leves mandatos de mi protector, que se me hacía invisible más que nunca, me vestí; y lo mismo hizo Fermín, que lo había oído todo y no tuvo valor para moverse durante nuestra conversación. No sin admiración hallé sobre mi cama un saco de dinero, con esta inscripción: *Regalo hecho á la docilidad*. Lo tomé, y juntamente con Fermín ocupé el coche. Todavía estaba demasiado oscuro para que yo pudiera distinguir los objetos. El cochero, con toda cautela, dió mil vueltas y revueltas; luego entramos en París, que atravesamos al amanecer, y llegamos al principio de la calle del Infierno, donde nos hizo apearnos el cochero, diciendo que tenía

orden para no llevarnos más adelante. Quise gratificarle; pero nada admitió, y salió á responderme una mujer, á quien dije: —¿No es ésta la habitación destinada á M. de Vertange?—Sí, señor, aquí es; y apuesto á que vos sois el que viene á ocuparla. —¿En qué lo conocéis?—En que me han dado muy bien vuestras señas, y en que os parecéis mucho al anciano que ha venido á ajustar la casa, pagando medio año adelantado. La habitación es bonita y muy bien amueblada: creo que os hallaréis contento. Venid, y la veréis toda.

En efecto: la casa me pareció como la mujer me la había pintado. Luego que hube descansado un rato envié á Fermín á recoger todos mis efectos, que había dejado en la habitación de la calle de Montmartre, donde con mi firma se lo entregaron todo. Viví algunos meses tranquilo en aquel nuevo asilo. Salía muy poco, siempre de noche, y ya me creía libre de la persecución de mis enemigos, cuando una nueva desgracia me puso á discreción de éstos. Ya he dicho que en mi el teatro era la pasión dominante; pero hacía mucho tiempo que no disfrutaba de este placer. Como las noches eran tan largas, creí que nada arriesgaba saliendo y volviendo de noche á mi casa. Una de ellas dije á mi criado que se quedase en casa y que me esperase en ella; y como la noche estaba muy oscura, me determiné á ir á la Comedia. Tomé un billete, y me puse en el rincón más apartado del teatro. Por casualidad un ratero se había colocado junto á mí. Quiso robarme; mas le cogí con la mano metida en mi faltriquera, por lo cual no pude menos de exclamar:—¡Ah, pícaro ladrón!—Quiso escaparse, pero yo le sujeté; el ruido llamó hacia nosotros toda la atención de la concurrencia; llegó la guardia, se apoderó del ladrón, y me mandaron que los siguiese para prestar declaración. Efectuóse ésto en el cuerpo de guardia, y concluida, volví á entrar en el teatro, donde ocupé diverso sitio, porque el anterior lo estaba por otro. No dejé después de conocer la imprudencia que había cometido haciéndome notar de todo el mundo.—Pero terrible casualidad será—dije para mí—que mis enemigos estén hoy en este teatro, cuando no he venido en tanto tiempo. Sin embargo de esta reflexión, me propuse tomar un fiacre al salir; pero me costó mucho trabajo, porque llovía y todos buscaban carruaje. Al cabo pude apoderarme de uno. No quise decir en alta voz al cochero el lugar de mi domicilio, porque mi intención era hacerle rodear un poco por las calles para despistar á los que pudieran seguirme, y le mandé que se encaminase á la calle de San Florentín. Obedeció el cochero; mas á breve rato noté que el fiacre se paró, el cochero desmontó y me dijo que no podía proseguir, porque los dos caballos se habían desherrado, y uno de ellos estaba muy enfermo. Conocí que no era verdad lo que decía, y así, le amenacé,

le rogué; pero en vano. Al fin, cansado de su obstinación, bajé del fiacre, decidido á castigar al cochero, cuando dos ó tres hombres á quienes no había visto y que estaban á la trasera del fiacre, se arrojaron furiosos sobre mí y me metieron dentro de una casa. Clamé; pero en vano: quise usar del bastón, única arma que tenía, y me lo quitaron, asegurándome que no era su intento hacerme mal, sino únicamente que hablase con los señores de la casa.—¿Dónde están?—pregunté.—¡Subid!—me contestaron.

Acompañáronme aquellos hombres, y entré en una sala, donde vi al hombre alto y seco y á la mujer de la fingida restitución.—¡Infames!—les dije.—¿Qué queréis de mí después de haber seducido á mi cochero para esta maldad? ¿Queréis mi vida? ¡Pues la venderé bien cara!—Sólo os pedimos—dijo el hombre—una confesión sencilla y verdadera.—¡Aunque tuviera que hacerla, vuestra bárbara violencia me empeñaría en el silencio!—¡Monstruo!—dijo la mujer con furibundos ojos y sacando una pistola.—¡Habla, declara, ó, de no hacerlo, soy capaz de abra-sarte las entrañas!—¡Horrorosa persecución! ¿Qué queréis que os diga? Yo no puedo hacer más que repetiros lo que os dije á cada uno cuando fuisteis separadamente á visitarme con falsas suposiciones. Estáis empeñados en que yo sea el Lonchamps á quien detestáis, no sé por qué, y ya os he dicho, y lo repito, que yo soy de una familia que ninguna relación tiene con vosotros.—Siendo así, ¿por qué cada día estáis mudándoos de habitación? ¿Por qué os ocultáis con tanto cuidado? Sin duda, alguien os aconseja y obliga á callar la verdad. ¿No sois hijo del Lonchamps que murió en París hace diez años, y la víspera de su muerte quemó todos sus papeles? Esos, esos papeles principalmente necesitamos saber si se quemaron todos, pues sospechamos que preservasteis de las llamas y poseéis los más preciosos, de los cuales depende el honor de nuestra familia. Si tenéis esas horribles pruebas del crimen más atroz, si están en vuestro poder, entregádnoslas, y hallaréis en nosotros unos parientes afectuosos, en vez de implacables enemigos.—¿Conque sois parientes míos?

Casi iba á descubrirme haciendo mil preguntas indiscretas, cuando reflexioné que aquellas gentes podían suponer cualquier mentira con ánimo de sondearme; y no hice más que repetir que no conocía en París pariente alguno.—No quiere declarar—dijo el hombre; y la mujer añadió:—M. de Lerval es quien le aconseja y protege.—¿Mi tío? ¡No es posible!—¡Ya es forzoso acudir al último recurso!

Al oír esto me estremecí, y mucho más cuando me hicieron entrar en una gran sala entapizada de negro. En medio había una gran tumba, y alrededor, colgados, varios retratos, entre los

cuales vi el de mi madre, que conocí por su semejanza con el que me había dado en miniatura mi invisible.—Ved á vuestra madre—dijo el hombre.—¿Podréis desconocerla? (*Nada respondió.*) ¿Podréis no reconocer en este otro retrato á vuestro padre? (*Lo era, en efecto, pero prosegui callando.*) ¿Y no veis en éste á M. de Lerval, vuestro tío?

Este último retrato era de un anciano cuyas facciones se asemejaban mucho á las mías, y desde luego conocí que era mi protector. Estuve mirándole silenciosamente, hasta que el hombre prosiguió:—¿No conocéis á todas estas personas? ¿Pues de qué sirve callar? ¡Os aseguro que no saldréis de aquí sin jurar primero que nos entregaréis los papeles que habéis hallado en casa de vuestro padre, y cuya continua lectura era el tormento de su vida!

¡Qué terrible situación la mía! Impelido de una parte por el deseo de conocer los secretos de mi familia, que allí podían revelarme, y sometido por otra ciegamente al plan de conducta que me había prescrito el invisible M. de Lerval, no sabía qué partido tomar. ¿Qué había de hacer? Mi confesión estaba ya casi en mis labios, y tal vez me habría perdido, si mis dos contrarios no hubiesen oído en el cuarto contiguo una voz que los intimidó. Aquella voz era la de mi favorecedor, que sin duda decía á algún criado de confianza:—¿Pero es posible que tengan tan poco juicio? ¿Conque no dejarán en paz á nadie que se apellide del mismo modo? ¡Ya les he dicho que el Lonchamps á quien buscan hace años que murió en nuestras colonias!

Después de estas palabras, pronunciadas con fuerza, se abrió una puerta, y yo esperaba ver entrar á M. de Lerval, lo cual deseaba ardientemente; pero me engañó el deseo, pues sólo entró un criado muy viejo, que en alta voz dijo á sus amos:— M. de Lerval quiere hablaros á los dos en secreto.

Siguieron aquellos tigres al criado, y yo me quedé sólo en aquel fúnebre lugar, iluminado por una lámpara verdaderamente sepulcral. La tumba y los retratos fijaron mi atención, particularmente el de M. de Lerval, que era mi tío, y sin duda lo era también de mis crueles enemigos. Ya comenzaba á descubrirse un poco el misterio, impenetrable hasta entonces: acababa de correrse una pequeña parte del velo que me ocultaba los secretos de mi familia; pero ignoraba todavía los motivos que animaban contra mí á aquellas perversas gentes. Aun en el supuesto de que yo poseyera los papeles que pedían y que habían sido el continuo martirio de mi padre, ¿qué interés podían tener en quitármelos, y de qué era yo culpable para con ellos? En fin —decía yo, — puede que vuelvan con M. de Lerval: sin duda toco ya en el desenlace de este maravilloso suceso. ¡Vana esperanza! Al cabo de una hora se me presentó el anciano criado, y

me dijo que podía retirarme.—Pues qué, ¿no veré?...—Esa es la orden que me han dado: no puedo deciros más.

Conocí que desagradaría á mi bienhechor si hacía preguntas, y hallando las puertas libres, salí á la calle, donde vi los mismos cochero y coche que me habían conducido á la casa de campo de mi invisible. — Subid, señor — me dijo el cochero, — y os llevaré á vuestra casa. — Acepté el ofrecimiento y volví á mi casa, donde hallé á mi pobre Fermín desesperado por mi tardanza. Le referí este último lance, y me aconsejó que no saliera hasta tener para ello orden expresa de mi tío. Poco tardé en recibir un billete, donde me decía:

«Amado sobrino (porque ya sabes quién soy): Con mucha alegría te participo que tus desgracias van á terminarse. No tardarás en verme, y lo sabrás todo. Mañana á las doce en punto irás á misa á los Carmelitas de la calle de Vaugirard, donde verás á una joven vestida de blanco y acompañada por una anciana en traje de luto. Hazte cargo de ella; pero no le hables. Pronto sabrás mis intenciones.»

Cumplí á la letra lo prevenido en el papel; pero no encontré en el sitio indicado á la joven que esperaba. Ya iba á retirarme de muy mal humor, cuando, efectivamente, vi entrar á una señorita como de diez y siete años, sobre poco más ó menos, con su criada vestida de luto. La seguí sin afectación, la miré mucho, y observé que ella también me miraba con atención. Salí de la iglesia; yo la fui siguiendo un rato, y reparé que se volvió á mirarme repetidas veces, hablando al mismo tiempo misteriosamente con la criada. Bien podía haberla seguido hasta ver dónde paraban; pero me pareció mejor echar por otro lado y retirarme á mi casa, donde esperé con impaciencia la explicación de aquella aventura. Recibí un nuevo billete de mi tío, que me preguntaba qué tal me parecía la señorita que había visto y si mi corazón se hallaba libre. Respondí que, ocupado hasta entonces con mis infortunios, no había tenido gusto ni tiempo para pensar en amores; que me hallaba con plena libertad de corazón, y que si alguna persona podía triunfar de mi indiferencia sería, seguramente, la amable señorita que había fijado mi atención en el Carmen.

Entregué esta contestación al que me había llevado el billete, y apenas se fué, dije para mí:—Yo creo que todo esto se reduce á que me case; mas no consentiré en ello hasta que me expliquen el enigma que tantos años hace me atormenta. Pero ¿acaso presumiré que mi tío, que me ha dado tantas pruebas de ternura, quiera ligarme con las cadenas de himeneo sin quebrantar antes las de las desgracias que me esclavizan? Mi tío es demasiado prudente y experimentado para obligarme ligeramente á hacer una cosa de la cual depende toda mi dicha. Esperaré, pues, sin

olvidar nunca que me ha encargado tener confianza ciega, sumisión y docilidad.

Por fin, dos meses después llegó el tan deseado momento que debía fijar mi destino. Una mañana que me disponía á escribir varias observaciones que había hecho acerca de diferentes libros científicos que continuamente leía, quedé atónito viendo entrar en mi cuarto al cochero de mi tío que me había conducido á la casa de campo.—Señor—me dijo,—de parte de vuestro tío vengo á llevaros. Pero antes es preciso que os sirváis recoger todo cuanto fuere vuestro, porque no volveréis aquí.—¿Pues adónde me lleváis?—Nada temáis: os espera una dicha superior á vuestra imaginación.—¿Cómo? ¡Explicadme!... — Os suplico que no me hagáis pregunta alguna, pues no podré contestaros: el tiempo os dará á conocer lo justo de mi reserva y la fidelidad de un criado que ama cordialmente á su amo.

En efecto; aquel cochero tenía una fisonomía tan franca, que anunciaba una completa probidad. Cuando todo estuvo arreglado llamé á la mujer que me había asistido, y me despedí de ella recompensándola liberalmente. Encontré á la puerta el coche pajizo, subí en él con Fermín, y el coche partió como un rayo. Vi que salíamos de Paris, y al cabo de algún tiempo reconocí la aldea de Bagneux, que atravesamos, y al lado opuesto la casa de campo de mi tío, en la cual paró. Mi corazón sintió una extraordinaria alegría, porque pensé que iba á habitar en aquella casa, donde ya antes había estado, y á conocer en ella al respetable anciano cuyas facciones, aunque sólo las había visto pintadas, estaban profundamente grabadas en mi corazón. Me apeé, me recibió el viejo conserje y me hizo entrar en la misma sala que antes había ocupado. Pregunté por mi tío, y me respondieron que sólo en mí consistía verle prontamente.—Pues si sólo consiste en mí, decidme: ¿qué debo hacer? — Pronto lo sabréis.—Llevó Fermín todos mis efectos á la misma estancia, donde me sirvieron un excelente almuerzo, de que también participó mi criado, el cual me dijo al oído:—¡Animo, señor; toda la casa está en movimiento, y creo que os preparan alguna gran función!

Aunque admirado de la ausencia de mi tío, almorcé con buen apetito; después se presentó el conserje, y me dijo que le siguiera. Hicelo, y, con gran admiración mía, me llevó á una estancia muy separada del cuerpo principal de la casa, abrió una puerta, y entré con él en un oratorio, donde hallé á un sacerdote revistiéndose para decir misa. Fermín, que también me había seguido, se quedó hecho una estatua. Mientras yo examinaba á varias personas desconocidas sentadas en dos bancos que había en el oratorio, por si entre ellas distinguía á mi tío, el sacerdote, dirigiéndose á mí, me dijo: — Caballero, ¿estáis dispuesto á

seguir enteramente la voluntad de vuestro tío?—¿Podiera hacer otra cosa, después de tan repetidas bondades como le debo?—Pues sabed que sois amado por una joven que sólo una vez os ha visto, y vuestro tío desea que sea esposa vuestra.—¿Es posible?—Yo, señor, sólo he venido aquí para daros la bendición nupcial, con las licencias correspondientes.—A la verdad, casarse sin saber con quién, es una cosa...—Obraréis según mejor os parezca.—¡Ah! ¡Ya adivino quién es esa señorita; y, á la verdad, sería preciso tener un corazón de hielo para no amarla!—Siendo así, preparaos á la piadosa ceremonia que va á celebrarse.—Pero... —En eso consiste que hoy mismo acaben todos vuestros males.—¿Y sabré?...—¡Todo!—¿Y mi tío?—¡Ya le veréis!—¿Cómo no está aquí?—Sed dócil, y se correrá enteramente el velo que tanto afán tenéis de alzar.

Iba á añadir otras preguntas que manifestaran mi curiosidad é incertidumbre, cuando la joven con quien querían casarme de un modo tan raro se presentó con la misma criada que la había acompañado en el Carmen. Estaba vestida sin ostentación, pero con la mayor elegancia y decencia. Añadid á esto una figura bellísima, una modestia encantadora y el virginal pudor coloreando su hermoso rostro; en una palabra, figuraos la mujer más perfecta de la Tierra, y tendréis una idea exacta de aquella joven maravillosa. Enmudecí de admiración, y no pensé más que en la felicidad de poseer tantas gracias: ni aun tuve la curiosidad de preguntar su nombre.—¡Ah, señor!—dije al sacerdote.—¡Estoy pronto á contraer el lazo eterno: el premio de mi sumisión es muy lisonjero! Entonces el sacerdote, dirigiéndose á la joven, le dijo:—Señorita, ¿estáis conforme en recibir por esposo vuestro á este caballero?—Mi obligación sobra para hacerme obediente; pero debo confesar que mi corazón me hace conocer un sentimiento nuevo, que hará, sin duda, feliz mi obediencia.

Me dejó embelesado esta respuesta, tierna al paso que discreta. Nos arrodillamos junto al altar, y el sacerdote formalizó la ceremonia. Apenas pronunciamos el sí irrevocable, cuando se abrió una puerta y salió por ella un anciano, que al instante conocí que era mi tío. Corrió hacia mí, y estrechándome en sus brazos exclamó:—¡Por fin, ya no soy invisible á tus ojos! ¡Podemos vernos libremente uno á otro! ¡Ven, amado Lonchamps; abraza nuevamente á tu padre!—¿A mi padre?—¡Hoy has llegado á ser hijo mío casándote con mi hija!—¿Con vuestra hija? ¡Oh felicidad!—¡Sí, amigo mío! ¡Ved aquí descubierta una parte de mis secretos. Mi amada Lucía es la que acabas de recibir por esposa. Dime: ¿era posible hacerte un regalo más precioso y darte mayor prueba de mi ternura?—¿Cómo he podido merecerla?—A fuerza de docilidad y de paciencia en tus infortunios, que desde este punto finalizan, porque este matrimonio te recon

cilia para siempre con tus enemigos.—Pero ¿por qué...?—Acabemos lo principal: luego te contaré la historia más rara, y sabrás por qué he observado contigo tan extraordinaria conducta, de la cual, aunque fatigosa, quedo enteramente recompensado.

Rebosando alegría se puso M. de Lerval á mi lado; el sacerdote dijo la misa, y cuando ya estuvo todo concluido abracé á mi tío, á Fermín, al conserje, á todos. Luego pasamos á una sala, donde entraron recado de los esposos Dercour, que iban á ver á mi tío. Este me hizo entrar en un gabinete inmediato, diciéndome:—Esta es la última experiencia de tu docilidad: te presentarás cuando yo te avise.

Entré, pues, en el gabinete, desde donde podía oír y ver cuanto pasaba. Entraron los esposos Dercour, en quienes reconocí á mis perseguidores.—Perdonad, tío—dijo M. Dercour,—si venimos tan tarde, porque nos han detenido negocios importantes. ¿Se ha celebrado ya la ceremonia? ¿Está casada mi prima?—Sí, señor; y os confieso que admiro el poco interés que habéis manifestado en asistir á un acto en que consiste su felicidad.—¡Pero, señor — dijo madame Dercour,— habéis hecho tal misterio en ocultar al esposo de Lucía! Entre parientes creo que debe haber más confianza. Ignoramos absolutamente quién es el dichoso; pero, pues le habéis elegido para yerno, sin duda será digno de toda nuestra estimación.—Sin duda, un hombre á quien he creído digno de ser esposo de mi hija debe merecer vuestro afecto. ¡Bastante infeliz ha sido, y vosotros habéis tenido la culpa! — ¿Nosotros? — ¡Vosotros! Es cierto que yo también le aborrecí desde que nació; pero después la edad, la experiencia, la razón y sus cualidades morales han desvanecido en mí un odio injusto. Sin dejar de ser fiel al juramento que hice á vuestro desdichado padre, he sabido conciliar la fe del juramento y la indignación que me inspiraban tantas desgracias, con la justicia, la delicadeza y la sensibilidad. En una palabra, he confundido todo el odio en un lazo que debe sofocar tan funesta pasión, adoptando por hijo á ese joven aborrecido, que ahora debe ser amigo vuestro.—Ese modo de hablar... ¿Qué debemos pensar?—Que el Lonchamps á quien tanto habéis detestado no ha muerto en nuestras colonias, como yo os he dicho; que vuestras sospechas acerca del que habéis perseguido eran fundadas; que sin cesar he procurado destruirlas, temiendo que os arrojaseis á algún atroz exceso, y en fin, que ese primo vuestro y objeto infeliz de vuestro enojo es hoy esposo de mi hija. — Qué oigo? — ¡Preséntate, hijo mío: ven á hacer la paz con dos parientes injustos, que te amarían si te conociesen tan á fondo como yo.

Salí del gabinete, y al verme los esposos Dercour se turbaron, perdieron el color y no se atrevían á mirarme. — Ignoro — les dije — los motivos que me han acarreado vuestro odio, pues, al

parecer, me aborrecéis desde la cuna sin haberlo merecido. La Providencia, que nunca abandona á los inocentes, me ha proporcionado la protección del hombre más generoso, á quien debo el no haber caído en los lazos que me habéis tendido y el no verme en adelante expuesto á vuestro furor. Mucho más le debo aún, pues mucho más es el haberme hecho dueño de tan digna esposa. Espero de vuestra justicia que me hagáis conocer los agravios para repararlos, ó que desde este punto olvidéis cualquier motivo de resentimiento, como yo olvidaré mis justas quejas. Miradme como pariente y amigo vuestro, ó huid de mí para siempre: si no puedo atraerme vuestro afecto, soy muy capaz de contrastar vuestra enemistad.—Pero, señor, los papeles...—Esos papeles que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dejado. Y cuando los tuviera, ¿no está tan interesado actualmente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo más, sino que Lonchamps es mi hijo: ved si queréis, siendo enemigos suyos, perder mi afecto y exponeros á todas las consecuencias de mi indignación. ¡Ya me entendéis: responded!

Pronunció M. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecerse á aquellos malvados. Se miraron, y luego, acercándose á mí, me abrazaron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no nos dejamos alucinar por su hipocresía, pues se veían precisados á conducirse así por lo que luego sabréis; pero se portaron bastante bien todo aquel día, que pasé en regocijos hablando con mi esposa, en la cual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmieron aquella noche en nuestra casa, y á la mañana siguiente M. de Lerval les enseñó una escritura que había hecho algunos días antes, por la cual les cedía la cuarta parte de sus bienes, otra igual á mi esposa, reservándose él la mitad por los días de su vida, pasados los cuales, nos dejaba por herederos. Mis dos perversos primos se retiraron muy satisfechos de aquella disposición; y debo confesar que, aunque los he tratado muy poco, nunca después he experimentado mal proceder de su parte.

Permanecimos algunos días en la casa de campo, y volvimos á París, donde M. de Lerval nos dió habitación en su misma casa. Hace seis meses, amigos míos, que soy feliz esposo, y dentro de cuatro espero ser padre. ¡Juzgad cuál será mi alegría!

Calló M. de Lonchamps, y los hijos de Palemón abrazaron á aquel anciano, que les inspiraba una especie de respeto que algo tenía de terror. Para disiparle enteramente era preciso saber sus aventuras, y esto había de descubrirse á la tarde siguiente.





TARDE LII

EL FALSO HONOR

De este mundo en la Babel,
El siervo, como el señor,
Todos aman el honor,
Todos suspiran por él.
Hayle falso, de oropel
Muy hermoso en apariencia;
Y de divina excelencia,
Puro, que de Dios procede.
Protesta del que no cede
Al fallo de la conciencia.

Continúa la historia del hombre invisible.

Sentados al día siguiente bajo el emparrado, M. de Lerval empezó su narración de esta manera:

—Hasta ayer, buen Palemón, no os conocía más que por los clogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto, y os amo: es decir, que en adelante podéis considerarme como un amigo fiel y sincero. Sólo me habéis conocido por una relación que tal vez no me hacía demasiado honor; y cuando Lonchamps en el anterior estío os contó una parte de sus desgracias, debis-

teis de mirar al hombre invisible que le seguía por todas partes y le prescribía los preceptos más extravagantes, como á un loco que ejecuta sus disparatadas ideas, inspiradas en su poco juicio. Ahora sabréis los motivos que me han impelido á obrar así.

Soy el menor de tres hijos que dejó mi padre, uno de los hombres más ricos y condecorados de Francia. Quedamos huérfanos, y mi hermano mayor, que ya tenía veinticinco años, entró á gobernar la familia y fué declarado tutor nuestro. Tenía yo diez años, y quince mi hermana Amelia, joven llena de hermosura y de las habilidades que se adquieren con una educación esmerada. Era muy amable, pero al mismo tiempo muy tímida. Amelia y yo nos amábamos tiernamente; mas no sucedía lo mismo con nuestro hermano, que nos detestaba, no obstante que nosotros le correspondíamos harto bien, porque el temor y la sumisión más ciega á su voluntad eran los únicos sentimientos que había sabido inspirarnos. A los treinta años ya se había casado, y tenía dos hijos: abusaba del imperio que tenía sobre nosotros, y éramos miserables víctimas de su despotismo. Vivimos con él hasta nuestra mayor edad, época en la cual nos entregó la parte de herencia que dijo nos pertenecía. Deslinières (así se llamaba mi hermano, que había tomado el título de una hacienda suya) no había querido casar á Amelia, y esto por razón de interés, pues estaba dominado por una insaciable codicia. Murió su hijo; pero quedó con una niña de diez y ocho meses: esperaba, sin duda, tener más hijos, y, sin embargo de que podía dejarlos ricos, todavía anhelaba apoderarse de los bienes de Amelia, á quien quería obligar al celibato. Acaso esperaba también heredar mi parte. Tenía una mujer aún más mala y más avarienta que él, la cual cuando se casó con mi hermano era viuda de un militar llamado M. Dercour, y tenía un sobrino de nueve años que se criaba á su lado en casa de mi hermano. Se había propuesto casar á este muchacho con la hija de Deslinières, y deseaba reunir en su casa todos los bienes de nuestra familia.

Yo, joven de veintiséis años y dedicado á la carrera de las armas, corría de guarnición en guarnición sin domicilio fijo. Amelia, libre del yugo de su hermano y de las impertinencias de su cuñada, habitaba una hacienda en las inmediaciones de París, y mi hermano con toda su familia residía en la capital. Os he dicho que Amelia tenía un excelente corazón; pero su razón no era de las más firmes, y á veces parecía demente. Temblaba sólo al oír el nombre de su hermano ó de su cuñada, y, por lo tanto, aunque al parecer era independiente, estaba tan sometida á su voluntad, que hasta las visitas que había de recibir le prescribían; y tan luego como se presentaba un pretendiente á su mano, procuraban despedirlo.

Sin embargo, su corazón estaba preparado al amor, y aun amaba en secreto ya hacía algunos años. Tenía en su casa un mayordomo llamado Santbon, de familia noble y que había sido rica, pero que después había decaído. Quedó huérfano desde muy niño, se dedicó á la agricultura, y como tampoco tenía mérito personal, Deslinières había creído que no contrariaría sus miras respecto al forzado celibato de Amelia; pero su conversación era sumamente agradable, y la joven se había acostumbrado á ella en términos que no acertaba á estar un momento sin él. Santbon, que por su parte estaba prendado del mérito de Amelia, y aun no se le ocultaba la docilidad de su juicio, veía con dolor la despótica conducta de Deslinières y de su mujer, y deseaba aliviar la suerte de aquella desventurada. Ambos se amaban; pero el uno por delicadeza y la otra por pudor, se ocultaban mutuamente sus sentimientos.

Una mañana de primavera paseaban juntos Amelia y Santbon por los jardines de su quinta: llamó la atención de Amelia un puente chinesco que aquél, para sorprenderla, había hecho colocar la noche anterior sobre un riachuelo que por allí atravesaba. Quiso estrenarle; pero como el puente no estaba firme, cayó en el río: perdió el sentido, y al volver en sí se encontró en la hierba de la ribera. Volvió los ojos, y vió á Santbon sin sentido y derramando sangre por una herida que en la frente se había hecho al tiempo de arrojarse al agua para sacar á su ama.

A las voces que ella dió acudieron los criados, contuvieron la sangre, condujeron al herido al lecho y llamaron para asistirle á los cirujanos más expertos del país. No confió Amelia la asistencia de su mayordomo á los demás criados. Pasaba los días y las noches á su cabecera suministrándole por su mano los alimentos y las medicinas y condoliéndose de sus padecimientos. Aquella asiduidad dió á conocer á Santbon que era amado, y no tardaron mucho en declararse el uno al otro su pasión.

El término que ésta debía tener en dos personas pundonorosas no podía ser otro que el matrimonio. En vano opuso Santbon los inconvenientes de la desigualdad de clases y las miras interesadas de los Deslinières. — Casémonos secretamente — dijo Amelia, — y luego, que se sepa. Si mi hermano y su mujer quieren tratarme como hasta aquí, ¡desgraciado del que se me oponga! ¡Le despedazaré el corazón! Efectivamente, se extendieron las capitulaciones, en las cuales, en el caso de fallecer sin sucesión Amelia, cedía todos los bienes á su esposo, y reunidos los documentos y licencias necesarios, se celebró secretamente el desposorio.

Todo fué felicidad para ellos durante algunos meses. Por aquel tiempo obtuve yo licencia para ir á mi casa, y fui desde luego á

ver á mi hermano mayor, el cual, como su mujer, me recibió con su orgullo acostumbrado. Supe por ellos mismos que estaban sumamente contentos de la sumisión de mi hermana. Fui á ver seguidamente á Amelia, y la encontré tan tierna, tan afectuosa conmigo como siempre. Cuando estuvimos solos me reveló su casamiento secreto, y sentí tanto aquel suceso, que cuando me presentó á su esposo le saludé con frialdad: él hizo lo mismo conmigo, y nos despedimos sin abrazarnos y sin darnos el dulce título de hermanos.

No era yo capaz de revelar el secreto de mi hermana; pero una criada, á quien Santbon había reconvenido severamente por varios defectos graves, concibió y llevó á cabo el designio de perder á los dos esposos. Se salió de la casa, fué á la de los Deslinières, y les descubrió el secreto del matrimonio de Amelia con Santbon.

Enfurecidos con semejante noticia, al siguiente día fueron á casa de su hermana, llenaron de improperios á ambos esposos, y cuando Santbon quiso hacer valer sus derechos de marido y dueño de la casa para hacer salir de ella á los Deslinières y que dejasen de insultarlos, estos últimos dijeron que el que tenía que salir de allí era Santbon; que la escritura matrimonial era falsa; el sacerdote que los había unido, un impostor; los testigos, gentes sobornadas, y el matrimonio, en fin, no había sido más que una apariencia de sacramento. Por último, Santbon se revistió de toda la energía de que era capaz y consiguió hacer salir de allí á mis pérfidos hermanos, los cuales, al marcharse, intimaron á Amelia la orden de despedir á Santbon, pues su matrimonio era falso y simulado.

Consternados quedaron los dos esposos: Amelia se creía ya separada de su marido y encerrada en una prisión por toda su vida; lo cual la hizo caer en una especie de delirio que la hacía decir mil despropósitos. Apesadumbrado estaba Santbon por la debilidad del juicio de su esposa, y temiendo ambos un porvenir lleno de pesares y sobresaltos, tanto más terribles cuanto que mi hermana se hallaba encinta ya hacía algunos meses. Llegué yo en aquel momento, y aunque no me asomé del atrevimiento de los Deslinières, cuya perfidia conocía, temí el peligro en que Amelia y su esposo se encontraban. Procuré tranquilizarla, y les prometí ponerme de su parte para contrariar los inicuos planes de mi hermano mayor. Mientras yo acompañaba á Amelia, Santbon fué á consultar con su letrado, el cual le dijo que su matrimonio era válido, como también la escritura, y que ningún requisito le faltaba por donde pudiese adolecer de nulidad.

Fui á París al siguiente día, y encontré á Deslinières solo en casa. Me habló del casamiento de Amelia, y se admiró de que

ya estuviese yo enterado de él, y mucho más de que no me pusiera de su parte para perseguir á los dos esposos. Me habló con imperio, me amenazó; pero yo le contesté con dignidad y energía que no creía encontrar en mí, diciéndole que de ningún modo contase conmigo para atormentar á mi hermana y á su marido. Todo lo contrario; me pondría de parte de ellos para defenderlos.

En esto entró madame Deslinières, y dejándose caer en un sofá, manifestó que, según el parecer de los jurisconsultos, el acto era válido, y que el único medio que había de lograr sus fines consistía en encerrar á mi hermana como loca. — ¡Qué horror! — exclamé yo. Al oír estas palabras la Deslinières comprendió que no era de su partido, y se desató contra mí en injurias, que desprecié, retirándome á desempeñar varias negociaciones relativas á mi regimiento, de que venía encargado, en las cuales ocupé algún tiempo. Durante él trascurrieron sucesos que estaba yo muy distante de prever.

Dos días emplearon los Deslinières consultando abogados, y sus pareceres fueron en todo uniformes y favorables á Amelia. Imploraron la protección de los amigos, acudieron á los tribunales, y nadie se prestó á sus inícuos proyectos. Viendo ya que todos sus esfuerzos por las vías legales eran inútiles, acudieron á un ardid que por de pronto surtió todo el efecto que deseaban. Deslinières falsificó una orden de uno de los primeros magistrados, y desfigurándose el rostro con supuestas cicatrices, cubriéndose con una peluca la cabeza en forma que era imposible conocerle, se vistió de comisario de policía; sobornó á media docena de hombres perdidos, y vistiéndolos de alguaciles y soldados, protegidos por la oscuridad de la noche, se dirigieron á casa de Amelia, donde, tomando la voz del rey, hizo que le abriesen las puertas. Llegados al cuarto de Santbon y de Amelia, mostraron la supuesta orden. Aquél clamó contra la impostura con que había sido obtenida, quiso valerse de la fuerza para rechazar la agresión, y disparó las pistolas contra el supuesto comisario; pero no dieron fuego. Amelia por su parte hacía mil extravagantes extremos que evidenciaban su locura y desesperaban á su esposo. Por último, se apoderaron de los dos fingidos esbirros: el comisario se llevó á mi hermana, y los demás á Santbon, á quien soltaron cuando vieron que el coche estaba muy distante.

A la mañana siguiente me hallaba yo en mi cuarto muy ajeno de pensar en lo que había ocurrido y creyendo que todo seguiría el curso ordinario, cuando se presentó á mí el desdichado Santbon traspassado de dolor y me refirió los sucesos de aquella infausta noche. Lo peor de todo era que se ignoraba el paradero de mi hermana, porque no podían efectuar diligencias en su

favor. Cuantas hicimos por descubrirla fueron en vano, porque mi hermano mayor, á cuya casa me dirigí, se me negó, mi cuñada no quiso recibirme y en la superintendencia de policia me manifestaron que ninguna noticia tenían de aquel asunto. ¿Quién, pues, había dado la orden de arresto contra la infeliz Amelia?

Volví á casa, participé al infeliz Santbon la inutilidad de mis investigaciones y le hallé en tal estado de dolor, de enajenación puede decirse, que me hizo derramar lágrimas. Por último, le aconsejé que se retirara á su casa, que sólo distaba media legua de Paris, donde acaso Amelia le enviaria algún mensaje, y pareciéndole bien mi consejo, se retiró.

Era ya tarde, y Palemón interrumpió á M. de Lerval, quedando aplazada la conclusión de esta interesante historia para la tarde siguiente.





TARDE LIII Y ÚLTIMA

EL PROTECTOR

Tu gratitud significa
Prodigándole tu amor
Al constante protector
Que por ti se sacrifica.
Quien á tu bien se dedica
Con noble desinterés
Y á ser un padre le ves
Dispuesto siempre contigo,
Ese tu mejor amigo
Y tu providencia es.

Reunida la interesante familia en la tarde siguiente, continuó M. de Lerval su historia en estos términos:

Fin de la historia del hombre invisible.

Poco después de volver Santbon á su casa se presentó á él un demandadero del convento de Santa Aurea con una carta de Amelia, que decia así:

«Sin duda, amado esposo, derramas tantas lágrimas como yo. Sabe que los bárbaros que me arrebataron de tu lado me han traído á Paris, sin hablarme una palabra en todo el camino;

luego me han depositado en el convento de Santa Áurea, calle de Postas, cerca de la Estrapada, especie de prisión destinada para mujeres de vida sospechosa é insensatas, que deben permanecer aquí el resto de sus días. Nada sé aún de este convento. No he tenido tiempo más que para pensar en ti y escribirte esto poco, que confío á un hombre que la casualidad me ha presentado, y á quien recompensarás generosamente. ¡Ay! Aquí no puedes verme ni hablarme, pues tú solo eres exceptuado de lo que á todos los demás se permite. Trabaja por mi libertad, y cuenta siempre con mi firme amor.»

El conductor de esta carta, agradecido á la generosa recompensa que recibió de Santbon, le ofreció sus servicios; y, en efecto, se encargó de otra para Amelia, en que su esposo le prometía hacer lo posible por obtener su libertad.

Despedido el demandadero, fué Santbon á darme noticias del paradero de Amelia, y yo le aconsejé, conociendo la perfidia de Deslinières, que mudase de domicilio y no volviera á su casa sino muy raras veces, y que para seguir la comunicación con Amelia se viese con el demandadero en parajes ocultos y horas desusadas, lo cual ejecutó con puntualidad, y de este modo siguieron su secreta correspondencia.

Seguidamente fuí á casa de mi hermano, y con las más amargas expresiones reprendí su proceder, logrando que tanto él como su mujer me tratasen con la mayor altanería. Me dirigí adonde estaba mi hermana, y diciendo quién era, me permitieron verla. Dijo tantas necedades, que llegué á persuadirme de que había perdido el juicio, por lo cual me retiré penetrado de dolor.

Durante los siguientes tres meses mi hermano entabló el recurso de nulidad contra el casamiento de Santbon con mi hermana, acusando á aquél de intrigante que había abusado de la falta de juicio de ésta para que se casase con él y le cediera sus bienes. Amelia entretanto seguía presa, y lo que más llamaba la atención era que habiendo sido sacada de su casa por un comisario y con orden de la autoridad, tal orden no aparecía en el proceso, y en el convento había sido entregada á la Superiora, no por el comisario, sino por su hermano Deslinières. Santbon había justificado plenamente la agresión en su casa de un hombre público con fuerza armada, y este problema nadie sabía explicar. Pero el hecho fué que Deslinières acompañó á su hermana hasta cerca del convento en traje de comisario; allí bajó del coche, y en casa de un confidente suyo dejó el disfraz, volviendo al carruaje con sus vestidos usuales: de este modo se dió á conocer á la Priora, consiguiendo que recibiese á Amelia.

Por último, tanto hizo mi hermano y tanto dinero derramó, que Amelia fué declarada demente y despojada de la administración de sus bienes, la cual se confió á Deslinières. El matri-

monio se anuló como celebrado entre un intrigante y una loca, y Santbon, por haber abusado de la confianza de una señora rica y perturbada, fué condenado á perpetua prisión.

Yo, que siempre había deseado favorecer á los dos desgraciados esposos, pedí al momento un testimonio de la sentencia, y con él requerí á la Priora para que me entregase á mi hermana, lo cual ejecutó. La llevé inmediatamente á mi casa, donde la esperaba el infeliz Santbon, y después que hubieron dado libre curso á la alegría de abrazarse y al pesar del mal éxito de su proceso, les di el dinero necesario para que partieran al instante de París, encargándoles que me avisasen el punto que eligieran para su residencia.

Pasé después á casa de Deslinières, donde, reunidos los que habían secundado sus intentos en el curso del proceso, celebraban con esplendidez su resultado.—¡Alegraos—les dije,—celebrad vuestra injusticia; pero vuestras intenciones se han frustrado! A estas horas está Amelia con su esposo fuera de vuestro alcance, ¡y ay de vosotros todos el día que se llegue á aclarar vuestro proceder! ¡Ay de vosotros el día que llegue á descubrirse el fingido comisario raptor de Amelia! Pronuncié estas palabras con tal energía, que todos quedaron asombrados. Me retiré á mi casa, y tranquilizado resolví continuar favoreciendo á mi hermana con medios pecuniarios, y dejar que las cosas siguieran su curso natural.

Entretanto habían llegado á Ruán Amelia y su marido, y éste, que era excelente fisonomista, al volver una esquina de aquella ciudad había conocido al que hacía de jefe de los soldados que asistieron al rapto de mi hermana. El pícaro quiso huir al reconocerle; pero Santbon corrió tras él, logró asirle, y por su declaración supo que el fingido comisario había sido Deslinières. Condujo al bribón á un cuerpo de guardia, dió parte á las autoridades, ante las cuales formalizó su declaración manifestando quiénes habían sido los demás cómplices, y haciendo remitir las actuaciones á París, donde comisionó á un agente activo y entendido, en menos de un mes puso el negocio tan en claro, que, anulándose la sentencia anterior, se condenó á Deslinières á prisión perpetua y restitución de los bienes de Amelia, cuyo matrimonio fué declarado válido.

Deslinières me creyó autor de este cambio, y despidiéndose de su mujer, hija y sobrino, á quienes no debía volver á ver, se dirigió á Ruán, donde suponía encontrarme. En efecto; me había encaminado á dicha ciudad con ánimo de afear á Santbon su encarnizamiento contra mi hermano, y mediar entre ambos á fin de, si era posible, reconciliarlos. Cuando llegué á aquella ciudad encontré á mi hermana próxima á un parto trabajoso; tanto, que al dar á luz un hermoso niño dejó de existir, causan-

do un dolor tan profundo en todos, y más principalmente en su marido, que saliéndose de casa como frenético, pasaron dos días sin saber su paradero. Así es que yo, en medio del dolor que me embargaba, tuve que atender á los funerales de Amelia y al cuidado del recién nacido.

Un día, cuando iba á salir en investigación del paradero de mi cuñado, vi que le llevaban á casa en una camilla, traspasado de heridas y próximo á expirar. Se le suministraron cuantos socorros exigía su estado, y al cabo de algunas horas se consiguió que recobrará el sentido y el habla, y ante los magistrados que le habían conducido declaró: que trastornado su juicio por la pérdida de su esposa, recorría las calles de Ruán sin objeto ni dirección hacia cuarenta y ocho horas, cuando un embozado se presentó á él gritándole:—¡Ah traidor! ¡Ya te encontré por fin; ahora morirás á mis manos! Aquel embozado era Deslinières, que sacando un puñal, antes que Santbon pudiera defenderse, le acometió con tal encarnizamiento, que aun después de tendido en el suelo continuó hiriéndole. Por fin le separaron varias personas, se apoderó de él la Justicia, y le llevaron á la cárcel pública. Santbon no tuvo tiempo más que para dar las señas de su casa, y quedó inmediatamente sin sentido.

Por fortuna las heridas no eran mortales, y al cabo de algún tiempo pudo sanar de ellas. Entretanto se habia formado causa contra el agresor, que fué reconocido como tal por Santbon, quien tuvo la dureza de imputarle la muerte de Amelia, proceder poco delicado que me le hizo odioso y dió motivo á que le abandonara. Acumulados en la causa de Deslinières todos sus delitos, no obstante lo mucho que gestioné en favor suyo, fué condenado á muerte afrentosa.—Ya lo ves, joven inconsiderado—me dijo:—éstos son los efectos de la protección que has prestado á esos miserables. Ahora serás señalado como hermano de un asesino castigado por la espada de la ley. ¡Si quieres que muera tranquilo, júrame que *ni Santbon ni su hijo volverán á ver tu rostro!*

Pronunció con tal energía estas palabras, que, no pudiendo resistir á su última voluntad, hice el juramento que exigía de mí: le abracé llorando, y nos despedimos. Al siguiente día supe que habia fallecido en el calabozo. Corrió la voz de que se habia envenenado por no salir al cadalso, y, efectivamente, se le encontró en el bolsillo un pomito de veneno. Salí de Ruán sin despedirme de Santbon, volví á París, y hallé inconsolable á la familia de Deslinières. No conocían que la muerte de mi hermano habia sido un castigo del Cielo por los excesos que su avaricia le habia hecho cometer.

Al principio tuve que sufrir algunos insultos por parte de mi cuñada; después mi proceder me reconcilió con ella. Deseando

borrar en lo posible la memoria de la condenación de Deslinières y vengarse después á toda costa de Santbon y de su hijo, quiso apoderarse del original del proceso, á cuyo fin fuimos á Ruán, y á fuerza de dinero nos lo entregó el escribano, que no nos dijo lo que después casualmente supimos, y fué que habia dado una copia de él á Santbon, cosa que le interesaba demasiado, porque, además de la sentencia contra mi hermano, estaban también allí las pruebas legales de su casamiento. Esta noticia nos contrarió; más hubimos de consolarnos con saber que sólo habia un hombre que poseyese las pruebas de nuestro deshonor.

Santbon, débil y padeciendo de sus heridas como de la memoria de sus desdichas, habia vuelto á París con su hijo, que todavía estaba en la cuna. Avergonzado de su conducta con los Deslinières, se hallaba atormentado por crueles remordimientos. Habia perdido á mi hermana y el amor que yo anteriormente le profesaba. Desesperado de no verme, se determinó á buscarme en mi casa. Por casualidad estaba yo á la ventana, y viendo entrar á un hombre pálido, flaco y apoyado en un báculo, conocí que era Santbon. Al instante mandé á mi criado que le despidiera; pero que procurase saber dónde vivia, pidiéndole señas exactas de su casa. Dijo, pues, el criado á Santbon que yo estaba fuera, y sin dificultad supo de él cuanto yo solicitaba, pues me conocia demasiado Santbon para recelar de mí. Yo no me proponia devolverle la visita; pero un resto de interés me hablaba en su favor, y estaba dispuesto á preservarle de la venganza de mi cuñada, en caso de que quisiera ejecutarla en él ó en su inocente hijo. No sé cómo el criado que le recibió tuvo la osadía de contarle todo á mi cuñada, y darle las señas que me habia dejado. Madame Deslinières, contentísima por saber el paradero de su enemigo, envió un día á verle en mi nombre á su sobrino Derçour, á quien Santbon no conocia. Este muchacho se le presentó, en efecto, y le dijo: — M. de Lerval se halla indispuesto, y no puede venir á veros; pero me ha encargado que os entregue de su parte este modesto recuerdo para vos y para el hijo de su hermana Amelia, á quien tanto amaba.

Consistia el regalo en frutas, dulces y varias cosas de pasta. Admirado Santbon de recibir aquella fineza, quedó un rató suspenso. Recibió, pues, el regalo. Al ponerle sobre una mesa se cayó un pastelillo, y un perro que siempre le acompañaba se le comió al instante; luego empezó á dar terribles alaridos, y cayó muerto. Al punto Santbon llamó á un vecino que era oficial de Justicia y vivia en un cuarto contiguo al suyo. Acudió aquel hombre á las voces, y reconviniendo al muchacho, le hizo confesar la verdad y determinó llevarle preso; pero Santbon tuvo la consideración de avisarme antes de que se realizara la trasla-

ción de Dercour á la cárcel. Acudí inmediatamente. El oficial de Justicia era amigo mío, y pude detener el asunto en su mismo origen. Santbon, por mediación mía, cedió su derecho, y con esto adelantó mucho para conmigo; así fué que al instante que volví á mi casa le escribí lo siguiente:

«No ignoráis que sois causa de mi deshonor y de la pérdida de cuanto amaba en el mundo. Estáis arruinado y tenéis enemigos poderosos y vengativos. A pesar de todos los motivos que tengo para aborreceros, quiero ser vuestro apoyo y protegeros, si os sometéis á todos mis consejos. He visto á vuestro hijo, y me ha conmovido, porque he reconocido en él todas las facciones de su madre, que son las mías, pues Amelia se me parecía mucho. No puedo abandonaros; pero exijo que olvidéis todo motivo de queja contra mi cuñada, cuyo resentimiento es legítimo: evitad su venganza, para que no haya más víctimas del odio en mi desdichada familia. Mudad al punto vuestro nombre en el de Lonchamps, que sólo de mí será conocido, y tomad otra habitación en algún barrio distante del en que ahora vivís. Yo haré creer que habéis pasado á nuestras colonias, y vuestros enemigos no os perseguirán. Reflexionad bien, y contestadme, para huir de vos para siempre, ó para ser vuestro protector.»

Santbon, que me estimaba mucho, me respondió que haría todo cuanto fuese de mi agrado. Aceptó, pues, mis ofrecimientos, y le fué bien. Vivió tranquilo é ignorado bajo el nombre de Lonchamps, que transmitió á su hijo, hasta una edad bastante avanzada. Nunca le vi; pero le colmé de beneficios: mantuve su casa con opulencia, su hijo fué muy bien educado, y nadie más que yo supo las desgracias que le habían precisado á mudar de nombre. Sin embargo, devorado por los remordimientos, viendo siempre ante sus ojos la sombra de su esposa y la de su cuñado, perdió poco á poco el juicio. Nunca salía, y encerrado en su gabinete pasaba días enteros leyendo las cartas que su mujer le había escrito desde el convento, todas las piezas del primer proceso que había perdido, y las del último, que eran el objeto de los deseos de madame Deslinières. Con esta ocupación se exaltaba cada día más su cabeza; y ya sabéis que, sin saber por qué, la víspera de su muerte quemó todos aquellos papeles. En mucho tiempo no supe que Santbon había quemado los documentos, y apenas hace seis meses que lo he sabido por un criado que entonces le servía. Pero volvamos á su hijo.

Yo había dicho á mi implacable cuñada que Santbon había marchado á las colonias, y lo creyó; pero un día pasó casualmente por una calle donde se vió detenida por la pompa de un entierro. Detrás del acompañamiento vió á un joven vestido de luto, que lloraba amargamente, y tan parecido á Amelia, que le chocó, recordándole objetos que tanto detestaba. Se informó del

nombre del difunto y le dijeron que se llamaba M. de Lonchamps, mostrándole su hijo y su casa. Sospechó que su enemigo hubiese cambiado de nombre; fué á la casa de donde había salido el acompañamiento, y se aumentaron sus sospechas con las noticias que adquirió. Persuadida de que yo estaba dispuesto como ella á la venganza, me comunicó sus recelos, y por medio de su sobrino Dercour, á quien después casó con su hija, solicitó una orden para hacer salir de París á un vagabundo llamado Lonchamps. Dercour, que tenía bastante influjo, obtuvo fácilmente la orden; y el joven Lonchamps, no habiendo salido de París, á pesar de habérselo yo mandado, fué espiado, y se supo que vivía en la calle de la Universidad; pero yo desvaneci todas las ideas de mi cuñada, haciendo revocar la orden. Por un retrato que tenía de mi hermana Amelia hice sacar otro en miniatura, y se lo envié á su hijo juntamente con un reloj y una sortija, que habían sido alhajas suyas; pero me opuse á que se estableciera en ninguna de las oficinas de París, y contrarié todas sus diligencias. Ya no era yo joven; me había casado ocho años antes de la muerte de Santbon, y mi esposa, que murió dos después de nuestro matrimonio, me había dejado una niña, la cual tenía seis años en la época en que me declaré protector de Lonchamps. Siempre había cuidado de éste, y el amor que tuve á mi hermana me obligaba á mirar por su hijo, que se hallaba inocente de todas las desgracias ocurridas en mi familia. Sin embargo, quizás por un necio escrúpulo, mantenía la palabra que había dado á mi hermano; pero resolví eludir su cumplimiento salvando las apariencias y diciendo para mí: — Mi hermano quiso que ninguno de los de Santbon me viese, y así, bastará que en cierto modo me haga invisible á los ojos del joven Lonchamps; pero como todo debe tener un término, y el odio mucho más, si este joven se presta dócilmente á mis preceptos y si adquiere buenas cualidades, á su debido tiempo le casaré con mi Lucia, y por este medio confundiré todos los motivos de odio. Pero Justino (que éste era su nombre) es aún muy joven, y para llevar á cabo mi plan es preciso que pasen todavía diez años. Le haré viajar, y en tanto acaso podré conciliar en su favor el corazón de su tía y de sus primos. ¡Oh hermano mío! ¡Pienso que esto es cuanto puedo hacer en tu obsequio!

Tomado este partido, y para inutilizar las persecuciones de la Deslinières y sus partidarios, mandé á Lonchamps que viajase; pero, temiendo los ardides de sus enemigos, yo mismo le seguí por todas partes. Ahora diréis: ¿cómo pudisteis saber tan exactamente todos sus pasos, y hasta sus más leves acciones, así como los diferentes asilos que eligió durante el curso de sus viajes? Nada de esto me fué difícil, pues un hombre de mi confianza, á quien no conocía Lonchamps, le seguía por todas par-

tes á caballo, y me daba cuenta de los sitios en que se detenía y las posadas donde paraba. Así es como le seguí á Chartres, á Tours, á Burdeos, etc., etc. Así viajó diez años, en los cuales tuve bastante trabajo con oponerme á las activas investigaciones de sus enemigos. En fin, mientras estaba en esta granja el año pasado supe la muerte de madame Deslinières; y entonces, viendo que ya no existía el enemigo más terrible de mi protegido, mandé á éste que fuese á París, y lo cumplió con su acostumbrada docilidad. Es cierto que ya no vivía la Deslinières; pero había transmitido á sus hijos todo el odio que tenía jurado á la sangre de Santbon, mandándoles que se vengaran en su hijo por todos los medios posibles, y que á toda costa procurasen encontrar los papeles en que constaba su deshonor. Dercour y su esposa, hija de mi desdichado hermano, habían, por decirlo así, heredado el carácter altivo y perverso de los Deslinières. Se me presentaron á preguntarme si sabía algo del hijo de Santbon; y para que cesaran en sus persecuciones, les respondí que después de la muerte de su padre este joven había pasado á nuestras islas, de donde nunca volvería. No quedaron satisfechos de mi respuesta, y justamente sospecharon que me interesaba en la suerte de su primo; mas no atreviéndose á romper abiertamente conmigo, espionaron mis pasos y descubrieron que yo protegía á un tal Lonchamps, que desde entonces se les hizo sospechoso.

Mi papel se hacía más difícil cada día. Pero gané la confianza de un antiguo criado suyo, que era su confidente y me avisaba de todos sus planes. Así supe y pude contrarrestar todas las asechanzas posteriores y librarme de una muerte segura.

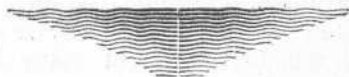
Recobró Lonchamps la libertad, y yo, prendado de su discreción y de la prudencia con que sin conocerme secundaba mis proyectos, resolví adelantar el plazo de su felicidad. Mi hija me amaba, y yo estaba seguro de que Lucía tenía libre su corazón; le confíe mis pensamientos, é hice que viera á su primo en el Carmen. Mutuamente quedaron satisfechos; y desde entonces preparé su unión, que se celebró en la forma que mi sobrino ha referido.

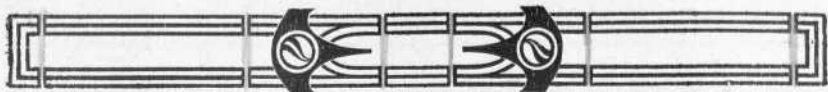
Había convidado para aquella noche á los Dercour, sin decirles quién era el destinado á ser feliz esposo de mi hija. Fueron muy tarde á Bagneux, y por Lonchamps sabéis cuán atónitos quedaron al saber que mi yerno era efectivamente el hijo de Santbon, como lo habían sospechado; pero mi ascendiente sobre ellos, mi autoridad, el respeto que me debían, y más que todo el temor de que fuesen perseguidos por la Justicia á causa del lance referido del veneno, reprimió su furor y extinguió la sed de su venganza. Además, les prometí una parte de mi hacienda, y esto sólo bastaba para calmar dos corazones tan condiciosos.

como los de sus padres. Desde entonces nos visitan, y proceden muy bien con nosotros.

Tal es, amigos míos, la singular historia de las desgracias de vuestro amigo Lonchamps, y tales han sido los motivos que me han obligado á no presentarme á sus ojos por espacio de diez años: motivos, sin duda, extravagantes, bien lo conozco; pero eran los medios más seguros para lograr mis fines.

M. de Lerval terminó así su relación, y nuestros jóvenes admiraron las virtudes de este anciano, que durante su vida había debidamente desempeñado las funciones de buen hermano, excelente amigo, tío generoso y padre sensible, y se propusieron tomarle por modelo si alguna vez se veían en tales circunstancias, aunque huyendo siempre de misterios, y más aún de juramentos innecesarios.





CONCLUSIÓN DE LA OBRA

La entrada del invierno terminó las reuniones de nuestra familia bajo el emparrado. Por otra parte, los hijos de Palemón ya no necesitaban más lecciones de virtud y moral que las que les había prodigado su buen padre. Eran ya hombres sensatos y reflexivos, y Palemón recogía el fruto de la educación que les había dado. ¡Cuánto se complacía de los muchos desvelos que le había costado grabar profundamente la virtud en sus corazones! Los había instruido con ejemplos, y con sumo placer veía que ellos los daban muy hermosos de respeto filial, de amor fraterno y de todas las virtudes sociales. Dos años habían hecho en ellos un prodigioso efecto. Armando tenía ya más de diez y ocho. Su padre le envió á París, donde se perfeccionó tanto en las Matemáticas, que obtuvo una cátedra de esta ciencia, y cinco años después se casó con Enriqueta, que aunque había perdido á su padre no dejó de hallar otro en nuestro buen Palemón. Julio trabajó al lado de su protector, y se hizo el mejor agricultor de la comarca. Palemón, ya muy viejo y bastante achacoso, necesitando apoyo y descanso, le cedió su granja y campos, dándole al mismo tiempo la mano de Adela, que fué muy buena esposa y madre.

Benito continuaba siendo turbulento y vivo. Su padre deseaba que fuese marino; pero él no quiso alejarse tanto de Palemón. Dibujaba perfectamente, adquirió conocimientos en las artes, y llegó á ser un excelente arquitecto. Se casó en París, y prosperó en sus negocios.

León se aplicó al comercio; pero no pudo abandonar las Musas, que habían sido el embeleso de su juventud: se ilustró mucho en literatura, y en el día es uno de nuestros autores más distinguidos y la delicia de su anciano padre, el cual consiguió de los esposos Leclerc que le dieran por esposa á su sobrina Rosalía.

Todos cuantos participaron de la diversión de las tardes continuaron siendo amigos de Palemón y de sus hijos, que siempre vivieron exentos de los males que el hombre insensato se proporciona á sí mismo, gracias á la buena educación que Palemón les había dado y á la docilidad con que habían recibido sus lecciones.

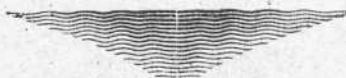


ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN.....	7
TARDE PRIMERA. El trabajo	9
— II. La beneficencia.....	15
— III. El amor propio.....	23
— IV. La amistad.....	31
— V. La piedad filial.....	38
— VI. La ingratitud.....	46
— VII. El desinterés.....	52
— VIII. El olvido de los agravios.....	56
— IX. Los desafíos.....	60
— X. El agradecimiento.....	63
— XI. La presunción.....	70
— XII. La liviandad.....	77
— XIII. Amor desinteresado.....	84
— XIV. La codicia.....	92
— XV. La probidad.....	99
— XVI. La envidia.....	105
— XVII. La reconciliación.....	112
— XVIII. Los intriganes.....	117
— XIX. Los litigios.....	124
— XX. La corrección.....	129
— XXI. La desobediencia.....	138
— XXII. La indulgencia.....	146
— XXIII. La docilidad.....	155
— XXIV. El orgullo.....	164

		Págs.
TARDE	XXV. El arrepentimiento.....	172
—	XXVI. El coquetismo.....	182
—	XXVII. La economía.....	189
—	XXVIII. El desprendimiento.....	194
—	XXIX. La delicadeza.....	205
—	XXX. El talento.....	210
—	XXXI. La justicia.....	221
—	XXXII. La insubordinación.....	230
—	XXXIII. La dureza.....	240
—	XXXIV. La severidad.....	250
—	XXXV. La simpatía.....	258
—	XXXVI. La hipocresía.....	264
—	XXXVII. El fanatismo.....	279
—	XXXVIII. El rencor.....	287
—	XXXIX. La traición.....	300
—	XL. Los espadachines.....	310
—	XLI. El rigor.....	315
—	XLII. El ejemplo.....	322
—	XLIII. La avaricia.....	325
—	XLIV. La felicidad mundana.....	336
—	XLV. Nada hay oculto.....	247
—	XLVI. Los placeres inocentes.....	353
—	XLVII. Las pasiones.....	359
—	XLVIII. Las confianzas.....	367
—	XLIX. Los celos.....	372
—	L. La imprevisión.....	380
—	LI. La paciencia.....	382
—	LII. El falso honor.....	397
—	LIII Y ÚLTIMA. El protector.....	403
CONCLUSIÓN DE LA OBRA.....		412





584



CIT. PALACIOS ARENAL 27 MADRID

2277